

Y
volverá
el tiempo
de los
mayas

SABINE FAIVRE D'ARCIER

Periodista y escritora. Después de obtener el diploma de Bachiller en Letras y, posteriormente, el de Psicopedagogía, cursó estudios en la Escuela del Louvre (Historia del Arte) y en la Escuela de Periodismo. Entre sus actividades periodísticas debe señalarse su labor de redactora de secciones de reportaje, críticas de arte, cine, exposiciones en *Benjamín Jeunesse Actualité*, así como sus trabajos para la Sociedad Francesa de Prensa. También hizo sinopsis de muñequitos para revistas juveniles (Editorial Rué de Fleurus).

Como escritora, tiene varios libros inéditos entre los cuales se destacan “La Chambre”, “Journal de La Havane” y “La Seconde Mort du Che”. En la actualidad tiene en proceso de publicación la edición cubana de la biografía novelada: “José White y su tiempo”.

Y
volverá
el tiempo
de los
mayas

SABINE FAIVRE D'ARCIER

IMPACTO
IC CONTEMPORANEA

LA HABANA, 1997

Ilustración de cubierta
basada en foto de la autora:
Templo de las Inscripciones
y tumba de Alberto Ruz Lhuillier.

Traducción:
María del Pilar Díaz Castañón

Responsable de la edición:
Luis M. de las Traviesas Moreno
Gladys Alonso González

Diseño:
Earles de la O Torres

Proceso del texto:
Viviana Fernández Rubinos

Composición:
Florisenda Ávila Rodríguez

Todos los derechos reservados
© Sobre la presente edición:
Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 1997

ISBN 959-7078-02-3

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,
L y 27, CP 10400, Vedado,
Ciudad de La Habana, Cuba.

Índice

ALBERTO RUIZ LHUILLIER \IX

I. WÓXÓC AHAU O PACAL \1

II. UNA NOCHE DE PESADILLA \40

III. TRAS LA MUERTE DEL REY \47

IV. EL FIN DE UN MUNDO \59

V. DE LA HABANA A MÉXICO \84

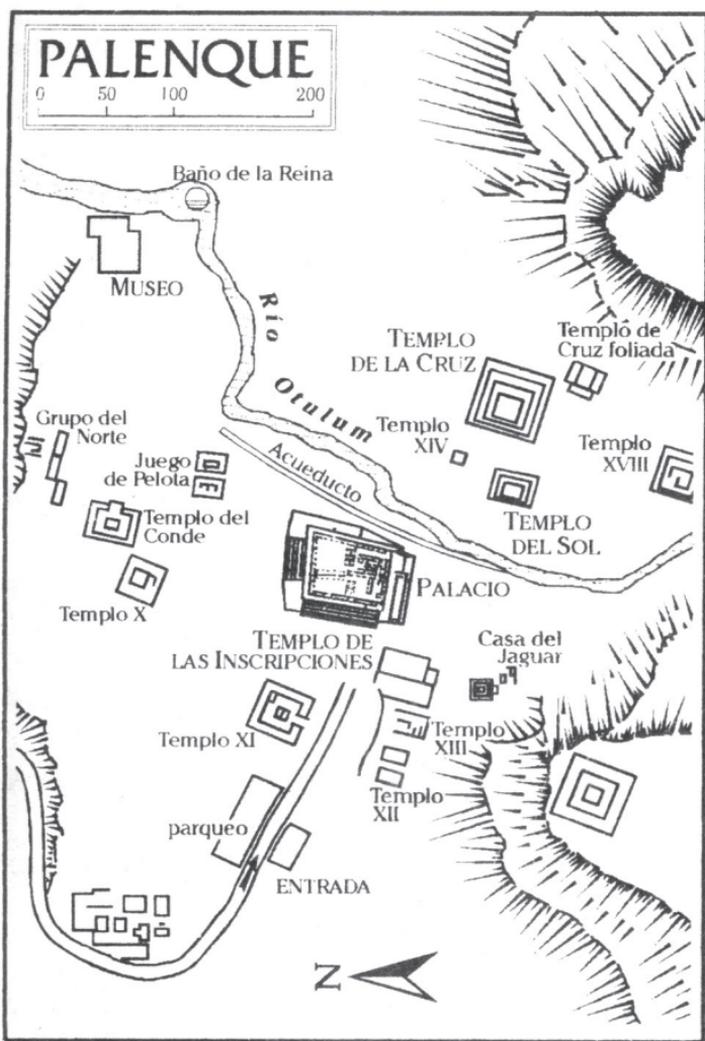
VI. PARÍS LIBERADO \109

VII. LA FASCINACIÓN DE PALENQUE \117

VIII. EL EXTRAÑO INTRUSO \150

IX. DEMASIADO TARDE \162

BIBLIOGRAFÍA Y OTRAS FUENTES \175



*Al Che,
en respetuoso homenaje
por el 30 aniversario de su
muerte*

*Mi más sincero agradecimiento
a todos los que me han ayudado para culminar este libro;
en especial, a Eduardo Torres-Cuevas y al equipo que tuvo
a su cargo la edición de esta obra; a María del Pilar Díaz
Castañón, la traductora, y a Luis Orlando, mi compañero,
quienes tuvieron la amabilidad de revisar el texto conmigo
para hacer que su lectura fuera lo más amena posible.*

Alberto Ruz Lhuillier (1906-1979)

De madre francesa, desciende por su padre de una gran familia cubana, exiliada en París en 1869 y que participó activamente desde Francia en la liberación durante las guerras por la independencia.

Al regresar a Cuba en 1928 para continuar estudios superiores, el joven Alberto es encarcelado durante la dictadura de Gerardo Machado y obligado a exiliarse a México.

Allí estudiará en la Escuela de Antropología e Historia de México, solicitando luego una beca en Francia para asistir a cursos en la Escuela de Lenguas Orientales, en el Museo del Hombre y en el Instituto de Arqueología de París.

Primer arqueólogo graduado de la prestigiosa Escuela Nacional de Antropología e Historia de México, descubrirá por primera vez en un templo *maya* la tumba de un rey y su esqueleto: el rey *Kin Pacal*, primer gran soberano de *Palenque*, una de las ciudades más florecientes del período maya clásico. Según los arqueólogos del mundo entero, este descubrimiento resulta todavía hoy, uno de los más importantes y significativos de la

civilización mesoamericana, comparable al de Tutankamen en la civilización egipcia.

Si el secreto cubre la vida de este prestigioso arqueólogo, haciendo correr rumores respecto de personajes que tuvieron la oportunidad de acercársele, también un misterio envuelve la decadencia y desaparición de esta civilización maya, que Alberto Ruz intentó explicar científicamente.

Sus tesis sobre una nueva arqueología social, las cuales suscitaban la admiración de numerosos arqueólogos, también le atrajeron muchas críticas. Incluso se han organizado contra él complots, provenientes en lo esencial de escuelas norteamericanas, que intentan ocultar su identidad cubana y su memoria.



Máscara de jade de Pacal
con ojos de nácar y obsidiana



I Wöxöc Ahau o Pacal

Una luz de esperanza ha asomado en el horizonte de los pueblos indígenas de América. El pueblo maya, entre ellos, angustiado e impaciente, espera su hora.

Alberto Ruz

En el principio de la creación existían el Sol y su esposa la Luna. Estas dos divinidades del cielo, del día y de la noche se amaron con una pasión sin nubes, hasta el instante fatal en que la joven y demasiado sensual *Ixchel* cometió adulterio con *Hun-Ahciu*, la estrella de la mañana, el planeta Venus. El Sol, escondido bajo una piel de ciervo, sorprendió a su mujer y nunca le perdonó su infidelidad con su hermano gemelo. De ello resultaron violentos conflictos conyugales, que, según dice la leyenda, provocaron los famosos eclipses. Pero el Sol no quiso separarse de la Luna. Prefirió consumirse de amor por ella. Sin embargo, como era muy celoso, buscó el modo de perjudicarla. Tras haber intentado vaciarle un ojo para hacerla menos atractiva que él, le arrojó una mancha al rostro, sirviéndose del caparazón de una tortuga. Pero de nada sirvió. No pudo alterar su belleza ni su carácter de astro brillante. Incluso fue comparada con una mujer, y su encanto y poder se ejercieron sin límites sobre la Tierra, donde desplegó su influencia benéfica en el crecimiento de las plantas y la salud de los hombres.

Tras haber vivido juntos casi 5 000 millones de años, pese a sus discusiones y sus reconciliaciones continuas, según las predicciones, estos astros no estarían más que en la mitad de su existencia. Por ser la primera

pareja histórica de la creación, debían también, de buena o mala gana, ser la última.

Luego vino el tiempo de *Wöxöc Ahau*, a quien sus padres bautizaron así por el nombre que leyeron ese día en el calendario ritual. El número 13 correspondía en la rueda del almanaque sagrado al día *Ahau*, ese día bendito entre todos por los dioses y anunciado por los astros. Y como Ahau también es el Sol, pronto se le dio el nombre de *Escudo Solar*. Como a los faraones de Egipto cuya costumbre era poseer muchos nombres, se le atribuyó además el de su glifo nominal, que se traduce por *Pacal* en lengua maya yucateca.

Así, su destino se inicia bajo felices auspicios. Rey a la edad de 22 años, recibe de manos de su madre, *Zac Kuk*, la corona real. Los años pasan, y hoy celebra sus 52 años, cifra profética que anuncia a la vez el fin de un ciclo maya y el inicio de otro.

La fiesta del Nuevo Año

Estamos en el primer día portador del año, día relevante entre todos los demás, pues el nuevo año retorna cada 52 años, único día en que el calendario ritual y adivinatorio de 260 días coincide con el del año solar. Por esa razón, Pacal elige celebrar fastuosamente esa fecha histórica, la cual abre el año civil y determina qué puede esperarse de bueno —y temerse de malo—, durante los 365 días del año por venir. El año se divide en 18 meses de 20 días, más cinco días vacíos al final del año; período considerado peligroso, durante el cual el pueblo debe ayunar, observar la continencia y abstenerse de trabajar, si no es indispensable.

Siguiendo el consejo de sus amigos, el caminante ha hecho el viaje hasta Palenque, cimero lugar de la civilización maya, donde debe celebrarse esta fiesta excepcional. Es mediodía. El sol está en su cénit y es el momento preciso en que el dios agrario, encarnado en su hijo, debe actuar. Escudo Solar está en el clímax

de su gloria y poder, y se prepara con voluptuosidad no fingida a presidir la ceremonia que va a tener lugar. Los dignatarios, los sabios y los altos funcionarios del régimen se agolpan en los escalones del Palacio, como para inmortalizar ese instante solemne, mientras Pacal, vestido todo de rojo como el dios de la lluvia del Este, la cabeza adornada con un penacho de plumas verdes de *quetzal* que caen en cascada sobre su espalda, con el cuerpo engalanado con adornos y ornamentos, se dispone a descender lentamente la escalera.

Por debajo del rey, que domina esta pirámide muy jerarquizada y estratificada en clases sociales, a juzgar por la complejidad y riqueza de los trajes que distinguen a unos de otros, están, en primer lugar, los nobles; los religiosos, aún llamados *almehenoob*, porque tienen padre y madre; los guerreros, con un *status* privilegiado, y mucho más abajo, los artistas, los artesanos y los comerciantes. Todos están ahí: inmóviles, hieráticos y rígidos como en un libro de imágenes, y poco a poco, al mirarlos fijamente, todo resulta posible. El sueño está ahí, al alcance de cada uno y de todos.

Así, el caminante, al contemplar esos bajorrelieves, es lanzado 13 siglos atrás, cifra profética como los 13 dioses del cielo que velan sobre los descendientes de esta tribu, una de las más refinadas y educadas del subcontinente mesoamericano. De la noche de los tiempos surgen estas siluetas iluminadas con sus vestidos fantásticos, sus peinados muy sofisticados y sus penachos de plumas. Entre ellos están los *Batabes*, término que incluye de manera indistinta a los altos dignatarios, los guerreros, los jefes militares, los señores de la corte y los religiosos, reconocibles por las plumas de sus tocados, sus sandalias con talón y sus joyas de jade, que llevan en pendientes, collares, pectorales y brazaletes, de mayor o menor valor según el rango y la posición que ocupen, sin olvidar la barra en forma de serpiente que empuñan a veces como si fuera un cetro. Los hombres

llevan faldas hasta la rodilla, adornadas con bordados y pequeñas placas de jade cosidas o pegadas al tejido, o un taparrabos lujosamente bordado, o un paño de piel de tigre. Sobre sus torsos desnudos, algunos llevan pieles de jaguar cargadas de colgantes, cascabeles y máscaras, mientras otros se cubren los hombros con pequeñas capas cortas, compuestas de placas de jade o de caparazones de tortuga, por lo común orladas con franjas de plumas.

Sus tocados son, en su mayoría, enormes yelmos adornados con joyas, especie de andamiaje en el cual colocan —en armazones de madera o de caña— máscaras de animales o de dioses; artificio usual que emplea el guerrero para asustar al enemigo. Están coronados con inmensos penachos de largas plumas verdes, salpicadas de oro, de ese pájaro magnífico que a veces se halla en las selvas húmedas, el quetzal. Sus cabellos, siempre muy largos —aunque se observa en los hombres una tonsura en la parte posterior de la cabeza—, están peinados hacia arriba y sujetos con una hebilla de jade, que los sostiene en una especie de tupé en la coronilla. Las plumas están por todas partes: también se las ve en los cabellos y hombros de algunos bailarines, sea en forma de inmensas alas, o como abanicos, quitasoles, escudos, cetros o lanzas. De hecho, los adornos con plumas constituyen todo un arte entre los mayas. Siendo parte principal del tocado de sus señores, sirve ante todo para realzar sus peinados.

El escenario donde va a desarrollarse esta ceremonia es mágico; el paisaje, grandioso, y el urbanismo de esta ciudad llamada Palenque, que significa pueblo con empalizada en español, hace pensar más en una ciudad jardín que en un centro urbano. Muy aérea, está construida con grandes explanadas, numerosas perspectivas, terrazas escalonadas, un observatorio, grupos de edificios, palacios, templos y pirámides, vinculadas entre sí por las plataformas para los ritos y danzas, un terreno de juego de pelota, paseos y plazas ordenadas siguiendo

la topografía natural del lugar, y puentes y acueductos. Pero para comprender la organización del espacio en una ciudad maya, debe tenerse en cuenta su orientación. Hay un detalle impresionante: todas las construcciones son de piedra, a veces pintadas de rojo, con los muros cubiertos de estuco policromo que recorren todas las gamas de colores. Del rojo al naranja, del amarillo al azul, del azul al verde, estos tintes se destacan con fuerza sobre el azul del cielo y el verde de la selva, que encierra la ciudad como si estuviera en un estuche. Esta profusión y riqueza de colores, estas sutiles vibraciones de sombra y de luz, confieren a la ciudad un aspecto mágico y casi diabólico, pues el rojo de las pirámides y el verde brillante de la selva tropical, tienen a veces la molesta tendencia de agredirse.

De pronto, resuena una trompeta —un caracol de gran tamaño— y se hace un silencio impresionante. Todos estos personajes de alto rango, estos señores de Palenque, quedan rígidos en una actitud de sumisión y espera. Wōxōc Ahau avanza un paso. Es alto, robusto y bien proporcionado, de frente huidiza, ojos almendrados, nariz curva, labio inferior pendiente y el mentón sin relieve. Al mirarlo con atención, hay otro detalle que impresiona al observador: el tamaño desmesurado de los lóbulos de sus orejas, donde la perforación puede tener hasta dos o tres centímetros de diámetro. Esta anomalía proviene simplemente del peso de sus pendientes, compuestos generalmente de diferentes piezas de jade, bastoncillos, discos y placas rectangulares adornadas con motivos llórales. Un gran collarín de jade cubre su pecho y la parte superior de sus brazos, y un espléndido manto rojo, echado hacia atrás, desnuda sus hombros. Lleva un cinturón ornado de cascabeles y de cabezas de divinidades, y en los pies sandalias con talón, cuyas tiras de cuero se cruzan muchas veces alrededor de su pierna.

Lenta, muy lentamente, el Soberano alza los brazos. Sus manos son largas, y sus dedos, adornados de

anillos delgados como los de una joven. Su esposa, la reina *Ahpo-Hei*, a diferencia de otras mujeres, lleva una falda más larga, ricamente bordada con perlas de jade, collares de muchas vueltas, colgantes, anillos y brazaletes más refinados, y también sandalias más trabajadas. Más pequeña que su marido en alrededor de 20 cm, lo mira sumisamente, impresionada por su estatura. Por su parte, él aguarda que, con una inclinación de cabeza, ella le haga saber que está dispuesta a escucharlo.

Entonces, Pacal empieza a hablar. Invoca el Espíritu del Cielo, el Espíritu de la Tierra —principio de vida— y los *Bacabs*, esas cuatro divinidades que sostienen el cielo en los cuatro puntos cardinales e impiden que caiga. Cada uno está asociado a colores diferentes: el rojo es el Este; el blanco, el Norte; el negro, el Oeste, y el amarillo, el Sur. Una vez terminada su plegaria, da la bienvenida a su pueblo. Después se dirige a los dignatarios, situados en los peldaños más altos del Palacio, quienes se han vuelto hacia él para verlo y escucharlo mejor, y han abierto grandes quitasoles formados de inmensas plumas para protegerse del sol.

Pero la plebe no está de acuerdo. Apretujada abajo, en la explanada, se impacienta cada vez más ante la idea de permanecer inmóviles bajo este cielo plomizo, con el astro solar que se eleva poco a poco más arrogante, sin hacerles la menor concesión. El rey lo sabe, y para amortiguar su espera, les cita el *Libro del Tiempo*:

—En ese tiempo la Tierra estaba apenas iluminada. El Sol no había aparecido todavía. (...)

“Semejante a un hombre se eleva el Sol. Su rostro ardiente secó la superficie de la Tierra hasta entonces fangosa y húmeda. Pero apenas se mostró el Sol en el horizonte, el calor se hizo extremo, insoportable. Pero esto no ocurrió más que en su nacimiento. Luego no quedó más que su reflejo. El Sol que nos ilumina no es el mismo Sol, dice la tradición. (...)

”He aquí el alba, es tiempo de que la creación termine, que se revele el que busca la vida, la noble descendencia, los hijos de la luz. ¡Que se levanten los hombres, los habitantes de la superficie de la Tierra!

”Ellos vinieron, ardientes en la noche, en las tinieblas, buscando, palpando, tanteando. Pensaron, meditaron, aquí, y la idea surgió, y de ella la verdadera creación. Reflexionaron acerca de lo que debía entrar en la carne del hombre. (...)

”Entonces, desgranaron el maíz y molieron las espigas amarillas y blancas.

”Entonces se pusieron a amasar y hacer nuestra primera madre, nuestro primer padre de cuerpos de maíz amarillo y blanco. Los brazos y las piernas de nuestros primeros padres, estaban hechos de este alimento, el maíz”.¹

Concluye con estas palabras: “Ésta fue la materia que usaron los dioses para formar al primer hombre”.

Tras haber recordado brevemente a sus hermanos la historia de la creación del universo, Pacal invoca a su vez al dios *K* —dios del maíz— representado en los glifos como un hermoso joven cuya cabeza se prolonga para formar una espiga de maíz, y cuyas hojas se enrollan alrededor de una serpiente. Este símbolo de muerte y resurrección, elemento básico del cuerpo y del espíritu, constituye la fuente misma de la vida humana. Luego se calla de golpe, pues no quiere hablar aún de los sacrificios humanos que exige a veces ese dios. Sabe que aún no ha llegado la hora de anunciarlos.

—Tienen que saber, no obstante —prosigue—, que el grano enterrado tiene necesidad de sol y de agua para transformarse en planta. Así, la cosecha de maíz de septiembre y octubre depende de la buena voluntad de los dioses.

¹ Adrián Chaves: *Popol Wuh. Le Livre des événements*. Traducción francesa, Gallimard, Paris, 1990, pp. 56, 141-142, 123, 124.

”Por eso tienen que ayunar, practicar la continencia y hacer ofrendas a los dioses del suelo antes de labrar la tierra y sembrarla.

”Hoy es un día fasto, pues todos saben que un nuevo ciclo comienza. Hoy es el mes del planeta Venus, y ese dios benevolente, visible cuando el sol se pone, va a anunciar a los fieles que les será evitada la destrucción del mundo por un nuevo espacio de 20 años. Pero recuerden que los elementos favorables y desfavorables se equilibran en los calendarios solar, lunar y venusino, y que el desastre quizá pueda evitarse si se hacen suficientes ofrendas a los dioses”.

Una vez pronunciadas estas últimas palabras, Pacal toma de manos de un servidor un recipiente lleno de *copal*, especie de incensario de arcilla donde se quema esta resina odorífera, y un frasco de *balche*, bebida sagrada hecha a base de cerveza de maíz y miel fermentada. Después, volviéndose hacia el Este, ofrece esos dos presentes al dios de la lluvia. Empapa ahora un hisopo, adornado con cascabeles, en esta bebida sagrada y salpica a la multitud aglomerada en los bajos de las escaleras. A continuación se dirige hacia las otras dos fachadas del Palacio, al Oeste y al Sur. Regresando al Este, ofrece de nuevo a los dioses el pilón de copal, que arde desprendiendo una nube gris cuyos vapores producen una especie de exaltación espiritual. Pronto una emoción intensa se apodera de todo su ser y, de un golpe, bebe lo que queda de balche para expulsar el mal de su cuerpo y entrar en contacto más estrecho con los dioses.

Después de la ceremonia, Pacal designa entre la multitud situada a sus pies al hombre a quien lega ahora su poder. Es un sacerdote, quien gracias a su capacidad de manipulación de los conocimientos científicos y astronómicos, posee un dominio absoluto sobre el individuo y la colectividad. Por eso es particularmente venerado por el pueblo durante las ceremonias oficiales, y se le diferencia fácilmente de los demás, porque siem-

pre lo llevan en hombros cuatro portadores, vestidos con un simple paño cortado de un pedazo de tejido.

La multitud lo sigue ahora con los ojos hasta el momento en que lo depositan en la cima de un templo ante un personaje importante que viene a ofrecerle un tocado como homenaje a su papel de adivino a su función de intermediario y profeta cerca de los dioses.

Alrededor del caminante se murmura que este hombre comparte con algunos de sus hermanos una función relevante en una organización llamada Los del Sol, en la cual los iniciados dan gran importancia al culto solar. Entonces toma la palabra para calmar los espíritus exaltados. Explica que el astro solar participa en la lucha entre las fuerzas del mal y de la muerte; explica que muere, resucita y, al final, se convierte en sol.

De pronto, un rumor asciende del pueblo, y crece con rapidez. Una voz masculina se eleva desde la multitud, y se hace amenazadora. Los niños empiezan a gritar. El sacerdote pide silencio para retomar su exposición. Hay que hacerlo rápido, antes que los rayos del sol se hagan insoportables. Repite alto y fuerte que en todos los pueblos agrícolas de la Antigüedad, tanto en el viejo como en el nuevo mundo, la fertilidad de la tierra es sinónimo de vida, porque la existencia del hombre depende de sus productos. Para él, la muerte no es podrirse definitivamente, sino el presagio de una nueva vida según el ejemplo revelado por la naturaleza con el renacimiento perpetuo de la vegetación: el grano germina, nace la planta, se forman los frutos, maduran, se cosechan y de nuevo a sembrar el grano, comenzando cada vez un nuevo ciclo, ciclo sin inicio ni fin, que da a la agricultura ese concepto de inmortalidad.

Sobre todo busca explicar que la muerte, simbolizada por la resurrección del cereal deificado, amén de constituir un rito propicio para asegurar la alimentación —es decir, la supervivencia de la comunidad—, es una esperanza para el espíritu humano, traumatizado ante la perspectiva de podrirse. Habla, pero ya muchos no lo

escuchan. Mas; quiere llegar hasta el final de su pensamiento, corriendo el riesgo de repetirse:

—El ciclo de la vegetación del maíz, base de la existencia de nuestro pueblo mesoamericano, es de algún modo el milagro cósmico de la eterna renovación de la vida. No hay mejor ejemplo en la naturaleza que la muerte y la resurrección anual de nuestro cereal. Pues su identificación con la carne del hombre; como lo ha repetido nuestro bienamado Pacal, nos garantiza el mismo destino.

Mira a los asistentes, adormecidos por el calor, casi sin reaccionar, y de golpe detiene sus reflexiones filosóficas para orientar su discurso de un modo muy distinto.

—Escuchen, mis valientes —continúa con voz grave—. Según las tablas de predicción, los astrónomos mayas observaron que las trayectorias del sol y de la luna van a cruzarse en el cielo en dos ocasiones en este año.

Se produce un murmullo. Las cabezas se levantan.

—No tengan miedo —añade—: seremos capaces de prever los eclipses y además sabremos controlarlos. Estamos aquí, con ustedes, para impedir este fenómeno, pues si no hacemos nada por evitar esta desgracia, el sol, parcialmente oscurecido, puede llegar a desaparecer totalmente. Según los astrónomos y los sabios, una bestia celeste muy voraz intentaría devorarlo. Ante tal amenaza, que significaría el fin de nuestro mundo, ¿qué podemos hacer?

Tras un silencio cargado de significado, continúa:

—Es evidente que sin dilación alguna hay que obtener de los dioses que ese hecho no ocurra. Para ello, no sólo tenemos que someternos a sus deseos, sino complacerlos con ofrendas excepcionales que, por supuesto, incluyen sacrificios humanos.

Al decir estas palabras, el religioso está consciente de que se atrae la ira de los esclavos, los cautivos y los prisioneros, pues nadie ignora que su misión también es llevar hasta el final los sacrificios humanos; fijar los

pies y brazos de la víctima, acostada sobre la piedra de los sacrificios, abrirle el pecho y extraer su corazón.

El poder detentado por los religiosos sólo constituye un instrumento de dominación de la clase dirigente sobre el pueblo maya. Y el campesino, en lo más bajo de la escala social, lo sabe. Prisionero de ese mundo teocrático desde su nacimiento hasta su muerte, sabe que su salud, su prosperidad y su supervivencia dependen de su fe y de su disposición para servir a los dioses. También sabe que no tiene otro medio de hacerlo que a través de sus representantes en la tierra. De ahí su aparente sumisión y devoción total a esos religiosos, a quienes, sin embargo, aborrece desde el fondo de su corazón.

Pues a ese adivino poco le importa haber sido escogido por el rey por sus habilidades proféticas. Para que el orden reine sobre la tierra y para ayudar a su buena marcha, también debe encargarse de hacer reinar el orden cósmico, lazo de unión entre los hombres y los dioses, cuyo mecanismo conoce. Nada puede alterarlo. Por ello debe hallar en la interpretación de los Libros la fuerza y la persuasión necesaria para cumplir su tarea.

Abre entonces un gran cuaderno en el cual están registrados todos los hechos históricos y los acontecimientos astronómicos o meteorológicos significativos. Tras haber comentado el curso de los astros, anuncia la repetición de las estaciones, precisa las épocas de sequía o de lluvia, alerta a los campesinos contra los efectos del viento en las cosechas, enuncia las fases de la vida en las plantas, los animales y los hombres, enumera la sucesión de trabajos agrícolas que deben hacerse durante el año, y concluye destacando que Pacal tiene todavía una larga vida ante sí. Recuerda a quienes no quisieron oírlo hasta ahora que todo está ya decidido por los dioses, quienes envían tanto el bien como el mal. Por eso resulta fácil obtener su favor obedeciendo a sus representantes en la tierra.

Ante un gesto del gran Pacal, los músicos, fácilmente reconocibles por sus tocados fantásticos, sus collares de

dientes de animales y sus pendientes de concha, se ponen a tocar los tambores de madera seca con piel de mono, con un ritmo al principio lento que se hace cada vez más rápido y triunfal. Pronto resuenan desde los cuatro puntos cardinales las trompetas del juicio final, las grandes trompetas de caracoles. A ellas se unen los címbalos, las matracas y las flautas de caña o de arcilla, anunciando el inicio de las manifestaciones artísticas. Se inician los bailes: el baile de los guerreros, al cual asisten centenares de hombres y que dura todo un día, y el baile del demonio, en el cual los participantes, a veces enmascarados, saltan y danzan por encima del fuego.

Es la hora del crepúsculo, cuando el sol se hunde en el horizonte, instante fatal en que ese ser sobrenatural que otorga a los hombres luz y calor durante el día se dispone una vez más a morir en Occidente para renacer por Oriente al día siguiente. La fiesta de hoy resulta un poco particular, más hermosa y más trágica, pues anuncia el fin de un mundo y el inicio de otro. Es la fiesta del Fuego Nuevo o de “la atadura de los años”, que se celebra cada 52 años, fecha importante de toda la cronología mesoamericana. Desde que cae la tarde, los dignatarios que aún están presentes a esta hora tardía reciben sus antorchas de pino para la procesión, y tras haber dado varias veces la vuelta al gran Palacio, suben hasta la cima de las pirámides. Se hacen hogueras ante cada templo, en el juego de pelota y en la plaza del mercado. Los fieles vienen a lanzar sus ofrendas y pronto todo se ilumina. El titilar de las luces se ve desde muy lejos. La noche acaba de caer, y el curso de la vida se detiene de súbito. El tiempo parece suspendido. Ese tiempo sin fin, marcado por pequeños hechos cotidianos que se suceden con la misma implacable regularidad que la aparición y desaparición de los cuerpos celestes, el regreso de las estaciones y de los períodos inmutables del calendario, pues, según los mayas, lo que ya ha existido está destinado a repetirse.

Magia de las imágenes y de la palabra, alianza y alternancia de los dioses. Por un lado, está el extraordinario espectáculo de la ceremonia, la fastuosidad, la belleza de los trajes, el lujo y el brillo de los penachos de plumas; por otro, la lectura atenta de los calendarios y la evocación por los religiosos de los próximos sacrificios humanos, indispensables a los dioses. Y para calmar momentáneamente sus apetitos, aconseja a los fieles que les dediquen otras ofrendas: libaciones de balche, incienso, humo de copal, objetos preciosos de jade y plumas valiosas, como las de quetzal. Muchos ofrecen alimentos ya preparados: platos de maíz, granos de cacao, o incluso animales, vivos o muertos, crudos o cocinados. Entre ellos se encuentran esos perritos mudos domesticados, que viven con los campesinos y son arrebatados a sus dueños. Todo se hace para reforzar el poder de los dirigentes y de los señores.

Mas, frente a la tribuna oficial, en la explanada donde se apretuja desde el alba la plebe: esclavos, cautivos, prisioneros, campesinos —es decir, todos los que realizan actividades productivas, trabajos agrícolas o construcción de monumentos—, el milagro de la trascendencia no ha ocurrido. El mensaje de la comunión ya no funciona, pues, en realidad, todos estos trabajadores con los pies desnudos, los rostros con señales de cansancio, casi desnudos o vestidos con un simple taparrabos, sin tocado ni adorno alguno, con los cabellos levantados y estirados en lo alto de la cabeza, ya hace mucho que no esperan nada de esas predicciones. Están ahí sólo para mostrar su obediencia.

Por eso bastó un simple movimiento de la multitud para que se rompiera esa armonía enteramente ficticia realizada entre los dioses y los hombres al inicio de la ceremonia, para que el sueño se quebrase. Mientras lo extraordinario cesa, desvaneciéndose con la noche, lo cotidiano retoma sus derechos. Más tarde, cuando aparezca el alba y desaparezcan las máscaras, las pinturas y los tocados, no quedará más que el hombre desnudo con su cetro.

Un día corriente

Ton el primer canto del gallo. *Chac Noh*, el campesino chol, sale de su choza. Como muchas casas campesinas está apartada de los centros ceremoniales, en un claro a la sombra de árboles frutales. Lleva en su hombro izquierdo un hacha de piedra que le servirá para desbrozar la tierra, y en la mano derecha, un largo bastón de madera para sembrar, instrumentos de los cuales nunca se separa cuando sale a trabajar los campos. La tierra no le pertenece: es propiedad comunal y la posee en usufructo. Tiene que trabajarla como una bestia, no solo para proveer las necesidades de su familia, sino también para ayudar a los nobles y a los religiosos, esos parásitos que no viven más que de palabras y promesas, a quienes paga un tributo en especie, ya sea en productos agrícolas o con el resultado de la caza o la pesca

En su parcela de tierra roja, además del maíz, cultiva frijoles, boniatos, calabazas y papas. Se siente feliz esa mañana. Piensa que al día siguiente, una vez removida y regada la tierra, irá a cazar, y si los dioses son benévolos y le conceden algo de suerte, se internará en la selva virgen para cazar el tapir, el jaguar o el puma, o intentará atrapar un mono, un conejo, un agutí o, quizás, un armadillo. Mientras camina hace sus proyectos: sueña con llevar para las ceremonias familiares que celebrarán el mes siguiente, cuando se case su hija, animales poco comunes, como un pavo salvaje. Su carne es suculenta y su mujer suele prepararlo con frijoles y boniatos, que cocina en un agujero abierto en el suelo. El campo es hermoso en estas horas tempranas de la mañana. El rocío cubre las flores y perla las lianas con finas gotas semejantes al ópalo, pero el campesino no se interesa por esos toques poéticos que para él son parte de su paisaje humano, de la belleza de su alma, y que sólo conmueven al caminante.

De pronto, *Chac Noh* saluda con la mano a un hombre que pasa, transportado en una litera. Es *Gaspar Chira*, el plantador de cacao. Posee sus propias plantaciones y,

sobre todo, no está controlado por la nobleza, lo cual resulta raro en un comerciante. Tiene, por tanto, un nivel económico apreciable, y todo el mundo en el pueblo está celoso de él. Es un hombre feliz, un hombre libre. Lleva en la mano una gruesa bolsa llena de almendras de cacao que le servirán de moneda para comprar cualquier cosa: un conejo, zapotes, o quizá, si tiene deseos, para obtener por el mismo precio los servicios de una prostituta. Todos no son como él. Ese que acaba de pasar a su derecha es un mercader profesional que recorre kilómetros a pie, para buscar una caravana de esclavos, por lo general de niños muy pequeños, en su mayoría huérfanos, secuestrados y comprados en otra ciudad por un puñado de almendras de cacao, alrededor de un centenar. También están quienes tienen más suerte, quienes se dedican al trueque y recorren las vías marítimas, las riberas y los ríos. Transportan sus productos en canoas que construyen con troncos ahuecados.

En cuanto llega a su campo de maíz, antes de emprender su trabajo cotidiano, Chac Noh hace su ofrenda matinal a los dioses del sol, consistente en copal y posole, especie de harina de maíz muy ordinaria. Después pide a las divinidades que protejan su parcela.

—Oh Dios, padre y madre, sagrado *Huitz-Hok*, señor de las colinas y de los valles, señor de la selva, sé paciente. Te presento ahora mi ofrenda para que sepas que me someto a tu buena voluntad. Voy a molestarte, voy a trabajarte para vivir, pero te ruego que ninguna bestia salvaje siga mis pasos, que ninguna víbora ni avispa me ataque. Te mego que ningún árbol me caiga arriba y que ni el hacha ni el machete me corten. Voy a trabajarte con toda mi alma.

Una vez terminada su oración, pide a los dioses que le envíen alternativamente la lluvia y el sol, que velen sobre la calidad del grano y, dirigiéndose al Viento sagrado, le dice:

—Dónde estás, tú, el viento rojo; tú, el viento blanco; tú, el torbellino, no sé dónde te escondes, pero donde

quiera que estés, en el rincón más oculto de los cielos, en el medio de los montes poderosos, o en el medio de los valles más profundos, escúchame.

Quiero que emplees toda tu fuerza, aquí, donde hago mi trabajo.

Sólo más tarde en la mañana se anima la vida en esas aglomeraciones campesinas, ligeramente aisladas de los edificios religiosos o civiles, y situadas en los lugares menos favorecidos. Las chozas de madera cubiertas de paja se alzan habitualmente a ras del suelo, estando a veces ligeramente levantadas sobre una plataforma de poca altura, para evitar las inundaciones en la estación de las lluvias. Según la situación económica de su propietario, están o no delimitadas por un muro de albañilería o por simples hileras de piedra, adosadas unas contra otras.

El suelo de la choza es de tierra apisonada, cuando no está cubierto de cal. Los muros están hechos de tablas bien juntas y atados con lianas. Los pilares sostienen las vigas y los travesaños horizontales, sobre los cuales reposa la armazón del techo. Está hecho de hojas secas de palma que, gracias al espesor de sus fibras vegetales, impide el paso de la lluvia y dejan por suerte pasar el aire, garantizando a la habitación una temperatura agradable. Por otra parte, todas las casas están orientadas al Este, algunas veces al Norte o al Sur, pero raramente al Oeste. Si se atisba por la puerta entreabierta, se ve, según el caso, una única habitación o muchas, unas tras otras. La distribución resulta siempre la misma: en el medio, un muro divide la casa en toda su longitud, con aberturas que hacen las veces de puerta para entrar en cada una de las habitaciones. Las camas son simples esteras, y por la noche, cuando hace frío, se cubren con mantas de algodón. No hay ninguna ventana ni abertura en la choza, de ahí su oscuridad relativa. Sólo una única puerta estrecha permite conservar la frescura de ese espacio interior más alto que amplio.

Los niños corren por las calles, que al menos en este lado de la ciudad no están pavimentadas. Están desnudos

porque son todavía jóvenes, pero desde que tengan cuatro o cinco años, llevarán ropas para diferenciar su sexo: las niñas, túnicas de algodón, y los niños, paños. ¿Qué hacen en el día? Los mayores hacen arcos, tallan pedazos de madera para hacer lanzas o flechas, corren tras los animales domésticos, como gallinas, patos, pavos, o esos perros domesticados, curiosamente pequeños y mudos, que se crían para alimento o para ser sacrificados, lo que aflige a los niños, quienes llegado el momento de los sacrificios corren a los campos para esconderlos. A veces se divierten en recoger aquí y allá, miel y cera de las abejas que hacen sus colmenas en los troncos vacíos o en los huecos de las piedras.

Habitados a vivir desnudos bajo los rayos del sol, los jóvenes están bronceados todo el año, y a diferencia de sus hermanos mayores no tienen necesidad de ungirse el cuerpo y el rostro con esa resina roja que, según parece, repele a los mosquitos y amortigua el ardor del sol. Los más pequeños se quedan a jugar cerca de sus madres, que en silencio baten entre sus manos las primeras tortillas del día antes de cocerlas y colocarlas en una calabaza. Una voz femenina llama a una joven para pedirle que vaya a buscar agua al pozo, elemento vital en esta sociedad agraria. En caso de sequía, hay grandes depósitos de agua cerca del acueducto.

Por en el camino, se encuentra a sus amigas, que van ya hacia el río. Es la hora del baño purificador y de las sesiones de masaje. Por eso, cuando se encuentran, les gusta intercambiar recetas curativas no costosas y de fácil preparación. Compuesta generalmente de productos de origen vegetal o animal, grasa, excrementos de animales, balche, hojas, frutos o hierbas, esta medicina preventiva empleada por los curanderos les parece más eficaz que el cumplimiento de ciertos deberes religiosos predicados por los sacerdotes, bajo el pretexto insidioso de que sus males son enviados por sus enemigos o motivados por malos vientos. Una de ellas, a quien el caminante

pregunta por qué lleva flores amarillas en las orejas, le responde que es para neutralizar sus crisis de vómitos, que podrían transformarse en ictericia. Le explica que el método de los curanderos mayas está basado en un principio elemental, consistente en curar lo semejante por lo semejante, y se basa simplemente en la similitud del color asociado a los síntomas. Así, cuando su amiga expulsa sangre por las vías respiratorias, combate su mal colocando flores rojas cerca de su cama.

No resulta raro hallar a estas horas matinales, por los caminos que bordean la ribera, a numerosas jóvenes que van y vienen, con los brazos cargados de hierbas olorosas y flores con las que perfumarán el agua que verterán sobre sus cuerpos sudorosos. Cuando pueden, también se aplican un ungüento coloreado y pegajoso, parecido a la resina de guisantes, pues a la mujer maya le gusta oler bien para expulsar los malos olores en las horas cálidas de la jornada. También suele adornar con numerosos collares y colgantes su larga túnica blanca, simple pieza de tela con aberturas para la cabeza y los brazos, a veces hermosamente tejida en el busto, pero en general de una austeridad monacal.

Sólo los jóvenes parecen felices en esta ciudad religiosa, sin dudas porque todavía no conocen la vida. Dan una nota de frescor e inocencia que el caminante aprecia de inmediato. Por el contrario, los adultos no se rien nunca: trabajan y callan. No obstante, nada indica su descontento. Y mientras la madre no termina nunca de lavar y tender la ropa, o de cocinar dulces redondos de maíz que apila en una calabaza y cubre con una tela de algodón, el padre trabaja hasta el agotamiento, hasta no poder distinguir en la ya profunda oscuridad un conejo de un perro, o la sombra de un zapote de un espíritu maligno.

Están, además, los obreros que laboran en los monumentos. Curiosamente, no se mueven y se quedan de

pie en los andamios durante horas. Ni siquiera se notaría su presencia, sino fuera por el ruido sordo del buril sobre la piedra, ruido monótono y rítmico que resuena en toda la ciudad. Son los trabajadores de la piedra, grabadores y escultores. La ciudad entera es un taller, pues el rey, según se dice, embellece su ciudad, y el artista, como debe ser, trabaja para él. Ahí está, mirando y escuchando todo lo que pasa. Forma parte de la corte real, y es un poco bufón, un poco trovador, y con más frecuencia un aguafiestas.

Por eso, el caminante, quien se cuida de no molestar demasiado con su presencia anacrónica a los campesinos de la ciudad, prefiere hablar con uno de esos artistas, quien le parece el interlocutor ideal, sensible y más honesto que todos esos dignatarios vestidos como príncipes. Pronto se demostrará que está en un error, cuando se da cuenta que él también trabaja para un mecenas. De todos modos, el artista, por su posición marginal e idealista, posee lo necesario para seducir al visitante. Por eso le habla bien alto, para que levante la cabeza.

—¿Qué haces, amigo?

—Como puedes ver, hago muchos bajorrelieves y numerosas estelas, que representan escenas de ritual, como la investidura de un soberano. Pero me dedico, sobre todo, a reproducir divinidades populares, mitad animales, mitad vegetales, semihumanas o semilegendarias, cada una de ellas tiene su dualismo propio y adopta, según los puntos cardinales en que se las sitúe, formas benéficas o maléficas.

”Por ejemplo, *Chaac*, el dios de la lluvia con su larga nariz y sus ojos globulientos, puede ser benefactor en el Norte y convertirse en dios de las tempestades en el Sur o en el Oeste.

”*Itzamná*, el dios del cielo, puede semejarse a la vez a un viejo de nariz ganchuda o a un dragón celeste con una cabeza en cada extremo de su cuerpo. Una está viva y la otra muerta, una en el Este, representando la puerta del

cielo y el nacimiento de los astros, y la otra en el Oeste, lugar maldito donde desaparecen el sol y las estrellas.

”Así, el dios del sol es generalmente evocado bajo la forma de un pájaro que desciende sobre la tierra para encender el fuego de los sacrificios.

”También está la luna, Ixchel, que reina sobre las cosechas, y el dios maíz, encarnado por lo común en esta sociedad agraria por un joven dios adornado de ciertos atributos vegetales, símbolo de vida y, por tanto, de resurrección”.

—Pero me parece que tu preferencia siempre va a un mismo personaje, esa especie de sacerdote-rey que representas en todas las etapas de su vida.

—Sí, es Pacal, el adivino, el Escudo Solar. Aquí está con el torso desnudo, el pecho adornado por un enorme medallón de jade, sentado con las piernas cruzadas sobre un trono en forma de jaguar, recibe de Zac Kuk, su madre, el tocado real. Tiene 22 años, y estamos en el año 625.

“Aquí se le ve algunos años más tarde con su esposa, Ahpo-Hei, o solo, sentado sobre los hombros de esclavos arrodillados que le sirven de trono, recibiendo ofrendas de altos dignatarios”.

—Pero, dime, ¿por qué siempre esculpes los rostros de perfil y los cuerpos de frente, con los pies hacia afuera, alineados, los talones unidos, que dan a tus personajes la misma actitud hierática? ¿Por qué representas a los señores con esa deformación craneana que, en realidad, no es tan pronunciada?

—¿Por qué? —responde el artista—. Porque tú eres un caminante que está de paso y hay muchas cosas que no conoces. Los mayas idealizan el rostro que posee una línea casi recta entre la punta de la nariz y la parte más alta del cráneo. Por eso, desde su nacimiento tratan de lograrla, deformándose el cráneo con ayuda de un emplasto.

“Otro signo distintivo de la belleza maya es esa deformación frontal y occipital consistente en aplastar la cabeza

del recién nacido, manteniéndola los primeros meses sujeta por tablillas de madera, una delante y otra detrás.

”También está ese ligero estrabismo que obtienen en los niños atándoles a la punta de los cabellos un pequeño amuleto que cae en medio de las cejas, y los hace bizquear cuando empiezan a jugar con él.

”Como puedes comprender, nuestro papel radica en representar a las gentes importantes, reproduciendo lo mejor posible el canon de belleza maya, y a veces exageramos, porque trabajamos para ellos. Por eso, esa frente huidiza obtenida por deformación artificial, esa nariz cuya arista se prolonga hasta la frente, esos ojos hundidos, esos pómulos salientes y esos labios carnosos no son, de hecho, rigurosamente exactos. Pero no importa, pues las obras artísticas sólo se crean para el placer estético de esta élite intelectual que puede admirarlos con toda tranquilidad en las fachadas de los templos. En cuanto al pueblo, se burla de eso, pues no tiene acceso a los santuarios, y desde abajo nada ve en absoluto”.

Un pesado silencio, cargado de preguntas, se instala pronto entre los dos interlocutores. El caminante no puede ignorar que en una sociedad como esa, en que las clases tienen intereses antagónicos, y la mayoría de la población activa debe producir cada vez más excedentes para mantener a la minoría parasitaria de dirigentes, el arte se emplea forzosamente por la clase dominante para contribuir a la conservación del sistema y a reforzar su poder. Entonces, el artista, quitándose al fin la máscara, se atreve a hablar:

—¿No sabes que estamos obligados a seguir ciertas normas para representar las efigies de los dirigentes? Nuestra función es mostrarlos lujosamente vestidos y adornados, sentados o de pie, en actitudes majestuosas, siempre encima de un esclavo o prisionero. Como representantes de la justicia reciben a los vasallos, los cautivos o todo tipo de personas, que han sido humilladas, castigadas o incluso torturadas, pues el propósito resulta siempre el mismo: exaltar a la clase dominante.

—¿Y con qué materiales trabajas?

—Con madera, o sobre grandes muros calcáreos recubiertos generalmente de estuco policromo. Quizá no lo sepas, pero Palenque es realmente la capital del estuco. Trabajamos todas las técnicas esculturales: incisión, dibujo en alto y bajo relieve, modelado, y para fabricar objetos pequeños, usamos indistintamente la obsidiana, el sílex, el jade u otras piedras duras o semiduras, la concha y el hueso, que entallamos, perforamos y pulimos utilizando la erosión del polvo de piedra, de la arena y del agua. Casi todas nuestras esculturas están pintadas con diferentes colores.

”Pero en estuco fabricamos esas pequeñas figuritas que no sobrepasan los 25 cm, como la que puedes ver aquí, que encama a un dignatario vestido con un paño, sentado en un trono, teniendo por todo adorno un collar y un tocado imponente.

”Así adornamos los dinteles, los frisos, los pilares, las columnas, las escaleras, las fachadas, las comisas que forman parte de los conjuntos arquitectónicos: pirámides, palacios, santuarios o templos. Nosotros, los artistas mayas, hallamos en Palenque un interés especial en modelar el estuco, que se corresponde muy bien con nuestra sensibilidad”.

El caminante, curioso, quisiera saber cómo obtienen este material.

—Lo hacemos con yeso o cal muy fina, que desleímos en agua—le responde—. El resultado tiene el aspecto pulido del mármol y, al secarse, adquiere una dureza igual a la de la piedra. De ahí su empleo generalizado en la decoración, aun cuando la humedad tropical tiende a alterarlo un poco.

“Desde este punto de vista, Palenque posee un arte muy personal, diferente en muchos aspectos, tanto en el plano arquitectónico como en el escultural, el cual puede encontrarse en ciudades vecinas como *Tikal* o *Copán*, por ejemplo. Puede decirse que Palenque ejerce una

fascinación sobre sus rivales, al diferenciarse de ellas por su estilo puramente regional, que se define tanto por su equilibrio natural como por su sobriedad y refinamiento.

"Pero el prestigio de nuestra ciudad no nos impide presentir los terribles acontecimientos que amenazan nuestra civilización —prosigue el artista con una voz más grave—. No tenemos otra salida, y aunque todas las estelas y altares que grabamos tienen como propósito marcar el paso del tiempo y no la gloria de un gobernador o una conquista, sabemos que nuestra agonía se aproxima.

"Sin importar qué hagamos, estamos presos en la complejidad del calendario maya, que da a nuestra historia una concepción astrobiológica en la cual se conjugan, por una parte, la acción vital basada en el conocimiento de la periodicidad de los ciclos agrícolas, y, de otra, la regularidad matemática basada en la observación de los hechos celestes y las leyes que rigen los movimientos de los astros. En ese modo de pensar que abarca el espacio, el tiempo y todos los fenómenos, todo está organizado en relación con nuestro calendario, instrumento totalmente dedicado a fines espirituales y metafísicos.

"De hecho, son los dioses quienes, por mediación de los religiosos, influyen en los acontecimientos que el paso del tiempo reproduce a intervalos definidos".

Ante tal fatalismo, el caminante no tiene nada más que decir. Pero comprueba que la brillantez de esta civilización maya no es un milagro, ni un don gratuito de los dioses, como sostienen tantos eruditos. Antes bien, tendrá el deber de atestiguar que el pueblo maya, él solo, ha pagado cada día un poco más por este esplendor con su sudor, su miseria, su pena y su lenta e irreversible agonía.

Antes de abandonar la ciudad, el caminante quiere saber más sobre ese a quien llaman Pacal, quien lo gobierna todo y tiene a la vez poder temporal y divino. Es gobernador y al mismo tiempo gran sacerdote, el verdadero Hombre y Señor-Serpiente, lo que en la mitología maya significa que ocupa el grado más alto en la jerarquía

civil y religiosa. En realidad, pocas cosas se saben sobre este señor: pertenece a la clase de quienes tienen padre y madre, de noble linaje y no hay duda alguna posible acerca de su origen. Sus manos son finas y delicadas, lo cual expresa que nunca ha realizado trabajos manuales. Estas cualidades bastan para clasificarlo como miembro de la aristocracia, clase dominante de la cual provienen generalmente todos los jefes civiles y religiosos.

¿Es temido, odiado? Nadie osa decirlo; es el secreto de cada quien. Por demás, no es tanto a Pacal a quien el pueblo designa como responsable de sus desgracias, sino más bien a los religiosos, cuyo número resulta cada vez mayor y que gravita alrededor de su trono como la carroña que vuela de manera incansable sobre la selva para detectar su presa.

En ese momento, un grupo de hombres sale del Palacio, que semeja más bien un monasterio, con sus pequeñas celdas donde se alojan algunos altos funcionarios durante el tiempo de las festividades. Entre ellos hay señores y sacerdotes vestidos con trajes de ceremonia muy similares. Los segundos se distinguen de los primeros porque portan grandes rollos o grandes cuadernos bajo el brazo, y porque fuman en una gran pipa. Al menos, eso cree el caminante, pero puede equivocarse. Los sigue un momento con la mirada, y luego, cuando los pierde de vista, apresura el paso.

Los sacerdotes caminan con mucha arrogancia; sus tocados son sofisticados y sus adornos, nada modestos. Están conscientes de la importancia de su misión y se creen superiores a todos los demás, pues ellos dirigen los trabajos agrícolas y determinan las fechas de las actividades sucesivas; sobre todo, la quema de tierras, la cosecha, el desbroce de los campos y el incendio de la maleza seca. No dudan de su éxito ni un solo instante. Saben ser persuasivos. ¿Cómo podrían decepcionar por un instante la confianza de sus fieles? Ellos son “Los del Sol”, los investidos por los dioses.

La mayoría se dirige hacia el Observatorio, situado en la torre cuadrada del Palacio, cuya construcción, iniciada por Zac Kuk, la madre de Pacal, no está aún terminada. Se han previsto dos pisos suplementarios. Debe decirse que la disposición espacial de los observatorios no es fortuita, sino calculada en función del movimiento de los astros para ofrecer puntos ventajosos para su observación. Así, por la abertura practicada en la torre, ya desde el segundo piso, puede verse la salida del sol en los equinoccios y el planeta Venus. Conocer el movimiento de los astros permite a los sacerdotes decidir en qué estaciones hay que sembrar, anunciar la estación de las lluvias y, sobre todo, prever el futuro mirando el pasado, al menos, tal como está escrito en sus grandes libros. Hay que saber qué acontecimientos han acompañado a las estrellas, qué ritos han molestado a los dioses, o, por el contrario, los han dejado satisfechos.

Ahora tendrá lugar la misma ceremonia de la víspera, pero esta vez para los iniciados. Uno de ellos, quien dice llamarse *Kan Ikum*, se dispone a hablar, pero antes, confortablemente sentado sobre la espalda de una pareja de esclavos, recibe ofrendas de dos dignatarios: un penacho ornado de joyas y plumas y la cabeza del dios Chaac. Lleva todos sus atributos de fiesta: grandes pendientes en las orejas y el *bezote* en el labio inferior, ornamento bucal de forma cúbica hecho de jade o de conchas. Porta, además, un cetro en la mano. Habla, y algunos representantes de la plebe, escogidos por su moderación, lo escuchan:

—Veo en los Libros que se aprestan hechos graves, que exigen la unidad de todos y la obediencia absoluta al deseo de nuestras divinidades...

Se detiene de golpe, porque sabe que va a repetirse de nuevo. Pero hoy su público está mejor preparado, pues se compone principalmente de Batabes, guerreros, jefes militares, comerciantes, músicos y artesanos, y espera hacerse entender. Por eso, continúa.

—Como saben, hermanos, hemos observado variaciones en el ángulo bajo el cual aparece el sol en las distintas épocas del año y la posición exacta del sol cuando sale en los períodos de solsticio.

“También hemos seguido la trayectoria de Venus con gran precisión, y nuestros errores de cálculo en los movimientos de la luna son casi insignificantes. Nuestros métodos son rigurosamente científicos, y nuestros resultados han demostrado su exactitud durante más de 4 000 años.

”¿Qué queda por hacer? En verdad, sólo esperar el momento en que los dioses expresen sus exigencias por mediación nuestra. Deben estar listos si piden sacrificios humanos, y si desean que los dioses distribuyan más su riqueza, o intercedan por ustedes cuando sean anunciados días más nefastos, no sean ingratos con ellos; otórguenles a su vez la sangre que es su alimento privilegiado”.

El caminante sonríe al oír estas palabras. Ya conoce ese discurso, que intenta hacer creer al pueblo que los valores espirituales son más importantes que las riquezas materiales. En realidad, el orden cósmico está enteramente en manos de los sacerdotes, quienes poseen un control permanente sobre la población. Además, todo el mundo viene a consultarlos, porque son miembros de la clase culta: los enfermos y también los sanos, los padres de familia que buscan un nombre para su descendencia y quieren conocer su horóscopo, para saber si mañana el niño se convertirá en un sabio; si será malo, deshonesto, valiente, imaginativo, indeciso, perezoso, rico o pobre. Confiando ciegamente en el poder de esos magos, vienen a preguntarles si no es demasiado tarde para actuar sobre las futuras actividades de su familia, en caso de influencia nefasta de los astros sobre su destino.

¿Qué otra cosa hacen? Sirven de registro civil, sancionan los delitos y castigan con gran severidad a los delincuentes, pues, por ejemplo, un adúltero resulta a veces castigado con la muerte o abandonado a la venganza pública. Además, se encargan de la

educación religiosa de los novicios y escriben los *Códices*. Sus medios de controlar la población casi no tienen límites.

La ciudad se anima, y el sol ya está alto en el cielo.. Cada uno va a sus ocupaciones, y el caminante, curioso de todo lo que pasa a su alrededor, sigue a un grupo, el cual se dirige ahora hacia el juego de pelota. Pese a las apariencias, no es solamente un deporte para entretener a los señores, sino un juego con funciones rituales bien precisas. Simula el movimiento de los astros y simboliza la travesía del sol por el firmamento, el enfrentamiento entre las divinidades y un duelo eterno con el poder de las tinieblas.

El caminante sigue con interés mezclado de gran curiosidad el desarrollo del juego, cuyas reglas no conoce, aunque le dicen que varía de una ciudad a otra. Por otra parte, el juego es mucho más complejo de lo que parece a simple vista, y las dificultades, numerosas. Por lo común, los jugadores anotan pocos tantos, pues deben hacer pasar una pelota de caucho a través de uno de esos aros de piedra dispuestos a igual distancia entre los dos campos y sellados en los muros de cada lado de la zona central del terreno, a una altura de cerca de 3 m. Estos anillos esculpidos son los marcadores de las pelotas laterales. El terreno de juego, en forma de I mayúscula, está abierto hacia el Sur y cerrado hacia el Norte, con escalones que tienen una estela en la cima. Se compone de dos plataformas alargadas y paralelas en cuyo centro se desarrolla el encuentro. Los jugadores llevan mucha ropa, a pesar del calor, y sudan de manera abundante. No sólo llevan un delantal forrado con algodón, sino además un espeso cinturón protector, un paño alrededor de las caderas —por lo general de piel de animales— y bandas de cuero acolchadas en los costados, los codos y las rodillas, para protegerse de malos golpes.

Tras haber ofrecido presentes a un gran sacerdote, el árbitro señala a la multitud impaciente que el juego va a empezar. De un lado y otro del terreno, dos equipos se enfrentan y lanzan con fuerza terrible esa pequeña bala, intentando hacerla pasar a través de los aros sin tocarla, ni con los pies ni con las manos. Pues toda la originalidad del juego consiste en golpear con las caderas, los antebrazos o los hombros. A veces, los jugadores se arrojan valientemente al suelo para recibir la pelota, y los aplausos estallan cada vez que un equipo marca un punto. Los espectadores se regocijan.

El gran sacerdote se levanta entonces y dirige una plegaria al Dios Siete, quien, según el *Libro de los Hechos* o *Popol Vuh* —poema de mitos y leyendas del pueblo quiché—, fue engendrado en la oscuridad durante la noche, cuando ni el Sol, ni la Luna, ni la cultura maya habían sido creados aún.

“Cada Señor de la Cerbatana, Señor Siete de la Cerbatana, todos los días tiraba con la cerbatana y todos los días jugaba a la pelota en su patio de juego”.²

Un espectador explica al caminante que el Dios Siete es a la vez uno y múltiple, tiene muchos y una sola cabeza, y está representado por esa pelota que simboliza el astro dios, y cuya trayectoria imita la del sol.

—Cuando, por desgracia, la pelota toca con demasiada frecuencia el suelo en lugar de pasar por el anillo de piedra, ocurre que el sol abandona su órbita y pone a toda la tierra en peligro de muerte. Sólo un sacrificio humano puede impedirlo. El equipo que pierde debe morir, pues al dar su sangre, el vencido se integra a la dinámica cósmica. Se ofrece en holocausto para que el sol continúe su curso en el cielo.

Al oír esas palabras, el caminante no puede evitar esbozar una sonrisa de reprobación. Decididamente, nada ha cambiado ni cambiará jamás. Siempre bajo el manto de

² *Ibid.*, p. 73.

una religión, en nombre de un dios o, a veces, de muchos, se intenta justificar las atrocidades más grandes de la historia. Es como si los hombres se escondieran siempre tras una máscara para no tener que asumir sus responsabilidades.

Mientras reflexiona, oye el sonar de los caracoles empleados como trompetas, acompañado por un sonido de tambores. Los guerreros se sitúan, escudo contra escudo, para rodear a los vencidos, cuando del coro salen cantos que, por su tristeza y gravedad, anuncian la hora de los sacrificios.

Los vencidos son tomados por los cabellos y arrastrados detrás de los altos muros del terreno de juego. Y en ese preciso instante, el gran sacerdote ordena a sus dignatarios que conduzcan al primero de ellos sobre el altar. Lo escogen al azar. Es hermoso, grande y fuerte, y respira juventud y vida. ¿Quién es? Quizás un ciudadano que cometió un delito penal, un prisionero de guerra, o algún desgraciado nacido de padres esclavos, secuestrado cuando niño y vendido a los mercaderes. Como no tiene ningún derecho, su situación resulta precaria, y sabe que puede ser sacrificado en cualquier momento. Su lucidez e's total, y sus ojos no sólo reflejan la angustia, sino también el odio; un odio visceral que desde hace largo tiempo siente por esta clase religiosa. Por eso, cuando los sacerdotes depositan los cirios que tienen en la mano y cuatro de ellos —seleccionados para cada ceremonia, con la misión de fijar los pies y los brazos de la víctima— se apoderan brutalmente de él, les escupe al rostro. Después, mientras intentan mantenerlo acostado, con la espalda sobre la piedra del sacrificio, con las piernas y los brazos separados, se debate como un loco. Sus fuerzas se duplican. Envían por refuerzos. Pronto, sin poder moverse, empieza a gritar. Lo hace tan fuerte y de manera tan desgarradora, que el eco de sus gritos repercute en toda el área de juego. El público se pregunta: ¿no es el mismo esclavo que ayer rompió la armonía de la ceremonia oficial del primer Día Portador del Año?

El caminante, aterrado, desvía la mirada del lugar de donde ha venido el llamado. Se siente mal. No es cierto que las víctimas estén de acuerdo y que los sacrificados acepten morir por el bien de todos. No puede soportar esta hipocresía y le repugna la idea de que pueda ser por un sólo instante cómplice de este espectáculo. Como tales acontecimientos van demasiado lejos, prefiere levantarse e irse.

Inconsciente, aturdido camina por la ciudad desierta. Otros le contarán más tarde cómo ha procedido el gran sacerdote. Vestido con una magnífica toga roja, el sacerdote se inclina sobre la víctima y, con un cuchillo de sílex, traza primero un corte a la izquierda del corazón para asegurar el golpe final; después, con terrible violencia penetra en la base de las costillas. El cuerpo se agita en un último estremecimiento y el gran sacerdote arranca el corazón y, levantándolo por encima de su cabeza, lo ofrece al sol poniente, al dios de Venus. Da luego algunos pasos hacia el borde de la plataforma para mostrar la ofrenda a los asistentes, quienes, según cuentan los testigos, le responden con una potente aclamación. Pero el caminante sigue escéptico respecto de la reacción del público. Es más bien una especie de masa dirigida por los señores; él sabe que ese grito no ha podido dejar indiferente a nadie. Largo tiempo después que los rayos del sol poniente han bañado los campos con una luz de esperanza, ese grito resonará todavía en sus oídos.

Se dice que el espíritu de los muertos está entre los vivos, y que vaga durante noches enteras sin hallar reposo. Una especie de temor se apodera de la multitud, y seguirá presente, mientras el alma de esos moribundos no abandone su cuerpo, pues todo el mundo sabe que nadie acompañará a esas pobres víctimas en su último viaje y que los muertos tienen el hábito de partir con sus objetos personales y alimentos. De todos modos, una duda queda entre los espectadores. Los mayas no aceptan fácilmente la idea de que el cuerpo se pudra,

y no quieren pensar en un castigo sobrenatural que les robaría toda posibilidad de creer en una vida ulterior.

Por ello, tras haber colocado el corazón de la primera víctima en un vaso, y esperar que las demás hayan exhalado su último suspiro, el cortejo se pone en camino para la celebración de las ofrendas a los dioses. El gran sacerdote marcha a la cabeza, seguido de cinco religiosos provistos de un incensario, donde arde el copal. Bajan los escalones del santuario, pasan ante el juego de pelota y llegan a la gran explanada de las ceremonias, donde cada uno toma el lugar asignado de antemano. Hay muchos curiosos, numerosos fieles han venido para ver esta ofrenda de su propia sangre a los dioses.

La autoescarificación, como se llama entre los mayas a esa curiosa práctica de horadar la lengua, el lóbulo de la oreja, las pantorrillas, el hueco del codo, el sexo entre las mujeres y el pene entre los hombres, también forma parte de estos ritos, al mismo nivel que las ofrendas de copal, de balche y los sacrificios de animales.

El caminante, quien ha seguido a la multitud durante todas las ceremonias, se acuclilla con los demás, pero se sitúa un poco hacia atrás, pues rechaza, instintivamente, estos ritos que le parecen tan salvajes unos como los otros. En ese momento, uno de estos dignatarios, el señor *Hu-Phong*, para contribuir a la ceremonia y compartir el dolor que siente en su cuerpo, no tiene más alternativa que dar el ejemplo haciendo su propia donación de sangre a los dioses.

Tras haber repetido en voz muy alta, ante la enmudecida concurrencia, “Los hombres mueren para que los dioses vivan”, como para enmascarar esta especie de indiferencia ante la vida y la muerte, levanta su mano derecha, luego la baja lentamente hundiendo un punzón de obsidiana en su lengua, en los lóbulos de las orejas y en las partes carnosas de sus extremidades.

“Hagamos una incisión en nuestras orejas, en nuestros codos, para que ellos [los dioses] nos concedan fuerza y coraje de hombres”.³

Después, con los ojos fijos en el Oriente, donde nace el sol, grita con exaltación: “Que venga la claridad, allá donde hemos visto nacer el alba, cuando fue creado el Sol. la luz, allá donde fue engendrada la Tierra”⁴

Entonces, una mujer, sentada a su lado, quiere imitar al dignatario. Toma el agujijón de una raya de una cesta donde están mezclados estiletos de hueso de jaguar, y tras haber atravesado su lengua, se apodera de una simple cuerda y la pasa lentamente a través de ese órgano musculoso. Como repite muchas veces la operación, la lengua empieza a hincharse.

El caminante se lo dice y ella se asombra, pues ni se había dado cuenta de toda la sangre que se había extraído. Otros testigos la imitan, pero prefieren atravesarse los lóbulos de las orejas o la punta de sus dedos; al parecer, los sangramientos son indoloros en esos lugares. Además, todo depende de la rapidez con que se seque la sangre —algunos lo hacen hasta dos veces al día— y de los instrumentos empleados. Pueden ser hojas de obsidiana en forma de lengua de serpiente, con el filo muy cortante; agujijones de raya, ese pez de larga cola; ramas muy finas, briznas de heno o, incluso, cuerdas sembradas de espinas de agaves.

Aunque sean muchos los fieles que se desplazan para asistir a estas ceremonias, no resulta un espectáculo agradable, y se dice que las personas destinadas al auto- sacrificio sufren atrozmente. Se les obliga ayunar algunos días antes, y también se les priva del sueño. Las largas vigiliias en el templo los sumergen en un estado letárgico, y cuando llegan para el sacrificio están como drogadas, lo cual les permite aceptar mejor el sufrimiento. A veces, las víctimas creen tener visiones, y no es raro que vean aparecer ante sí una

³ *Ibid*, p. 147.

⁴ *Ibid*, p. 136.

serpiente bicéfala con la boca entreabierta, imagen alarmante, especie de guerrero armado, divinidad o antepasado divinizado.

La sangre se recoge en tiras de corteza que se ofrece de inmediato al dios *Q*, el dios jaguar. Se encienden hogueras para arrojar en ellas las tiras y las varillas ensangrentadas, así como las ofrendas de copal.

Hace ya algunos instantes que las trompetas y los tambores han callado, así como los gritos de los guerreros. Dispuestos en círculo y encadenados uno al otro por una cuerda que les atraviesa el sexo, han bailado hasta el agotamiento. Pronto llegará el silencio de la noche.

Pacal se inquieta cada vez más de estos rituales que efectúan durante las fiestas e intenta reducir el número de los prisioneros cautivos. Así, prohíbe que se representen escenas de sacrificios humanos en los bajorrelieves o en las estelas. No concibe así el futuro de su pueblo, y tiene miedo. Lamentablemente, los tiempos son cada vez más duros. No sólo disminuyen las cosechas y la selva virgen retoma sus derechos, obligando al campesino a abandonar su campo tras haberlo explotado muchos años seguidos. También la clase parasitaria aumenta más cada año, y exige que se produzcan más alimentos. Existe una contradicción evidente entre la pobreza técnica de los medios agrícolas y el desarrollo demográfico de esta clase de religiosos y señores, que no vacilan, para satisfacer a los dioses, en pedir cada vez más sacrificios. Al ser la sangre el alimento de los dioses, los guerreros y cautivos constituyen, por tanto, el alimento del sol.

Además, el ritmo de las construcciones se intensifica, y se hace cada vez más demoníaco. Se acusa a Pacal de querer embellecer su ciudad con nuevas edificaciones. Hay que construir otros templos, otros palacios, otros santuarios en piedra tallada, y aprovechar esa piedra calcárea de la era terciaria semejante al yeso que tanto abunda en el país. Los templos se

construyen por lo común sobre pequeños cerros, a los cuales los techos calados confieren una elegancia aérea. Hay aberturas en forma de cerraduras, especies de celosías que sirven para que circule el aire, y se nota una pequeñez relativa en las salas. No presentan bóvedas redondas sino de crucería, las piedras de los muros terminan por unirse en la cúspide y eso explica la forma de las piezas, forzosamente largas y estrechas.

Por otra parte, desde hace algunos años, Pacal ha hecho de su ciudad una ciudad-Estado que crece, subyuga a numerosos reyes y consolida su reino. Es el primer gran soberano de Palenque, todo el mundo lo sabe y lo repite, y los gobernantes no buscan otra cosa que abusar de su título y prestigio para reforzar sus poderes. Ésa resulta, sin dudas, la explicación que los señores de esta ciudad dan a sus enemigos para defender la famosa pirámide del Templo de las Inscripciones, destinada ante todo a recibir la sepultura del rey y que ha comenzado a construirse durante su vida. Quieren que esa sepultura sea eterna, capaz de resistir el enorme paso de la pirámide, los temblores de tierra —aunque Chiapas no es una región sísmica— y, sobre todo, el paso de los siglos hasta la eternidad. Así, el proyecto se acepta bien por el pueblo.

El caminante no se engaña. Sabe que este personaje debe ser enterrado con todo el fasto requerido y que para realizar una edificación funeraria de tal envergadura, debió haber sido un gobernador modelo y un gran religioso. Venerado gracias a la ejemplaridad de su vida y de su obra, la costumbre exige que sea deificado antes de su muerte, para que sobreviva y dé felicidad y vida a su pueblo. Sabe, además, que tiene un poder absoluto sobre todo el organismo social, pues nada habría sido posible sin ese sistema autocrático que daba a la clase privilegiada la posibilidad de explotar al máximo la fuerza de trabajo y a un mínimo costo.

Numerosos testigos describen al caminante las diferentes fases de la construcción de este imponente monumento, la cual se desarrollaría durante decenios. Todo se inició con la extracción de ese gran bloque para tallar el sarcófago: luego vino la erección de los muros de la cripta y, sólo después, la edificación de la pirámide.

Se halla bastante avanzada, con sus ocho cuerpos más o menos de la misma altura, y los obreros están a punto de terminar el piso del noveno nivel, donde descansara el templo. Una abertura a ese nivel muestra el emplazamiento de una escalera interior la cual sube desde la cripta, donde se sitúa el lugar de la muerte. Los nueve niveles del basamento simbolizan los nueve niveles del otro mundo, los infiernos, la imagen invertida del mundo subterráneo, y revelan a todos los habitantes de Palenque que esta pirámide sólo es una construcción funeraria. De hecho, su función radica en servir de basamento a un templo que se edificará a continuación, y que constituirá un lugar sagrado, santuario y residencia de los dioses.

El caminante mira esta obra monumental adosada a la selva virgen y, al hacerlo, no puede evitar la comparación entre la pirámide maya y la egipcia: las dos encierran una tumba y poseen una escalera que vincula la tierra con el cielo.

Ya ha caído la noche. El sol está en el fin de su recorrido diurno. Va a hundirse en el seno de la Tierra, donde proseguirá su viaje en sentido inverso, iluminando el reino de los muertos y convirtiéndose en uno de los Nueve Señores de la Noche, antes de emerger con el alba, del lado del Oriente.

Del interior del Palacio llegan rumores a Pacal. La muerte de ese esclavo, quien se ha rebelado por dos veces y no ha querido resignarse a morir como los otros, lo obsesiona. Presiente que ya se ha roto el equilibrio entre la plebe y los religiosos. Además, el crecimiento

de la edificación de centros ceremoniales, la excesiva complejidad de los ritos y el número creciente de religiosos, no presagian nada bueno para la clase campesina, única clase productora que ya no puede alimentar a toda la población y no soporta más la creciente opresión que cada día se abate sobre ella.

Inquieto, Pacal decide convocar a sus dos hijos, *Chan Bahlum* y *Kan Xul II*, para hacerlos partícipes de sus preocupaciones. Ha oído decir que las víctimas son a veces drogadas cuando van al sacrificio; en especial, esa jovencita de quien la madre no quiso separarse. No es la primera virgen conducida, completamente eufórica, al suicidio, y empujada a un cenote o a un pozo. En el espíritu de Pacal nace una duda. Tiene vergüenza de la amplitud de esa mistificación y de los numerosos dramas que ella engendra. Ya no se engaña respecto de la inmensa desaprobación que provoca entre las clases más pobres y más resignadas. Por ello, el otro día, el grito de aquel esclavo ha sido como un latigazo en el pecho, y piensa en él con frecuencia. Sabe que ese grito de rebelión también es un grito de desesperación. La hora de la venganza se aproxima.

Hablando con sus hijos, de inmediato comprende que no piensan como él, y que sus ambiciones se dirigen más a sobrepasar a su padre que a igualarlo; en especial, en la lectura de los astros. Se siente decepcionado. Esperaba más comprensión de su parte, pero, indulgente, atribuye a la juventud esa falta de sabiduría.

Chan Bahlum, su hijo mayor, quien va a sucederle —la descendencia se establece por la línea masculina—, viendo a su padre ofendido, intenta tranquilizarlo.

—No se inquiete usted, padre —le dice—, no importa lo que haya hecho, su nombre será por siempre invocado y adorado en primer lugar por sus descendientes.

—Puede que tú lo creas, hijo, pero te digo, los tiempos ya no son los mismos y la noche pasada, soñé con acontecimientos dramáticos.

—¿Cuáles, padre?

Medita largo tiempo y al final decide callarse. Semejantes e las de la mayoría de los señores y de los sacerdotes, las intenciones de sus hijos le parecen cada vez más belicosas. Hacer guerras para obtener cada vez más prisioneros y víctimas para el sacrificio, tal parecen ser sus únicos, propósitos. Por ello decide para sus adentros no entregarles todo su poder de golpe, al menos, no el espiritual.

Por suerte, entre el grupo de sacerdotes que se le aproximan está *Chan Pop*, el más sabio y de mayor celo de todos. También, el más humilde. Es el Noveno Señor de la Noche, y a él decide confiar sus reticencias y sus dudas.

—Tuve, hace algunas noches, un sueño extraño y premonitorio —le dice—, y quiero contártelo sin esperar más. Soñé, sí, soñé con el Apocalipsis y la decadencia de la era maya, que llegará con el extranjero, esos raros señores con los cabellos y la barba roja que vendrán del lugar donde nace el sol. Estos caballeros estarán montados en raros animales, y harán un mido tan infernal con sus armas de fuego que nosotros, los mayas, los bautizaremos tapires gigantes, tapires de tormenta.

Chan Pop lo escucha con mucha emoción, pues sabe que los sueños y los presagios tienen un lugar privilegiado entre los mayas gracias a su magia, que no sólo disipa la ignorancia de los hombres, sino también les explica las relaciones ocultas con las fuerzas sobrenaturales, lo cual les permite vincular mejor lo real con lo sagrado.

—Tienes razón, Escudo Solar —le dice—. La guerra no sería necesaria si la tierra estuviera bien cultivada, pues podría dar prosperidad a todos los habitantes de la región. Entonces no habría rebeliones, ni castigos, ni necesidad de una autoridad teocrática. Entonces ya no habría hambre.

“Pero los sacerdotes no han entendido nada de la palabra de los dioses, y han interpretado sus mandatos

al pie de la letra, sin aplicarlos para sí. No obstante, no tengas temor, hijo del dios Sol, ni escuches a los espíritus del mal ni a los de las divinidades, pues tú posees la sabiduría cuando dices que hay que cuestionar todo lo que hasta aquí se ha establecido.

—En verdad, tú lo has dicho, ya no estamos en esos tiempos. La religión ha fracasado, a pesar de que tenía todo el poder sobre los campesinos—.

Pacal lo sabe, sobre todo porque los dioses le han pedido muchas veces que se abandonen los sacrificios humanos; en particular, los de los niños, cada vez más frecuentes.

—Pero ten cuidado —añade el sacerdote—: si pierdes la confianza de los tuyos, se realizarán terribles profecías, y asistirás a la destrucción total de tu pueblo. Todo será destruido: ya no habrá más templos ni hogueras sagradas. El desierto se extenderá por todas partes antes de que regresen otros hombres sobre la tierra.

Al comprender que la catástrofe resulta ahora inminente y que se aproxima la hora en la cual los campos desiertos no tendrán brazos que los siembre, Pacal pide al artista, quien desde hace tantos años graba su efigie, que represente una cruz sobre su losa funeraria, como símbolo de un mesianismo y de una resurrección cuyo significado, la esperanza de un tiempo nuevo, sólo será evidente ocho siglos después, con el fin de la opresión de los blancos sobre los indios. Ya se imagina esa cruz, estilizada en forma de árbol y cubierta de vegetación, con el quetzal en su cima.

Como esas pesadillas se repiten de manera constante, Pacal aconseja a Chan Pop ser el mensajero de su pueblo si, Hun-Ahau, Señor de la Séptima Rueda, lo llama a él primero. Luego se hunde en una dulce melancolía, en un tiempo fuera del tiempo. Y anuncia con voz profética que un día vendría el último sol, que traería la destrucción final del mundo.

“Es llamado el sol del movimiento, porque se mueve y prosigue su camino. Y según dicen los ancianos, llevará el movimiento de la tierra, el hambre, y pereceremos todos”.⁵

Antes que ese momento llegue, ordena a su confidente que inscriba en el Templo de las Inscripciones, además de los 620 glifos grabados en la piedra en el muro interior del templo, que cuentan su historia y exaltan su personalidad, un mensaje. También le pide que se asegure que ese texto será depositado tras su inhumación en su tumba, en medio del mayor secreto. Deberá permanecer escondido para que nadie lo descubra antes del 2012, antes de que regrese el tiempo de los mayas, antes de que salgan de su Noche.

Es su voto más querido y también un tesoro inestimable que quiere ofrecer a su pueblo y a esos indios que tanto ha amado.

⁵ *Anales de Cuauhtitlán*, Édition Walter Lehman, en *Codex Chimalpopoca*. Traducción de Miguel León Portilla, La Pensée Aztèque, Paris, 1985, p.95.

II

Una noche de pesadilla

Fue una noche muy agitada para el pequeño Alberto. Una noche que recordará mucho tiempo después.

Ese día, tras haber dado las buenas noches a sus padres, va a acostarse. Su abuela María Micaela, cuya presencia en el círculo familiar es cada vez más frecuente desde la muerte de su esposo, lo abraza como siempre, dibujándole en la frente una pequeña cruz. Alberto le tiene mucho cariño a esta anciana, su rostro sigue siendo muy joven, a pesar de las pequeñas arrugas que lo surcan aquí y allá, sin alterar con ello en nada su belleza. Sobre todo sus ojos, suaves como el terciopelo, tiernos y lánguidos, evocan en el nieto paisajes lejanos que aún no conoce, cuyo esplendor su madre se complace en proclamar cuando le lee, antes de dormirse, algunos versos del gran poeta José María Heredia.

Desde muy pequeño sabe que sus antepasados, como su padre, han nacido en esa isla del Caribe, que tanto ha dado que hablar desde hace más de medio siglo. También sabe que para lograr su independencia, sus padres debieron participar en el exilio desde un movimiento de solidaridad sin precedentes en la historia, y que combatieron como verdaderos patriotas. Después descubre, no sin tristeza, que cuando Cuba rompió sus lazos con España, algunos años antes de

su nacimiento, otros imperialistas se instalaron en ella. Muy joven, Alberto toma, por tanto, conciencia de que la libertad no se obtiene más que al precio de una lucha sin tregua. También descubre lo que puede ser una vida consagrada a un ideal de justicia, y aprende muy rápido a reconocer el valor de esas dos palabras que, entre los suyos, se pronuncian con un orgullo y un respeto mezclados de admiración: República Cubana.

Ésa noche, el niño recuerda a su abuelo. Según sus padres, no sólo conoció en París a las más importantes personalidades políticas del exilio, sino que fue célebre en su país natal, donde fungió como vicepresidente de la Academia de Medicina, a los 31 años, y fue fundador de la Academia de Ciencias de La Habana. Mas, para Alberto, por muy glorioso que fuese ese pasado, no le daba a su abuelo el derecho de desaparecer tan rápido. ¿No podía esperar dos o tres años más, para que el nieto fuera lo suficientemente grande para interrogarlo? Y como para hallar una respuesta a sus preguntas, escudriña por largo tiempo, antes de dormirse, el retrato del abuelo que su padre ha colocado en su habitación.

Una extraña aparición lo despierta en varias ocasiones. Se yergue sobre el lecho, lanza pequeños gritos; cae inerte, mientras su cuerpo es recorrido por estremecimientos sucesivos. Por primera vez, acaba de entrar en contacto con un mundo que aún no conoce: el de los muertos y los espíritus. Una horrible momia con enormes fosas orbitales y una boca donde aún quedan algunos dientes ya amarillentos por el tiempo, se levanta de golpe en su ataúd, y se yergue al pie de su lecho, esbozando algunos pasos de danza. Luego cae bruscamente, y en su caída, el cuerpo se desarticula como tocado por una varita mágica. La mandíbula se rompe y todos los dientes se desprenden, unos tras otros. Entonces, la imagen desaparece y la noche se hace más densa, y también más negra. Esto no dura mucho tiempo; pues, a cada nueva aparición, el niño da un salto, mira a su

alrededor y, sin ver nada anormal, vuelve a acostarse. Tiembla, tiene miedo, está empapado en sudor. Y desde que cierra los ojos, pesadilla o duermevela, la misma visión regresa a burlarse de él. Pero del esqueleto que alcanzó a ver la primera vez, ya sólo queda una caja torácica hueca, algunos huesos rotos, desparramados sobre un cojincillo rojo, y fragmentos de una máscara que yacen en el mismo lugar donde él estaba seguro de haber visto una cabeza.

Y como todo el mundo duerme en la casa, pasa el resto de la noche en recomponer, como le gusta hacerlo con sus rompecabezas, las mil piezas del esqueleto. Deberá esperar a que el alba se deslice a través de las persianas metálicas de su habitación, que da sobre una gran avenida parisiense cercana a L'Étoile, para darse cuenta que acaba de tener una pesadilla. En ese preciso momento percibe el ruido de un carruaje en la calle. Se esfuerza en conservar los ojos cerrados, pero poco a poco su sueño se desvanece, disolviéndose con el día que comienza. Espera aún un poco más, a que los rumores crezcan y suban más ruidosamente desde la calle, antes de precipitarse a la oficina de su padre.

Ya la sala de consultas está abierta de par en par. Un hombre en la plenitud de su edad está sentado tras su mesa de trabajo, y, sin esperar más, el niño trepa ágilmente sobre sus rodillas y se acurruca, con los cabellos todavía húmedos, contra el bolsillo del chaleco donde esconde su reloj. Muy emocionado, y sin poder diferenciar lo real de lo imaginario, le cuenta de un tirón lo sucedido. Su padre lo escucha, y conociendo la gran sensibilidad de su joven hijo, no se asombra demasiado de ese mal sueño. Le acaricia la cabeza, dulce y afectuosamente.

Recuerda que en la víspera habían hablado de los hechos recién ocurridos en México y del temor del gobierno de Porfirio Díaz —en el poder desde hace 27 años—, quien afirmaba que no pasaba nada que mereciera

el nombre de insurrección, mientras en la frontera, al norte del Río Grande, ya los norteamericanos habían reunido más de 20 000 hombres distribuidos entre El Paso, San Diego y Galveston. También recuerda que el niño, fascinado por esos acontecimientos que debían evocar en él los problemas de Cuba, le había pedido permiso para abrir ese gran libro de imágenes, y rehusando irse a dormir, se había quedado con los ojos fijos en las fotografías de insurrectos agrupados en una zanja que bordeaba una vía férrea, tras haber dinamitado el expreso de la Mexican Central Railroad, como decía el pie de foto.

Después, también le había rogado que le leyera y le explicara el siguiente comentario:

“Ellos [es decir, los insurrectos] tienen coraje y arrojo. Muy pintorescos bajo el poncho multicolor, siempre armados, el fusil al brazo, aun durante las comidas, con los cartuchos en bandolera y listos para disparar en cualquier momento, no retroceden y si es necesario, hacen saltar sin vacilación las vías férreas y los trenes con dinamita (...) destruyen metódicamente las líneas del ferrocarril y las telegráficas. Y, según las últimas noticias, sitiaron y saquearon numerosas ciudades”⁶

Y poco a poco, ante la lectura del artículo que hallaba muy atractivo, había visto a su padre sacudir la cabeza.

Pero Alberto sabía muy bien que eso no le había impedido dormir esa noche, como lo habían creído sus padres, sino más bien, en la otra página, esas imágenes de títeres, especie de esqueletos exhibidos durante extrañas fiestas por un pueblo jubiloso. Estaban en todas partes en las calles de México: en las tarimas de los mercados y en los quioscos de música, e, incluso, los niños se divertían en dar mordidas a las cabezas de los muertos, hechas de azúcar, como para reírse de manera desdeñosa de la Pelona, compañera fiel y a menudo indiscreta.

⁶ *L'Illustration, Journal Universel (Album 1909-1913)*. “Guerre civile au Mexique”, Paris, 1911, p. 165.

Por eso, esa mañana, aún medio dormido, le pregunta a su padre si la insurrección tiene algo que ver con esas ilustraciones.

—No exactamente —le responde—. Es más bien una extraña coincidencia, algunos dirían que es un presagio, pues en efecto los acontecimientos empezaron en los primeros días de noviembre. Exactamente, el 2 de noviembre, los mexicanos celebran cada año la Fiesta de los Muertos, en recuerdo de sus antepasados.

—Pero el esqueleto que vi levantarse por encima de mi cama y bailar antes de deshacerse de pronto, no se parecía en nada a esas marionetas desarticuladas. ¡Era más bien el de un hombre viejo, que parecía conocerme y querer trasmitirme un mensaje!

—Tranquilízate, Albertico; ese esqueleto no tiene más existencia que todos esos fantasmas que crees ver por la noche en el follaje de los grandes árboles agitados por el viento. Por otra parte, esa sensación que has tenido de viajar por otro mundo no ocurre más que durante el sueño, el único que puede abolir el espacio y el tiempo. Sin dudas, esta noche has ido a México, país por conocer donde te encontraste a esos curiosos títeres de los cuales allá todo el mundo se burla, pero no hay nada de temible en ello. En realidad, su cantidad impresionante te ha trastornado la cabeza.

Este argumento no lo convence. Alberto queda pensativo y, tras algunos segundos de reflexión, responde a su padre:

—No creo que ese desafío lanzado a la muerte sea una mascarada. Creo que es un juego para librarse del miedo a morir. Además, dime, si no hay nada después de la muerte, como intentas hacerme creer, ¿por qué te preocupas de visitar al abuelo en ese triste jardín parisense donde reposa en paz, y por qué la abuela quería, a toda costa, reunirse con él?

—No busques más, Alberto. Aún no ha llegado ese tiempo para ti. No tienes la edad suficiente para

familiarizarte con esas cosas trágicas que envenenan con mucha rapidez el universo de los adultos.

El niño vuelve su asustada mirada hacia la vitrina donde están encerradas feas mandíbulas de yeso que, pese a sus encías de un rosa violáceo, se asemejan extrañamente a las de su momia. A fuerza de mirarlos, los dientes se han convertido, para él, en una verdadera obsesión, y se pregunta por qué los vivos les atribuyen tanta importancia; sobre todo, cuando la vida se va. Pues, ¿no fue su madre quien le confió, un día de gran tristeza en la casa, que tal como se cierran los ojos de un difunto, también se le cierran los labios? Por último, justamente debajo, alineados sobre otro estante de cristal, hay decenas de molares todos deformados, coronados de una curiosa plataforma que semeja una fortaleza, y caninos, puntiagudos y cortantes como los colmillos de un perro, todos de un blanco dudoso que tiran más bien a ese amarillo que desagrade profundamente al niño, quien nunca ha tenido necesidad de cambiar los suyos.

Y cuando se arriesga a hacer una pregunta, le explican que esos problemas no le conciernen, porque hay dientes de leche y debe esperar a la edad de la razón para perderlos. Ahora lo sabe, y los mira con frecuencia en el espejo. Es cierto, son tan lindos, tan blancos y pequeños, que tiembla ante la idea de tener que separarse de ellos un día. Así, al levantarse cada mañana, el niño verifica si no se le han caído durante la noche. Después de todo, la momia sí ha perdido todos los suyos, bailando al pie de su cama —se dice—; de pronto, piensa que hay mucha semejanza entre esos dos extremos de la vida, y que los dientes que se caen son uno de ellas.

También observa toda una colección de pinzas, fresas, tijeras, tubos, verdaderos instrumentos de tortura que lo impresionan tanto como el gran sillón de cuero negro que puede extenderse de manera horizontal y girar sobre un eje; decididamente, nada le gusta la profesión de su padre, que compara al de un enterrador

ocupado en abrir y volver a cerrar agujeros durante toda la jornada.

Acurrucado sobre un diván, cierra los ojos para intentar volver a hallar ese mundo donde los vivos ya no tienen su lugar y donde todo resulta tan diferente. Y, velozmente, todo se borra: ya está lejos. Viaja en el espacio y llega al país de las quimeras.

III

Tras la muerte del rey

El 31 de julio de 683, Pacal emprende su largo viaje a las regiones del otro mundo. Tiene 80 años y deja dos hijos: Chan Balum, el mayor, con 48 años, y su hermano K'an Xul II.

En una habitación al centro del palacio, hay un hueco en el suelo el cual desemboca en una escalera interior. Esta forma un codo, para que la luz no penetre por ninguna de los extremos de ese túnel. Nadie debe conocer la existencia de ese subterráneo, de una veintena de metros, que conduce del palacio a la cripta. Es un pasaje secreto que comunica con los mundos inferiores y debe permanecer oculto y oscuro. Tras haber deslizado el cadáver de Pacal a través del orificio ya preparado, el cortejo fúnebre, conducido por sus hijos, marcha a la luz de las antorchas por el subterráneo que va del palacio hasta la cámara funeraria, donde se halla la Morada de la Muerte. Todo está listo para recibirlo y asegurar la supervivencia de este sacerdote-rey, de evidente origen divino, a juzgar por la magnificencia de su entierro y la importancia de su sepultura. Pero nadie debe llorar, para no afligir al muerto.

Los asistentes, engalanados con un penacho de plumas, los torsos desnudos y vestidos con un paño, preceden y siguen los restos mortales con los brazos cargados de

numerosas ofrendas y objetos personales del muerto, mientras cuatro llevan al difunto en una litera recubierta por un paño fúnebre rojo. Descienden con precaución los últimos peldaños que conducen a la cripta donde se halla el sarcófago, totalmente pintado de rojo, como exige la costumbre, para dar al cadáver una impresión de vida.

Una abertura larga y curvilínea, excavada en la cavidad mortuoria y que recuerda la silueta de un pescado, o una matriz, espera el cuerpo de Pacal, envuelto en un sudario de algodón. El sarcófago que recibe el cadáver del rey es como la envoltura maternal de la tierra, de esa tierra que recoge a los muertos y de donde nace la vida vegetal y humana. En los muros de la cripta, los Nueve Señores de la Noche, encargados de proteger y velar al Gran Señor durante su sueño, montan guardia silenciosamente en torno al difunto. Son las nueve divinidades del mundo de los muertos, llamados los *Boluntiku*, nueve religiosos que tienen la doble función de rendir culto al sol y a la lluvia. Por ello, estén de pie o sentados, llevan todos los mismos atributos; es decir, el escudo del sol y el cetro del dios de la lluvia. Y en la parte inferior de la piedra funeraria que rodea al sarcófago, puede leerse en glifos el epitafio del personaje que hoy se entierra:

CUATRO VECES VEINTE HA VIVIDO,
PACAL ESCUDO DEL SOL, WÖXÖC AHAU
SEÑOR DE LOS SEÑORES DE PALENQUE

El cuerpo de Pacal, engalanado con sus más bellas joyas y un paño ricamente decorado con amuletos cosidos a su cintura, está extendido y dispuesto como el de cualquier sacerdote, con la boca vuelta hacia lo alto para que su espíritu pueda salir y regresar a su antojo. Una perla de jade hundida en sus labios entreabiertos, como se estila en el subcontinente mesoamericano, tiene como propósito asegurar al difunto su subsistencia en el otro mundo, pues posee una significación mágica y religiosa, y se dice, incluso, que puede servirle de moneda para adquirir alimentos en la otra vida.

El sarcófago está orientado hacia el Norte, y la cabeza del difunto dirigida hacia el Este, lugar donde cada mañana renace el sol y símbolo de la resurrección en la cosmología maya. Asociado a este punto cardinal, el color rojo está por todas partes. La presencia del cinabrio en el ataúd constituye una prueba más de la preocupación obsesiva de la personalidad enterrada, quien ha querido acumular en su cuerpo la mayor cantidad posible de medios mágicos para garantizar su inmortalidad. Pues este pigmento mineral, incluso tras la desaparición de la carne, debe dejar huellas rojas en el esqueleto. Por ello, no sólo está impregnado en el sudario que envuelve el cadáver, sino en todas las paredes del ataúd. El cuerpo del difunto también fue pintado de rojo antes de su inhumación, para darle una apariencia de vida. Sobre ese fondo de rojo bermellón se destaca de manera armoniosa el verde sombrío de las joyas de jade que lleva el muerto; la diadema, hecha de pequeños discos representando al dios de los murciélagos; pesados aretes de oro, hechos de numerosas piezas; un collar de perlas tubulares; un pectoral, varios brazaletes y numerosos anillos en los dedos, de forma cúbica en la mano derecha y esférica en la izquierda. Estos objetos, ofrendas y pequeñas figuritas de jade representan divinidades solares que Pacal ha querido hacer enterrar con él, porque son signos exteriores de riqueza, los cuales le permitirán presentarse mejor en el reino de los muertos.

En Mesoamérica no se momificaba a los difuntos como en Egipto. Para brindar una impresión de vida eterna a ese sacerdote-rey, han tomado el trabajo de recubrir su rostro con una máscara, compuesta de cerca de 200 placas de jade, con ojos de conchas de nácar e iris de obsidiana.

Tan pronto como Pacal es inhumado, hacen deslizar sobre el sarcófago una enorme losa esculpida de 3,80 m de largo por 2,20 m de ancho, con un peso de 51, que sellan de inmediato. Luego, los religiosos depositan sobre la piedra funeraria algunos atributos y objetos que

el sacerdote-rey utilizó durante su vida, como el cetro con la máscara del dios de la lluvia o ese escudo con el rostro del dios solar, emblemas que no pudieron poner cerca del cuerpo.

En este momento, la riqueza y belleza del trabajo de los escultores se muestran en todo su esplendor. Sobre la tapa del sarcófago, en el centro, el difunto rey Pacal está representado a punto de caer en las fauces descarnadas de un monstruo terrestre. Es la imagen de un hombre ligado por su destino a la muerte y que mira a una inmensa cruz, que simboliza el árbol de la vida, la resurrección. Una espiga de maíz estilizada constituye la representación antropomórfica de la planta divinizada, completada con elementos asociados al cielo, al sol y a la lluvia, pues este ciclo de vegetación, sin inicio ni fin, da a la agricultura el concepto de inmortalidad. En alguna medida resulta el milagro cósmico de la renovación eterna de la vida. Así, la parte superior de la losa está dedicada a la vida, como lo testimonia ese quetzal posado en lo alto del árbol que se alza hacia el cielo, mientras la parte inferior simboliza el reino de la muerte.

Tras un instante de recogimiento que dura una eternidad, la cripta se cierra otra vez con una losa triangular que gira sobre sí misma, y los sacerdotes depositan al otro lado, en el rellano de la escalera, los cuerpos de seis jóvenes sacrificados. Servirán de compañía al difunto en el otro mundo, pero deben asegurar especialmente que las divinidades le sean favorables durante su larga jornada. Probablemente, hijos de nobles, y entre ellos hay una muchacha muy joven. La emoción es grande entre los miembros del cortejo, aunque, después de todo, saben que a la muerte de un alto dignatario los sacrificios de sirvientes son parte habitual del ritual mágico que se practica. Se dice que estuvieron muy extendidos por siglos y milenios, tanto entre los habitantes del Viejo como del Nuevo Mundo, como ocurrió en Egipto durante la primera dinastía. Pero si allí los acompañantes eran por lo

general jóvenes adultos o mujeres, como esas vírgenes a quienes se privaba del sueño durante varios días y se les hacía bailar hasta el agotamiento, aquí son niños, pobres víctimas inocentes drogadas antes de ir al suplicio.

Mas, nadie puede demostrar hoy que esa masacre fuese en verdad deseada por el rey; el sacrificio humano no constituía un rasgo esencial de la religión maya y era todavía poco frecuente en esa época. Pero ya nadie puede conocer sus intenciones, y ninguno de los participantes desea tardar demasiado en esos lugares. Ante un espectáculo semejante, resulta fácil imaginar las extrañas visiones que debían desfilar por la cabeza de los observadores. Mientras aquí y allá depositan en los escalones las últimas ofrendas al cadáver, con el humo del incienso se elevan en ese momento preciso los encantamientos de los chamanes.

Una vez terminada la ceremonia de los funerales, se llena la escalera de piedras y tierra hasta el nivel del templo. Pero si el acceso a la tumba se hace materialmente imposible, se conserva un lazo espiritual entre el muerto y el mundo de los vivos. Una serpiente de cal, especie de conducto mágico, ondula desde el sarcófago y sigue los peldaños de la escalera hasta el piso del templo, que representa la superficie de la tierra. Es el único hilo que permite seguir en contacto con el difunto.

Afuera, el sol yace en un lecho de nubes rojas, y los gritos y lamentaciones de las mujeres cesan, para que las almas de los muertos puedan viajaren paz. Reina un profundo silencio: la voluntad de los dioses se ha cumplido.

Tras haber ascendido al trono el 8 *Oc 3 Kayab*, con cerca de 55 años de edad, Chan Bahlum —significa “jaguar-serpiente” en lengua maya— decide emprender un vasto programa de construcciones para, como su padre, pasar a la posteridad. En el 692 —es decir, nueve años tras la muerte de Pacal—, la ciudad-Estado se engrandece con el inicio de numerosas construcciones.

Comienza a erigir se un conjunto de edificios suntuosos, llamados los templos del grupo de la Cruz. Son tres: el Templo del Sol, el Templo de la Cruz y el Templo de la Cruz Foliada, y están situados al Oeste del Templo de las Inscripciones y del Palacio, sobre pequeñas colinas niveladas Su propósito fundamental es conmemorar la ascensión al poder de Chan Bahlum, poder que le transmitiera su padre, recientemente desaparecido.

Estos templos, gracias a la armonía de sus proporciones, el estuco que decora los pilares de la fachada y su elegancia refinada, destacada por la *crestería*, representan el más puro estilo de Palenque. Tres puertas dan acceso al vestíbulo, que se abre a tres habitaciones, la principal es un santuario. De hecho, cada una de estas construcciones debe simbolizar uno de los rituales exigidos durante la ceremonia de coronación. Mientras el Templo de la Cruz alude al recorrido del sol y su trayecto nocturno, portador de la angustia; el Templo del Sol, donde se dice que a Chan Bahlum le gustaría ser enterrado, que exalta la guerra y el sacrificio humano, y, por último, el Templo de la Cruz Foliada que celebra la fecundidad, intrínsecamente ligada al autosacrificio.

Chan Bahlum ordena aun viejo artista, quien conoció bien a su padre, terminar el panel del Templo de las Inscripciones, y que esculpa otros en homenaje a Pacal en cada uno de estos tres nuevos templos. Todos representan a su padre, quien en traje de ceremonia transmite desde el otro mundo a su hijo los atributos que lo establecerán como rey: el cetro cuatripartita, la estatua del dios K, dios del maíz, constantemente asociado al poder real, y el “perforador personificado”, elemento sagrado empleado por los reyes en sus ritos de autosacrificio. El poder también está simbolizado bajo la forma de una cabeza de monstruo bicéfalo, emblema del mando supremo.

Con sus 13 niveles, el Templo de la Cruz resulta, sin dudas, el más importante. Además, está dedicado a Itzamná, el dragón bicéfalo, y en el friso posterior

pueden verse grandes serpientes con los orificios nasales bien abiertos. Además, en los tres edificios se nota la presencia de una o dos serpientes, por lo común enrolladas en torno a una cruz que representad árbol sagrado. Este animal, que muere y renace de sí mismo, simboliza al Señor de la Iniciación. Al menos, el hombre religioso interpreta así su metamorfosis acostumbrada.

Algunos años después, al Norte del Templo del Sol, Chan Bahlum edifica otro templo y ordena al mismo artista que lo represente bailando, mientras su esposa, arrodillada, le ofrece la imagen del dios K, sentado en un cojincillo.

Pero todas estas maravillas descansan en el esfuerzo de la clase campesina, la cual posibilita la vida para el resto de la población, pues los campesinos son los únicos que trabajan como esclavos. El excedente de producción no sólo se usa como reserva para el futuro, sino también para mantener a los artesanos y nobles. Además, cuando no laboran en los campos, durante los períodos de receso agrícola, los campesinos emprenden trabajos hercúleos en la arquitectura. Para ello emplean la piedra, generalmente calcárea, que van a buscar a las canteras más próximas de la ciudad. Para tallarlas, los mayas no disponen más que de picos, martillos de piedra dura, hachuelas de obsidiana y pedazos de sílex. Y derriban grandes árboles como la caoba y el zapote con hachas de basalto o diorita, madera que les sirve para los dinteles de las puertas, para sostener un techo plano de albañilería o apuntalar la construcción de bóvedas. Después lo transportan todo a hombros, con la ayuda de cuerdas o de correas que se atan en la frente. A veces, cuando están cerca de un río, trasladan los materiales en canoas; sobre todo, cuando se trata de grandes distancias. También lo hacen por tracción, ponen los materiales sobre rodillos, pues no conocen la rueda ni el arado, ni los animales de tiro, ni poseen instrumentos para alzar pesos, como grúas, tornos o polipastos, para transportar

de un punto a otro esos millones de toneladas de materiales. Algunas estelas pueden pesar hasta 65 toneladas.

La construcción es un inmenso ir y venir de obreros, quienes portan serones en la cabeza o grandes cuévanos a las espaldas. El caminante, quien lleva largos meses observándolos, ha calculado que a veces cada uno transporta alrededor de 1 000 kg todos los días, estimando la jornada como si fuese de ocho a diez horas de trabajo.

Las élites religiosas e intelectuales son las primeras en percatarse que los campesinos comienzan a renegar de esos trabajos de construcción, y se hacen más exigentes; ejercen presiones cada vez más fuertes sobre las clases trabajadoras, que empiezan a dudar de sus jefes; pues, después de todo, estas obras arquitectónicas no les conciernen en absoluto. El caminante se percata de que esas pobres gentes ya no donan su tiempo, sino que se trata de un deber que han de cumplir por fuerza.

Por otra parte, la técnica de la agricultura intensiva, la cual radica en abandonar los campos tras haberlos explotado al máximo durante cierto número de años, y, en especial, la técnica llamada por los indios *milpa*, consistente en incendiar grandes extensiones, transforma con rapidez los bosques en sabanas inadecuadas para la agricultura. Estos métodos permiten que la selva reclame con vigor sus derechos. Así, pronto la tierra no basta para alimentar a la clase parasitaria, que crece cada vez más en cada decenio.

Las contradicciones entre las limitaciones de una técnica agrícola muy atrasada y el crecimiento excesivo de la población, engendran poco a poco en la sociedad maya un desequilibrio irreversible, el cual se agrava cada vez más con el ritmo intensivo de las construcciones y la multiplicación de los centros ceremoniales. El descontento de los campesinos, cansados de pagar impuestos, aumenta. Las revueltas se multiplican contra la teocracia gobernante. Desde entonces, los gobernadores y soberanos se sucederán en Palenque a un ritmo acelerado.

Tras la desaparición prematura de Chan Bahlum, quien muere 19 años después de su padre, a la edad de 67 años, le llega el turno de reinar a K'an Xul II, segundo hijo de Pacal. Su fin será trágico.

Una serie de hechos provocan reacciones en cadena, Y mucho tiempo después, invasiones de pueblos barbaros, de tendencias militaristas, descenderán desde el Norte de México y se expandirán por la zona maya, predicando a sus ocupantes el dogma de la sangre humana como principal alimento del dios Sol; es decir, hay que prever una reserva de hombres y de víctimas para el sacrificio. De ahí la urgencia y la necesidad de hacer más a menudo guerras para obtener prisioneros, pues cada vez hay menos esclavos. La captura de un prisionero durante una batalla, hasta ahora asunto relativamente privado, se convierte en un espectáculo público, representado y conmemorado en el juego de pelota o durante ceremonias que celebran el nombramiento del heredero, o la ascensión y muerte de los gobernadores. Ello permite al rey mostrarse como atleta y guerrero en un ritual de sangre. Incluso ocurre que los prisioneros sean reyes de otras ciudades-Estado.

Se ignora con exactitud la fecha, pero entre 702 y 721 K'an Xul II, apodado el rey *Hok*, tiene la mala suerte de ser capturado por los guerreros de la ciudad de Toniná, ubicada cerca de 80 km al Sur de Palenque. La consternación es general. No habría podido siquiera pensarse en un hecho semejante en épocas de Pacal, pues las relaciones entre las ciudades eran amistosas y familiares, y él tenía por divisa "Vivir y dejar vivir a los pequeños Estados sin oprimirlos". En ese tiempo, los choques se limitaban a una que otra escaramuza fronteriza; pero no era grave ni podía hablarse en verdad de guerra ni de hostilidad, especialmente Pacal intentó reducir el número prisioneros capturados.

Habrà que esperar hasta el fin del período clásico para asistir a las guerras fratricidas entre los Estados y ver cómo se deterioran sus relaciones. Durante los en-

frentamientos cada vez más numerosos entre ciudades rivales, se trata, por todos los medios, de capturar vivo al enemigo, se le despoja de sus joyas y, luego, se le hace sufrir por turno —sean o no de familia real— la tortura de la automutilación. Además, estas guerras no sólo se hacen para obtener víctimas, sino también con fines de expansión territorial y de control de las rutas comerciales.

Como lo había presentido Pacal, esos pueblos organizados en órdenes militares “tigres” y “águilas”, se lanzan sobre Yucatán y traen con ellos nuevas ideas, nuevas formas de vida, nuevas creencias y nuevos dioses. Los gobernantes se sienten obligados a adoptar nuevos cultos, relegando poco a poco a segundo plano a los antiguos dioses mayas. En breve, los personajes importantes reemplazan a las divinidades en los monumentos mayas, y el artista se ve obligado a esculpir al soberano como a un jefe militar. Lo muestra en pose majestuosa, armado de una lanza o un escudo, acompañado de cautivos arrodillados, a quienes tira de los cabellos.

Los ciudadanos, descontentos de sus funcionarios y de sus jefes, empiezan a dudar cada vez más de sus sacerdotes, quienes completamente absortos en sus teorías sobre la filosofía del tiempo, pierden poco a poco la confianza de las masas. Pronto, el orden antiguo se ve amenazado. El papel de esos grandes sacerdotes, al servicio de dinastías cuyas ambiciones y prestigio no tuvieron límites, resultó cuestionado, y el daño hecho a sus fieles les fue finalmente fatal.

A partir de este momento, cualquier cosa puede ocurrir. Es posible imaginar tanto el nacimiento de una resistencia pasiva como la eliminación física, pura y simple, de la casta gubernamental. La realidad es que todos los centros ceremoniales, grandes o pequeños, caen en mina, uno tras otro, como si se hubiera desvanecido el alma de la civilización que los hizo nacer. Estallan revoluciones agrarias contra los dirigentes y la minoría teocrática de sacerdotes y nobles que ya los campesinos no pueden

alimentar, por carecer de la mano de obra suficiente. Los campesinos se sublevan, y cuando no masacran a sus jefes, los expulsan de la ciudad. Así, poco a poco, los dignatarios abandonan los centros ceremoniales, dejándolos en manos de la plebe, la cual aún lo usa para ciertas funciones religiosas y como mercado.

Bruscamente, se detienen los programas de edificación. Ya no se construyen ni templos, ni edificios, y las obras artísticas, cada vez más refinadas y perfectas, anuncian la decadencia de esta civilización. El uso de la escritura desaparece. Poco a poco, se derriban las estelas y los monumentos se mutilan; se arrancan las cabezas, hechas de estuco, de los personajes relevantes y se vacían los ojos.

Los edificios de las ciudades, a su vez abandonados, caen de manera progresiva en la ruina. La vegetación empezó a invadir los patios y las terrazas; las lianas entraron con libertad en las galenas de los palacios, escalaron con voluptuosidad los muros y recubrieron amorosamente los techos. Pronto, la selva, que sólo aguardaba este instante, recuperó sus derechos, y todo regresó al silencio.

Palenque fue una de las primeras ciudades mayas en morir. La última fecha anotada en una estela se remonta al 784. La próxima en conocer la decadencia fue *Piedras Negras*; luego *Bonampak* desaparece en el 800 y Tikal, la mayor de las ciudades santuario, habitada exclusivamente por el rey y su familia, los nobles y los sacerdotes, se derrumbará en el 869. Toniná, más aislada en las montañas de Chiapas, es la última en dormirse, alrededor del 900.

La revuelta lo había barrido todo a su paso. La clase sacerdotal había desaparecido.

Cuando los españoles desembarcan siete siglos más tarde, ya no queda lamentablemente nada de esta civilización maya que se extinguió cuando alcanzaba su apogeo, salvo algunas ciudades perdidas, devoradas por la selva. Pero antaño, en la época de su esplendor, los mayas no

temían a la selva inmensa y lujuriosa, que no los ahogaba. Por ello, aún hoy se encuentran viejos sabios quienes se complacen en decir que hay que amar la selva y vivir en simbiosis con ella, si no quiere atraerse la cólera de los dioses y de los espíritus que la pueblan.

Así se realizaba el presentimiento de Pacal. Tras un trágico fin, los mayas entraban dulcemente en su Noche.

IV

El fin de un mundo

Mientras la *Belle Epoque* está aún en su apogeo de indiferencia y voluptuosidad, desembarcan en París, desde mediados del siglo XIX, nuevas familias de la aristocracia criolla emigran de la isla de Cuba, arrasada primero por la Guerra de los Diez Años y luego por la Guerra de Independencia. La colonia cubana no cesa de crecer, y habita en los más bellos barrios de la capital: el 16, 17, 8 y el 9. En breve se le da el nombre de Cubanolandia al lugar de residencia de esas familias. Entre ellas se cuentan numerosas personalidades intelectuales de gran talento: historiadores, científicos, naturalistas, y algunos representantes de la pequeña burguesía que ejercen profesiones liberales: médicos, cirujanos, dentistas, abogados, consejeros jurídicos, así como numerosos artistas y escritores. Entre estos exiliados políticos se encuentra José Francisco Ruz, abuelo del niño que durante una noche de invierno, blanca y helada, tuvo esa terrible pesadilla, ese sueño premonitorio.

La mayoría son personas de buena posición, quienes compran o alquilan casas en los barrios residenciales, y se integran muy fácilmente a su país de adopción, uniéndose incluso en ocasiones a familias parisienses. Pero también hay diferencias inmensas entre esos emigrados, como las existentes entre la familia Terry —lati-

fundista y propietaria en Cuba de las mayores industrias azucareras del mundo—, uno de cuyos miembros lleva en París vida de príncipe, residiendo en la avenida Foch y jactándose de haber comprado en la Loire el célebre castillo de Chenonceaux, y la familia Ruz, por ejemplo, familia muy honorable de intelectuales y médicos cuyo abuelo, vicepresidente de la Academia de Medicina, fundó la Academia de Ciencias en La Habana antes de exilarse al inicio mismo de la Guerra Grande.

Así, París no muestra a todos esos patriotas la misma imagen idílica que tenían más allá del Atlántico, y las condiciones de adaptación resultan, a veces, muy duras para algunos cuando desembarcan en El Havre o en Saint-Nazaire tras 12 largos días de viaje. Además, deben organizarse muy rápido para liberar a su país de la opresión española, y a menudo, a costa de reacciones hostiles por parte de los franceses.

Entonces, estos hijos de Cuba, de Puerto Rico y de América del Sur, entran en contacto con los revolucionarios de Nueva York y del Partido Revolucionario Cubano. Siguiendo las grandes líneas de la estrategia revolucionaria trazada por José Martí, para quien no hay —en esos años finales de siglo— otra solución que la independencia, pues nada puede esperarse de España, fundan de inmediato el Comité Cubano de París, bajo la dirección del doctor Ramón Betances. Este último se pone enseguida al servicio de Cuba Libre, para informar a la opinión francesa sobre el derecho legítimo de los mambises. Le encantaba decir que ningún mar separará más a Cuba de Puerto Rico. Su idea es la unión de las Antillas liberadas, constituida por las islas de Cuba, Puerto Rico y Santo Domingo.

Una vez por semana, a partir de diciembre de 1895, este puñado de cubanos, emigrados políticos y fervientes patriotas, se reúnen en el domicilio de ese viejo médico puertorriqueño, cuyo prestigio revolucionario está bien ganado. Durante esos dramáticos años, deviene alma y

portavoz de la emigración cubana. Entre esa élite cultivada, está también José Francisco Ruz, quien participa activamente junto con su esposa en la lucha por la independencia de la Isla. Nuevas noticias llegan nueve meses después de la constitución de ese Comité Cubano. La insurrección progresa y se extiende por todas las provincias de la Isla. Cubanos y españoles se enfrentan en una guerra sin cuartel, y la destrucción sistemática de los dos campos parece ser la única salida posible. No obstante, la tarea de estos revolucionarios en el exilio resulta más difícil de lo que a primera vista se cree, pues están aislados y son poco numerosos —alrededor de un centenar— y no resulta fácil para ellos defender la verdad cubana ante la verdad española, la cual halla en Francia una audiencia privilegiada. Saben que más allá de los muy fuertes lazos que unen a la burguesía francesa y la española, existe una connivencia solapada entre las dos metrópolis, cuyas profundas causas son: económicas, políticas, diplomáticas e ideológicas.

Mas, para estos cubanos, admiradores del Siglo de las Luces, muy vinculados a los ideales de la Revolución Francesa, resulta difícil aceptar que la Francia que tanto aman pueda apoyar la monarquía alfonsoista de 1896, o que la democracia, cuya divisa es Libertad, Igualdad, Fraternidad, pueda inclinarse en favor de la tiranía y en contra de los combatientes por la libertad. Como siempre ocurre en situaciones semejantes, el embargo de armas contra los beligerantes sólo se aplica para un lado: el cubano. Desde entonces, comienzan para ellos las complicaciones con la policía francesa. Algunos son, incluso, expulsados; otros, más rebeldes, se reagrupan y redoblan su actividad. Publican un semanario bilingüe, *La República Cubana*, dirigido por Domingo Figarola Caneda, primer periodista quien desde marzo de 1895 escribe sobre los acontecimientos de su patria.

Se realizan múltiples conferencias y se organizan colectas de fondos. En esta última gestión, tienen

por suerte el apoyo tanto de los socialistas como del pueblo francés, quienes ven en la Revolución Cubana un movimiento admirablemente democrático y de tendencia claramente progresista. Entre las numerosas personalidades, se destacan los nombres del célebre Paul Lafargue —nacido en Santiago de Cuba y yerno de Carlos Marx—, quien se convierte en uno de los mayores propagandistas de sus ideas, así como Jean Jaurés, Alexandre Millerand y después Henri Rocheforts, presidente del Comité y director del periódico *L'Intransigeant*, el primero a dar a la guerra de Cuba su significación histórica.

Lamentablemente, el primer Comité Francés de Cuba Libre es disuelto seis meses después de su creación, y los revolucionarios del periódico *La República Cubana* perseguidos por la policía francesa antes de la desaparición total del movimiento. En noviembre de 1897, durante una reunión pública celebrada en el Hotel des Sociétés Savantes, una treintena de simpatizantes firma un manifiesto por la causa de la libertad de Cuba.

Desde muy joven, el padre de Alberto Ruz —Alberto Francisco— ve desfilar por su hogar en la avenida Wagram, donde vive su familia, a personalidades como Ramón Betances, quien se instala en París para ponerse al servicio de Cuba libre. Luego, cuando ya tiene 25 años, es el encuentro con su compatriota Vicente Mestre Amabile, lo cual lo determinará a definir posiciones. A su vez, participará diez años más tarde en todas esas reuniones y manifestaciones políticas. Conscientemente, decide que su hijo no nacerá hasta que lo permitan sus numerosas actividades.

Por ello, cuando el joven Alberto Ruz Lhuillier viene al mundo, ya se perfila en el horizonte la época de la entreguerra. Su padre tiene 43 años, pero ya ha vivido mucho por mediación de su familia, la cual ha combatido antes que él por la misma causa: la República en Armas.

Así el joven Alberto crece en un clima revolucionario A medida que pasan los años, conoce a través de los relatos toda la historia de su país, en especial acerca del período posterior a la Guerra de los Diez Años (1868-1878), la tregua de 1879 a 1895, el proceso independentista del 95-98 y la posterior Guerra Hispano-Cubano-Norteamericana. Ya anteriormente, la exportación de capitales, rasgo fundamental del capitalismo, es una realidad invencible en Estados Unidos. Incluso hace una proposición de comprar la Isla, y la respuesta de España no se hace esperar: “España no venderá jamás la más preciosa joya de su corona”.

Con la primera intervención y la primera república desde 1902, las inversiones de esa nación en Cuba, de 50 millones de dólares, ascienden a más de 685 millones.

De todos esos episodios históricos que le gusta contarle su padre, el joven Alberto prefiere con mucho el que relata la desaparición trágica del patriota y poeta, el gran José Martí. Con su imaginación infantil, lo ha convertido enseguida en un caballero de leyenda, héroe mítico cabalgando en su caballo blanco, revólver en mano, cargando fogosamente contra el enemigo y cayendo herido de muerte con el pecho acribillado por las balas en la llanura de Dos Ríos, el 19 de mayo de 1895, apenas dos meses después de haber escrito a su madre: “¿Por qué he nacido de Ud. con una vida que ama el sacrificio?”

Cada vez que escucha este relato, llora sin consuelo y no se tranquiliza hasta que su abuela, quien antaño escribió en el famoso semanario *La República Cubana* bajo el seudónimo M. M., Micaela Mas, le lee el llamamiento vibrante del gran Víctor Hugo, dirigiéndose en 1870 a los ciudadanos y mujeres de su país.

“Un pueblo no posee a otro pueblo más de lo que un hombre posee a otro. El crimen es todavía más odioso en una nación que en un individuo: eso es todo. (...)

”Mujeres de Cuba, que tan elocuentemente me contáis tantas angustias y tantos sufrimientos, me arro-

dillo ante vosotras, y beso vuestros pies dolorosos. No lo dudéis, vuestra perseverante patria será recompensada de su pena, tanta sangre no habrá corrido en vano, y un día la magnífica Cuba se levantará libre y soberana entre sus hermanas augustas, las repúblicas de América”.⁷

Estas palabras tocan de inmediato su fibra patriótica y lo conmueven. Pero, ¿cómo soportar el tono sarcástico de cierta prensa burguesa, la cual se expresa de sus hermanos en términos tan peyorativos?

“La lucha que en la actualidad se libra en Cuba entre España y la facción separatista no tiene el carácter de una guerra ordinaria. No hay ni cuerpos de ejército ni batallas ordenadas (...) Esas bandas compuestas a veces de una cincuenta, otras de varios cientos de hombres, en su mayoría negros o mulatos, equipados y armados de todas las formas posibles y la cabeza cubierta con anchos sombreros de plantadores, operan principalmente en la parte oriental de la Isla, en las provincias cuyo suelo montañoso y sinuoso se prestan a las maniobras y sorpresas de las guerrillas. Requisan armas y caballos de los habitantes. Siempre huyendo e incapturables, utilizando el menor accidente del terreno, yendo sin tregua de una escaramuza a la otra, acosan a las tropas españolas, huyendo cuando aquéllas las persiguen, atrayéndolas a alguna trampa para luego dejar el vacío y el desierto ante ellas (...) Así, los insurgentes saquean los almacenes, los cafetales, las fábricas de azúcar”.⁸

Ante tal difamación, Alberto siente la fiereza y el orgullo de haber nacido cubano y revolucionario, sentimientos que conservará en su corazón por siempre y, sobre todo, cada vez que sea enfrentado a acontecimientos importantes. Crece en París en medio de sus

⁷ Víctor Hugo: *Oeuvres complètes, Actes et Paroles*, t. 2, “Pendant l’Exil”, “Aux femmes de Cuba”, Ed. J. Hetzel y A. Quantin, París, 1884, p. 192.

⁸ *L’Illustration, Journal Universel (Album 1892-1898)*, “La Revolution de Cuba”. París. 1895, p. 144.

compatriotas exiliados, de personalidades políticas francesas y extranjeras. Y ahí, en ese entorno privilegiado, se desarrollan la infancia y la adolescencia del joven Alberto. Vive en el barrio de L'Etoile, calle Courcelles, a algunos pasos de la avenida Wagram, donde aún reside su abuela, y comparte con sus padres una admiración sin límites por ese abuelo fallecido justo dos años antes de su nacimiento, y cuyo espíritu de rebelión e independencia fue siempre tan crítico respecto de Estados Unidos de América como de España.

Ya hace mucho, desde 1869, que el periódico francés *Le Moniteur Universel* señalaba el papel que podría desempeñar la Casa Blanca en la lucha de las nacionalidades y en las revoluciones interiores de los Estados. Por ello, su abuelo José Francisco, siempre tan lúcido, se complacía en decir que “los Estados Unidos acechan a Cuba como el gato al ratón”.⁹ Por otra parte, para la prensa francesa de esta época no había ninguna duda. Ya Estados Unidos tenía la posibilidad de asegurarse la herencia de España en Cuba, y a partir de ésta, adueñarse de todo el centro del continente hasta el istmo de Panamá. Y el periodista proseguía: “es a lo que quiere llegar la Unión, a lo que tiende, y a lo que llegará”.¹⁰

Treinta años más tarde, Ramón Betances confirmaba esos comentarios premonitorios a sus amigos y expresaba toda su amargura cuando se firmó el protocolo en Washington: “Siempre acabaremos todos por ser yanquis”. Y exclamaba a continuación: “Lo mismo da ser colonia yanqui que española”.¹¹

Así, el medio familiar y la educación muy revolucionaria que recibe propician desde muy temprano al joven Alberto una conciencia muy viva de la libertad, de

⁹ Louis Langre, en *Le Moniteur Universel*, París, 25 de mayo de 1869.

¹⁰ *Ibid.*, *Le Moniteur Universel*, París, 12 de agosto de 1869.

¹¹ “Cartas de Betances a B. R. Puyans, 14 y 15 de junio de 1898”, en Paul Estrade: *La colonia cubana de París, 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales La Habana, 1984, p. 141.

la independencia y de la justicia de los pueblos, lo cual se traduce en una animosidad bien comprensible respecto de los españoles y los norteamericanos. Animosidad que se profundizará, cuando aprenda a conocerlos mejor, pues sabe que a causa de los primeros y un poco más tarde de los segundos, su familia vive hoy en el exilio, y su deseo de conocer su país se convierte pronto en una verdadera obsesión.

Además, sus padres, quienes siguen siempre con mucho interés las noticias de Cuba desde la instauración de la República en 1902, comprenden que la situación empeora cada año. En 1912, bajo el gobierno de José Miguel Gómez, ocurre una represión racial de unos 3 000 cubanos, negros y mulatos, semanas después de la protesta armada del Partido Independiente de Color, protesta nacida de la exclusión de los cubanos de piel oscura de las elecciones en la Isla.

Las elecciones generales del 1.º de noviembre de 1912 expresan una nueva farsa política, con el triunfo de la candidatura del Partido Conservador representado por el general Mario García Menocal. A la cabeza de la administración de los bienes de la Cuban American Co., empresa norteamericana de construcción, este hombre —antiguo jefe de policía durante la primera intervención norteamericana— gracias a sus vínculos personales con Estados Unidos y a sus intereses en una de sus compañías, constituye el digno representante de la diplomacia del dólar. La situación política no es muy halagüeña en la Isla, pues la burguesía agraria está vinculada al monocultivo azucarero, el cual asegura la primacía de una ideología de sumisión al imperialismo norteamericano. Mas, para algunos miembros de la clase dominante, el mantenimiento de un Estado nacional resulta preferible frente a las tentativas anexionistas norteamericanas y las tendencias de capitulación de ciertos sectores azucareros, que no ven otra salida posible para el azúcar cubano que no sea Estados Unidos.

Desde París, los padres de Alberto ya no ven los acontecimientos de la misma manera. Desde hace algunos años están decepcionados, pues el proceso de liberación nacional tarda en venir. Luego de haber arrancado a los españoles su independencia, temen que Cuba se convierta, cada día un poco más, en una sociedad neocolonial dependiente del capital financiero norteamericano. Además, saben —y quién podría negarlo— que en esta época la debilidad de los países latinoamericanos es muy real respecto del potencial militar y económico de Estados Unidos. Hagan lo que hagan, aún no ha llegado la hora para que los revolucionarios de ese continente se unan bajo la misma bandera antimperialista.

Pero Alberto se interesa poco en la política. Como todos los adolescentes, quiere mucho a su madre. Ella es francesa, nacida en Wassy, en el Alto Marne, y se llama Louise. Se maravilla de su rostro tan dulce y de su esbelta silueta que destacaban los largos trajes, con el busto abombado y la falda estrecha que se ampliaba ligeramente. Y antes de salir, volverá a ponerse delicadamente sobre sus largos cabellos castaños, con reflejos de cobre —casi siempre levantados en un moño gracias a sabios andamiajes—, esos grandes sombreros. Todo esto tenía un aire mágico, y él no se cansa de mirarla, pues le parece el tipo mismo del ideal femenino.

Hace cuatro años, a finales de enero de 1910, ocurrieron las terribles inundaciones en París y en las provincias, y asombra ver todas esas grandes avenidas del centro de la ciudad, desde el bulevar Haussmann a la Plaza de Roma o la estación de Saint-Lazare, transformadas en canales o en lagos sobre los cuales circulan barcas con remeros; incluso salvavidas, quienes transportan en sus brazos o sobre sus hombros curiosos paquetes, que con frecuencia son personas de edad o muy enfermas. Todo el barrio de la estación de Orsay en las márgenes del Sena se inundó con la ruptura de las alcantarillas de la Bièvre:

se prohíbe a los transeúntes el acceso a la ribera y los puentes están cortados. Incluso han construido, aquí y allá, pasarelas improvisadas: especie de planchas de madera puestas sobre caballetes, para que los ciudadanos puedan regresar a sus casas. Todo París tiene los pies en el agua: los árboles, los kioscos, los edificios, los faroles, y por mucho que digan los parisienses, a Alberto el paisaje se le antoja mucho más lindo así.

El Sena sube, llega a 35 m por encima del nivel del mar, mientras su altura normal, a la salida de París en la barrera de Suresnes, es generalmente de 27 m. Y todos se felicitan de que los parapetos de los muelles sirvan de dique al río. Los adultos también hablan de la crecida del siglo, pues el Sena ha llegado a 8,62 m en el puente de Austerlitz. No se había visto cosa semejante desde la famosa crecida de 1658, subrayan los periodistas, y resulta sin duda la primera vez que el zuavo del puente del Alma, visita obligada para los turistas de la capital, se encuentre, gústele o no, con el agua hasta los hombros. El niño se divierte con el pánico general, sin entender la locura de las amas de casa, quienes se llenan los brazos de provisiones, y su abuela lo tranquiliza diciéndole que esto no es nada en comparación con el sitio de París, de cuyas jornadas dramáticas aún se acuerda.

Después de su pesadilla, Alberto sueña a menudo. Se queda pensativo por largo rato y, cuando su madre lo interroga, responde que recuerda con emoción las fotografías de México, ese país lejano donde los insurgentes, poco numerosos, hambrientos y barbudos, con el fusil y los cartuchos de dinamita en la mano, hacían en su época saltar los puentes, las vías férreas y los trenes. Además, sin explicárselo, inclina su simpatía hacia esos combatientes, a quienes se habían unido numerosas mujeres y niños, quienes combatían desde la otra orilla del Río Grande en esa guerra que ya es llamada guerrilla. En todo caso, para él, la única diferencia entre esos revolucionarios mexicanos y sus hermanos cubanos, radicaba en que a quienes

él admiraba ayer en las fotografías de esas revistas de papel brillante les cubrían ponchos de lana y no llevaban machetes. Algunos años más tarde, cuando la insurrección en México alcanzaba éxitos militares, la victoria le llega al corazón. Ya tiene 8 años. El general revolucionario Pancho Villa, toma la ciudad de Torreón tras 11 días de encarnizados combates. Convertido entonces en el héroe del momento, el simple hecho de tratar con indulgencia a los federales heridos abandonados en la ciudad sitiada aumenta aún más su popularidad.

El 28 de junio de este año terrible de 1914, ocurre en Sarajevo, Bosnia-Herzegovina, la tragedia que cuesta la vida al archiduque Francisco Fernando y a su esposa, la duquesa de Hohenberg. El asesino de la pareja imperial fue un joven serbio, desde que se anuncia el suceso, las relaciones entre Austria-Hungría y Serbia devienen inesperadamente tensas. Tras la ruptura de las relaciones diplomáticas, llega la declaración de guerra.

A principios de agosto, tres grandes potencias, Francia, Rusia y Gran Bretaña, y dos pequeñas, Bélgica y Serbia, entran en guerra. Es la movilización general. En esta nueva contienda provocada por la ambición insensata de Alemania, Francia tiene de su parte el derecho y conserva su sangre fría. Permanece tranquila, orgullosa y resuelta. Las horas dolorosas de 1870 no están demasiado lejos.

Los rumores corren durante el otoño. El conflicto será corto, le anuncia su padre. Pero la vida económica ya está desorganizada. Obreros y campesinos son movilizados y parten hacia el frente, mientras en la retaguardia se instaura una economía de guerra. En París, los primeros en desaparecer son los autobuses, pues se emplean para garantizar el abastecimiento de carne fresca a los cuerpos del ejército. Los ve pasar con los vidrios reemplazados por tela metálica. Cree que son horribles carros funerarios que transportan soldados muertos, pero su madre lo tranquiliza, al explicarle que en el interior de esos autobuses

transformados en transportes militares no hay nada que ver, salvo cuartos de carne fresca, colgados como en la carnicería por ganchos fijados en el techo del autobús. Cada autobús, le dice, debe transportar, en lugar de 35 pasajeros, más de 1 800 kg de carne, la cantidad prevista para un batallón de infantería compuesto por cerca de 3 000 hombres, lo cual significa que una ración individual resulta algo más de 100 g por día.

Para lograr la alimentación de la población civil parisiense, se incautan los hipódromos y se convierten en lugares de pastoreo. Los comerciantes comentan que en Longchamps hay 7 000 bueyes y carneros, así como en el hipódromo de Auteuil y en el Polo de Bagatelle, donde Alberto recuerda que su madre lo llevaba con frecuencia, antes de estos acontecimientos, a jugar con su papalote en el amplio césped. Poco a poco, los espacios públicos se convierten en huertos, y los claros del bosque de Boulogne en depósitos de forraje.

Pero lo que el niño guarda en su memoria de esta época turbulenta es, sin duda, esos curiosos accesorios que le entrega su madre cada mañana, antes de salir para la escuela, al mismo tiempo que su bendición. Después de poner una especie de careta en su frente, en su mochila, llena de libros y cuadernos, coloca una bolsa que contiene compresas embebidas en el antídoto contra los gases tóxicos. Su madre le explica que esa máscara contra gas le servirá para protegerse de los gases asfixiantes y de los efectos de obuses incendiarios que los alemanes pueden lanzar sobre la capital, sin importar dónde o en qué momento. Alberto espera no tener que usarla nunca, pues no le gusta nada colocar sobre su rostro ese aparato, con esos dos ojos que parecen bolas de jugar a la lotería y ese extraño teleobjetivo, con válvulas para aspirar y expirar, provisto de un orificio en el cual se pone el cartucho destinado a purificar el aire aspirado. Además, su uniforme escolar no tiene para él nada de agradable, con su boina y su delantal negro que apenas cubre su pantalón

corto, dejando al descubierto un pedazo de carne blanca hasta sus botinas de cordones.

Dieciocho meses después del inicio de las hostilidades, la guerra sigue, agotadora y sin dar tregua. Pese a algunas tentativas de paz conducidas por los socialistas alemanes, franceses, italianos y rusos, París es bombardeada en la noche del 29 de enero de 1916 por un dirigible alemán que lanza al azar bombas sobre la capital. Ese día, Alberto dibuja en un pequeño cuaderno, en el cual anota habitualmente sus confidencias, una especie de globo sobrevolando el cielo de París. Pero este curioso aparato, que pesa alrededor de 100 kg y que su padre dice llamarse zeppelin, también puede causar víctimas cuando arroja proyectiles de 60 kg a una altura de 3 000 m. Su padre también le explica que se trata de una guerra de desgaste por parte de los alemanes, quienes confían en la exasperación psicológica que se producirá como consecuencia de un ataque masivo en un frente estrecho. Éste se lanzó sobre un solo punto: Verdún, con una enorme concentración de artillería; más de 1 000 cañones en un frente de algunos kilómetros. Pero la orgullosa Verdún resistirá más de cuatro meses.

El 18 de marzo de ese año, la desgracia golpea de manera cruel a su familia, y muy en especial al pequeño Alberto. Su abuela Micaela fallece súbitamente a los 80 años. La entierran en la tumba familiar, junto a su esposo y la familia Dauvin, en el cementerio parisiense de Saint-Ouen.

Alberto ha apreciado que, desde el inicio del siglo, la mujer no cesa de emanciparse. Trabaja activamente, como empleada de almacenes o de oficinas, como enfermera en la retaguardia, en los hospitales o en el frente. Están las trabajadoras de madrugada, a quienes los trenes de los suburbios dejan cada día en las estaciones, y las elegantes de las 6 de la tarde en la calle de la Paix, de capas de piel, grandes manguitos, pequeños sombreros

muy envolventes, especie de turbante o tocas, y casi siempre tras ellas perritos adornados con cintas.

Pero su abuela Micaela fue única, de algún modo excepcional, fuera del tiempo; como ella pocas mujeres estaban politizadas. Bajo sus iniciales M. M., escribió en los periódicos de la época, junto a las más grandes personalidades políticas; y por ello, Alberto llora desconsolado esa mañana.

Su abuela los abandona en el momento en que se inicia la revolución rusa. Al saqueo de algunas panaderías en los barrios pobres de Petrogrado, el gobierno zarista responde con la fuerza. Las tropas disparan sobre la multitud, hay muertos, los soldados se unen pronto a los sublevados y tiran a su vez sobre sus oficiales; el zar abdica en favor de su hijo, luego en favor de su hermano, el gran duque Miguel, quien renuncia al trono al día siguiente. Es el advenimiento de la república. Sin embargo, nada está decidido.

Alberto piensa en Cuba, en los héroes muertos por la patria, Maceo y Martí, y espera mucho del regreso de Lenin a Petrogrado. Desde su llegada a esa ciudad, el militante revolucionario expone las grandes líneas de su programa de lucha y lanza sus célebres consignas que todo el pueblo espera febrilmente: ¡Abajo la guerra imperialista, viva la revolución social!

La prensa francesa describe estas jornadas revolucionarias con mucha emoción, pero sólo una fotografía queda grabada en la memoria de Alberto: dos soldados, envueltos en largos capotes militares y en la cabeza con un gorro de piel, están en cuclillas sobre el guardafangos de un auto de la época, con banderas rojas atadas a sus bayonetas. Existe un aire de fiesta y, a la vez, de tragedia en la aparición surrealista de esta máquina heteróclita, que marcha lentamente hacia un punto de no retorno y parece abrirse camino fuera del tiempo. El 1 ro. de noviembre ocurre el llamamiento al golpe de Estado, el apoyo al crucero *Aurora*, el asalto al Palacio de Invierno, donde

sesiona el gobierno provisional y la huida de Kerensky, el traidor.

Como para recordar a los ciudadanos franceses, a veces despreocupados de esas sombrías jornadas de guerra civil que se desarrollan en Rusia, el invierno será particularmente frío en toda Francia. En enero, el termómetro desciende a 10 grados bajo cero, y la temperatura no sube durante una docena de días. Esta ola de frío llega junto con una aguda crisis de carbón. El Sena, que arrastra hielos, como el Neva cadáveres, impide que el carbón llegue. El destinado al comercio resulta insuficiente para el consumo.

En esa época, su padre lleva a la casa, cada vez que puede, un poco de carbón que compra por pequeñas cantidades. A veces regatea con los vendedores por algunos trozos de madera, hendidas en cuatro y escondidas en medio de las legumbres, que cuestan hasta diez céntimos la libra. Por la noche, reunida alrededor de la chimenea, la familia Ruz, exiliada en un país tan lejos del suyo, se siente de todos modos más tranquila que los soldados, que combaten y duermen en el fango de las trincheras.

Estos años de infancia no son muy alegres para un muchacho que acaba de cumplir sus 12 años. Ya París no se parece a esa ciudad luz con la cual tanto ha soñado, ni a la que conoció su padre cuando llegó de Cuba. Hoy, la capital está enteramente enmascarada para escapar a los bombardeos nocturnos de los Gothas y, durante el día, a los disparos de los Berta, esos gigantescos cañones construidos en la fábrica de Berta Krupp y que, dice el rumor, matan a más de 100 km de distancia. Cuando le pregunta a su madre de dónde vienen esos disparos, le responde que ha sido muy difícil para los observadores detectarlos, pues estas baterías —incluso colocadas en la pendiente opuesta de un pequeño espolón montañoso a un centenar de kilómetros al Este de París— tienen sus piezas escondidas en fosos de cemento donde desaparecen por entero, y sólo en el momento del disparo se alza el cañón.

Así, poco a poco, París se hace cada vez más feo. Se acumulan sacos de tierra ante ciertos monumentos para proteger esculturas muy frágiles; se blindan algunos establecimientos y se pone papel de envolver en casi todas las ventanas, pues todos los vidrios de la ciudad pueden estallar de un solo golpe por la brutal acción de una bomba o un obús. Por suerte, algunos comerciantes rivalizan en ingeniosidad e imaginación para transformar esas rejas protectoras en sabias composiciones de un nuevo estilo. Del papel blanco, pronto se pasa al de color, y a veces se añaden celosías de madera pintada.

París se convierte en una curiosa ciudad barroca, donde los entresuelos están sobrecargados de empapelados. Es el nuevo estilo arquitectónico de la guerra, y sólo los joyeros y los banqueros permanecen insensibles a esta decoración, al preferir conservar su apariencia de fortaleza bien guardada.

Pero pronto la vida retoma su curso normal. La primavera de 1918 es como un renacer para Alberto. Nunca ha visto tantas mujeres lindas pasearse por el césped del bosque de Boulogne, con sus niños que corren tras los corceles, ni tantos pescadores en las orillas del Sena, ni tantos consumidores en las terrazas de los cafés, ni tantos caminantes y jugadores de tenis en el paseo de las Tullerías, ni, por último, conserjes en el umbral de su garita charlando con los paseantes. Mas, París está todavía en guerra, pero hay como una especie de fatalismo sonriente en la actitud de los civiles, cansados por esos largos años de contienda que, vistos desde ahora, parecen bien inútiles. La alegría estalla como un fuego de artificio cuando el 11 de noviembre desde la tribuna de la Cámara, Clemenceau exclama con los brazos levantados: “el fuego cesó esta mañana en todo el frente”.¹²

París se cubre de banderas tricolores y los transeúntes, sin saber a donde ir, corren en todas direcciones a

¹² *L'Illustration, Journal Universel (Album 1917-1919)*, “Clemenceau en la tribune, le 11 novembre 1918”, Paris, 1918, p. 193.

lo largo de las avenidas. En los barrios populares, los talleres y las fábricas se vacían. Obreros y obreras se dirigen hacia los grandes bulevares, se oye el sonido de tambores y luego de silbatos, y de pronto, en medio del estallido de los petardos, la multitud canta: “*Allons enfants de la patrie, le jour de gloire est arrivé...*”, los soldados están ahí y se mezclan con su fusil aún humeante con la multitud. En la Plaza de la Concordia los cañones alemanes sirven de tribuna a oradores que se suceden sin interrupción. Las calles recuperan sus luces de antaño y la animación de los días de paz. Todos los cafés permanecen abiertos esa noche, y el champán corre a ríos hasta el alba.

Desde que nació, Alberto nunca ha visto tanta alegría en las calles de la capital. Pero las fiestas de la victoria sólo se celebrarán, en verdad, el 13 y 14 de julio del año próximo. Ese día, pide a su padre le permita acompañarlo a los Campos Elíseos, para asistir al desfile triunfal del ejército francés y de los ejércitos aliados. Ven pasar bajo el Arco del Triunfo a los generales franceses, quienes saludan con su espada la tumba al soldado desconocido. Luego se abren paso entre la multitud de espectadores hasta la Plaza de la Concordia, para poder admirar en perspectiva desde los campos Elíseos hasta L'Étoile. Por otra parte, lo que más le gusta a Alberto sigue siendo el escuadrón de la Guardia Republicana, con sus trompetas, semejantes a las del juicio final, que añaden un aire de fiesta a esta conmemoración, en la cual, como dice su padre, ninguna euforia logrará hacer olvidar al pueblo de París la tristeza y el horror de esta guerra. Las víctimas ya no pueden ser testigos.

De hecho, el antiguo orden de cosas acaba de morir de súbito con el fin de la conflagración, marcando una ruptura con el pasado y la verdadera entrada de los ciudadanos en el siglo xx. Sus padres, nacidos antes de 1900, están entre los primeros en resentirse de ello. Para éstos,

los síntomas de la transformación no constituyen tanto cuestión de restricciones materiales, sino de un estado espiritual y de un cambio profundo de mentalidades.

Bastaron cuatro años de guerra para enterrar simplemente la *Belle Époque*, y para convencer a los sobrevivientes que han iniciado un nuevo siglo. Además, Francia, siempre un poco friolenta y chovinista, se abre ahora al cosmopolitismo y deviene una encrucijada de todas las naciones y todas las razas. Hasta se anunciaría el Fin del mundo para finales de diciembre de ese año 1919, pues según los conocimientos y cálculos de algunos astrónomos, la Tierra debería ser sacudida por los mayores cataclismos, temblores de tierra y terribles huracanes. Además, una enorme mancha sobre el sol resultaría, según parece, visible a simple vista. Pero no es la primera vez, le explica su padre al adolescente Alberto, que tales tonterías inquietan a la gente. Ya en abril de 1911 se habló del encuentro —por suerte no tuvo lugar— del cometa Halley con la Tierra, a la cual sólo se acercó con la cola. Hoy se habla del acercamiento de Venus, Marte, Júpiter y Saturno en la misma región del cielo, del mismo lado del sol, lo que ocasionaría, según ciertos bromistas, una amenaza astrológica. Su padre, quien no cree en todas esas tonterías, resume la situación con esta salida:

—¡Los franceses harían mejor en inquietarse por el peligro que los acecha con el militarismo prusiano antes de creer en esas fábulas!

El adolescente nada responde; sin embargo, algo ha atravesado el cielo de Alberto, como una extraña luz de la cual va a seguir la huella. Para su edad, es una sacudida, pero no tiene sentido revelar su secreto, pues nadie podría comprenderlo. Turbado por la pluralidad de mundos que le rodea, sabe que le gustaría profundizar en el estudio de los planetas y en el conocimiento del universo. Pero no hay prisa; todo vendrá a su hora. Por otra parte, imperceptiblemente y sin desearlo en verdad, todo va a cambiar para él y su familia.

En esta época, su padre regresa a Cuba, pero no puede adaptarse a la vida criolla y al racismo latente en la sociedad que oprime y discrimina a todos los cubanos de piel oscura. Las condiciones económicas son más que deplorables tras la crisis de 1920 y el clima político no resulta mejor. Alberto Francisco, quien abandonó Cuba a la edad de 6 años, vuelve a encontrar en su Isla las viejas estructuras colonialistas frente al imperialismo yanqui cada vez más amenazador. Se han producido hacia 1912 dos intervenciones. De hecho, poco ha cambiado después de la independencia, y constata con amargura que continúa la plena hegemonía de la gran burguesía terrateniente y azucarera, mientras la clase media sigue empobreciéndose. No obstante, aunque las reformas progresistas no pueden aplicarse todavía, nota con cierto placer que una conciencia revolucionaria empieza a manifestarse en el proletariado industrial.

Por entonces será nombrado sucesivamente cónsul de Cuba en Liverpool, Marsella y luego en París, como recompensa de los numerosos servicios rendidos a la patria durante la Guerra de Independencia.

Alberto ya tiene 16 años cuando asiste en 1922 a la famosa Exposición Colonial hecha en Marsella e inaugurada por los ministros de Colonias, Comercio e Industria, y donde una gran plaza está reservada para Africa occidental francesa. Así, todo un barrio de la ciudad de los sultanes de Marruecos se reconstruye con sus calles, comercios y sus artesanos. Pero el espectáculo más llamativo de esta gigantesca exposición es la reproducción exacta, aunque reducida, del templo de Angkor Vat, esa maravilla del arte *kmer*.

Alberto está totalmente subyugado por la riqueza ornamental de ese templo camboyano y tras el yeso y el montaje, le resulta fácil imaginar la belleza de la piedra esculpida. En realidad, lo expuesto es una vulgar copia y parte de un conjunto mucho más imponente, que

cubre, según dicen los organizadores, una superficie de 150 hectáreas.

Decide saber más, y conoce que la Escuela Francesa del Extremo Oriente recupera esos templos bajo el control de la Academia. El trabajo de desbrozamiento fue gigantesco, le cuentan que la vegetación lo cubría todo, y la fuerza de la savia en esos climas cálidos y húmedos resulta tal, que enormes bloques de piedra fueron, incluso, desplazados por las raíces. Además, las bóvedas fueron derribadas por los árboles y tuvieron que ser fijadas con puntales de cemento armado, al comprobarse que la madera no era bastante fuerte.

El joven indaga y le explican que el trabajo fue particularmente difícil, pues algunos bloques formaban con la vegetación especies de túmulos, bajo los cuales estaban sepultados los santuarios. Y sólo al desbrozar las ruinas, se encontraron en su interior soberbias muestras de escultura, estatuas de dioses o bajorrelieves, así como inscripciones lapidarias que enriquecerían la epigrafía kmer con nuevos documentos. Alberto quiere conocer el nombre de quien arrancó a la selva estos monumentos, le responden que el primer conservador de antigüedades se llamaba Jean Commaille, y tras su muerte, acaecida en su puesto de trabajo un día de abril, hace ya seis años, los trabajos siguieron sin tregua.

¿Por qué —se pregunta—, esas maravillas fueron desconocidas del público por tanto tiempo? Camboya habría sido excluida de las grandes rutas por las compañías de navegación, porque emprender tal aventura, en esa época, no habría resultado posible, por ser el viaje demasiado costoso para la mayoría de artistas y aficionados que hubieran querido visitar las minas. O bien, porque esos templos, que hasta 1917 pertenecían a Siam, reino nunca colonizado, no interesaban a Francia, que por entonces fingía ignorar una de las civilizaciones más brillantes del mundo, mientras la belleza, la fineza y la gracia de sus escultores, así como la ligereza de sus motivos decorativos, eran desde

mucho antes —según los conocedores— comparables a los bajorrelieves asirios y egipcios.

Todas estas suposiciones dejaban a Alberto pensativo. Le cuesta trabajo aceptar que la mayoría de los países representados en esta exposición sólo sean, en realidad, colonias de Francia, y deplora que todas esas maravillas se expongan con el único fin de promover el derecho de la metrópoli sobre sus inmensos dominios, sin ninguna preocupación de interés cultural y de desarrollo para sus pueblos.

En ese mismo año ocurrirá otro acontecimiento tan importante como éste, el cual va a determinar su vocación de una manera definitiva. El 5 de noviembre, dos arqueólogos británicos descubren en el famoso Valle de los Reyes, cerca del emplazamiento de la antigua Tebas, capital del Alto Egipto, en la orilla izquierda del Nilo, frente a Luxor, el tesoro funerario del faraón Tutankamen, quien perteneció a la decimoctava dinastía y que reinó algunos años antes de morir, a los 18 o 20 años, en 1323 a.n.e. Estas dos personalidades, cuyas motivaciones son absolutamente diferentes, intrigan al joven Alberto. Uno es un aristócrata, lord Carnarvon y, además, millonario. El otro, Howard Cáster, un joven desconocido, casi autodidacta, dibujante talentoso, quien desde muy joven parte hacia Egipto, donde está encargado por la Egyptian Exploration Found de Londres de copiar los textos y los dibujos egipcios.

¿Cómo se encontraron? Carnarvon, amante de las artes, va de manera ocasional a Luxor, siguiendo el consejo de sus médicos pan curarse en la ciudad, reputada por su clima seco. Cáster, explorador perseverante, invierte todo su tiempo en viajar y en remontar el curso del Nilo tras las huellas de los faraones. Desde hace más de 11 años, observa, registra, dibuja sin cesar, porque sabe que su destino está ligado a ese país y que su vocación es la arqueología. Por otra parte, de inmediato llama la atención de Gastón Maspero, director francés del Servicio de Anti-

güedades e inspector general de los monumentos del Alto Egipto, quien le confía enseguida un puesto importante.

Pero, como ninguna investigación en ese campo puede realizarse con poco dinero, en breve el joven arqueólogo se ve obligado a ponerse bajo la protección de lord Carnarvon, quien se ha apasionado por las búsquedas dirigidas en la región por las misiones europeas. Dueño de una inmensa fortuna, financia sus temporadas. Es un hombre inteligente, tenaz y, sobre todo, un generoso mecenas. Ambos arqueólogos saben, sin embargo, que no son los primeros en excavar en ese sitio, donde ya se han hallado numerosas tumbas de los antiguos reyes de Egipto. Antes que ellos y desde hace un siglo, italianos, franceses como Champollion, norteamericanos como Theodore Davis, han explorado y excavado ahí.

¡Qué importa! Con la ayuda financiera de su amigo, el joven Cártter prosigue sus trabajos. Limpia cierto espacio que ha preferido marcar hasta llegar a la roca, antes de operar con la sonda. Excava con método, dividiendo el plano del Valle de los Reyes en pequeños rectángulos que explora de manera sistemática, fragmento tras fragmento. Se retiran así más de 150 000 a 200 000 t de tierra, sin hallar otra cosa que algunos vasos u objetos insignificantes. Pese a todo, persevera, y pronto, gracias a su rigor y constancia, descubre un peldaño tallado en la roca, el cual atrae su atención. Al continuar excavando, encuentra enseguida una escalera que conduce a una puerta cerrada y tapiada con cal, sobre la cual distingue con estupor el sello usado en la necrópolis real. De pronto, intuye haber descubierto algo de suma importancia, y telegrafía de inmediato a lord Carnarvon, quien llega precipitadamente de Londres para participar en los trabajos.

Tras haber distinguido sobre esta puerta la inscripción del faraón Tutankamen, así como numerosas huellas de roturas, concluyen en el acto que, por haber sido saqueada en numerosas ocasiones, la tumba real se cerró de manera definitiva bajo Ramsés IX. En efecto, tras el

muro descubren un pasillo de 8 m de largo, luego una nueva puerta tapiada. Cuando penetran en la primera cámara, hallan en ella tres lechos dorados, grandes cajas que contienen las vestiduras reales, sandalias de oro, emblemas mortuorios, un trono funerario, un asiento incrustado de piedras preciosas, así como estatuas negras con faldas de oro. Se miran, maravillados de hallar 30 siglos más tarde ese tesoro intacto, y prosiguen. Tras la primera cámara hay una segunda, repleta hasta el techo de objetos diversos. Para llegar a la tercera, donde estaría escondida, al parecer, la tumba del rey, hay que vaciarla. Lo hacen, con gran paciencia de hormigas.

Alberto cuenta a su padre, quien mucho se asombra de sus conocimientos, que por primera vez se demostró que las pirámides no hacían función de graneros, como todo el mundo creía, y que no estaban huecas sino llenas. A partir de esa hipótesis, los expertos dedujeron que se trataba de sepulturas reales. El joven se complace en decirle al padre que está escrito en el Génesis que la pirámide es una escalera que desciende del cielo hacia la tierra.

Algo le llama la atención hace un tiempo: la edad del joven explorador. Cártter sólo contaba con 17 años cuando se instala por primera vez en El Cairo; es decir, tenía en esa época la misma edad que él ahora. Luego, no hay tiempo que perder para tomar una decisión. La perseverancia y la tenacidad de ese joven despiertan su admiración. Necesitó 20 años de trabajo cotidiano, jalonado por ilusiones y decepciones, para llegar a este resultado.

A Alberto no le resulta difícil imaginarse la inmensa alegría de Cártter cuando vio, el 16 de febrero de 1923, por un agujero abierto en la puerta tapiada que iban a derribar, un muro de oro. Pero ese muro sólo era en realidad un sarcófago de madera dorada que imitaba un pequeño templo. El gigantesco catafalco ocupaba casi toda la cámara funeraria. Ante la emoción de ese hombre, 14 años después del inicio de su primera temporada, la conmoción del adolescente es inmensa. Pero su trastorno es total

cuando se entera que sólo algunos meses después de la inauguración oficial del sitio ocurrió la muerte súbita de lord Carnarvon, quien había bajado con Cárter por una estrecha hendidura practicada en la pared hasta la famosa cámara funeraria del faraón.

Este hecho, fatal y súbito, dio libre curso a los rumores más fantásticos. Enseguida se habló de venganza por parte de Tutankamen, pues nadie había osado hasta el momento turbar el sueño eterno de un faraón protegido por tantas divinidades, y violar impunemente su tumba. De inmediato, los *fellah* murmuraron: “Quizás encontraron oro... mucho oro, pero también hallaron la muerte”.

En efecto: desde el anuncio de la muerte súbita de lord Carnarvon como consecuencia de una erisipela provocada por una picada de mosquito, ocurrieron acontecimientos muy extraños. No sólo esa noche en El Cairo todas las luces de la ciudad se apagaron al mismo tiempo, sin que ninguna rotura o accidente permitiera explicar el accidente; en Inglaterra, a la misma hora del deceso de su dueño, el perro de lord Carnarvon, tras haber lanzado un aullido de terror, cayó muerto. En los días siguientes, personas cercanas al lord, entre ellas su joven hermano, murieron súbitamente sin que se esclareciesen las causas de su deceso. Parecía como si una terrible maldición hubiera caído sobre todos aquellos que se habían aproximado, de cerca o de lejos, a Tutankamen. Interrogado por la prensa, Cárter respondía de manera lacónica: “Qué quieren que les diga, no sé más que ustedes, esa tumba le trajo desgracia”.

Mas, esta serie de hechos no quebranta en absoluto la moral de Alberto, quien en realidad en todo ello sólo ve curiosas coincidencias, de las cuales se ha apropiado el rumor público, quizá simplemente para desanimar las excavaciones de los arqueólogos extranjeros. Si es así, ¿por qué no se ha realizado ninguna campaña de disuasión para desmoralizar a los saqueadores de tumbas,

que durante milenios, han violado con toda impunidad las sepulturas de los faraones en el Valle de los Reyes?

En lugar de desanimarlo, esta actitud negativa de los periódicos lo incita a comprometerse más para combatir a los oportunistas y detractores de toda especie. Y como en cada instante importante de su vida, se vuelve hacia su padre. Ese padre que, sin hacer mucho ruido, con humildad y modestia, le ha abierto la vía de la sabiduría y le ha mostrado el camino a seguir. Pronto tendrá 67 años, y cansado por todo lo que ha vivido, decide retirarse a Dordogne donde acaba de comprar en Cros, en la pequeña comuna de Saint-Antoine d'Auberoche, algunas hectáreas de tierra.

Para Alberto, el momento ha llegado de elegir su vida y su carrera. Tiene 22 años. Hay algo seguro: no será médico como su padre y su abuelo. Para él se dibuja otro destino, que ya avizora. No se quedará en Europa. La *Belle Époque* está lejos. Un clima de guerra envenena la atmósfera. Y al ofrecérsele la posibilidad de ir por primera vez al país de sus antepasados, no vacila un instante. Parte hacia La Habana.

V

De La Habana a México

Todo lo sedujo en La Habana: la luminosidad, la pureza del aire y los pesados cúmulos que vagaban en el cielo. Ahí está el Castillo del Morro, que vigila la entrada del puerto, con sus cañones roídos por los años y el viento, y la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, una de las más antiguas de todas las construidas en el Nuevo Mundo. Y además está la ciudad vieja, con su catedral, barroca, de una fantasía y una libertad de estilo que daría envidia a muchas otras; con su torre campanario, diferente y más grande que la otra que la complementa, la fachada con un muro cóncavo donde las columnas siguen la curva del paramento, y la cornisa compuesta de volutas y ornamentos en zigzag. También hay grandes palacios abiertos sobre los patios, con sus portales suntuosos, sus escaleras monumentales ornadas con pasamanos de bronce, sus balcones sostenidos por molduras de hierro, sus galerías con arcos, sus fachadas barrocas que reúnen todos los motivos arquitectónicos y ese bosque de columnas, mitad dóricas, mitad corintias, las cuales se combinan a veces de modo extraño, y esas cariátides a menudo fatigadas de ser sólo otro elemento decorativo en el paisaje.

Y cuando Alberto se pasea por las callejuelas cálidas y sensuales de la vieja Habana, habitada por un

pueblo caluroso y ruidoso, no deja de mirar esas casas despintadas que se derrumban poco a poco con el peso de los años, pero que siguen estando de todos modos orgullosas de sus balaustradas de madera torneada, de sus rejas de hierro forjado y de sus abanicos de vidrio de colores que decoran en lo alto las ventanas y filtran la luz demasiado viva del trópico.

Apenas desembarca en el Nuevo Mundo, Alberto se matricula en la Universidad de La Habana y observa con atención lo que ocurre a su alrededor. Al inicio, se siente agradablemente sorprendido: el gobierno de Gerardo Machado tiene el apoyo de las élites cubanas, lo cual resulta una reacción lógica ante el creciente deterioro institucional incrementado tras la dictadura violenta del general Mario García Menocal y el desgobernio de Alfredo Zayas, entre los años que median de 1913 a 1925. Asimismo, a su favor se ha señalado —de manera errónea como bueno—, que durante la primera etapa de su mandato, Gerardo Machado emprendió un vasto programa de trabajos públicos, gracias a préstamos y financiamientos norteamericanos, y dio trabajo a numerosos desempleados. En medio de una situación económica en decadencia constante, Machado revela su verdadero rostro. Restringe las libertades democráticas, desencadena el terror contra el movimiento obrero y viola la Constitución de 1901. La crisis mundial sólo empeora la economía cubana, que sufre las repercusiones del crac bancario de 1920-1921. Las exportaciones a Estados Unidos bajan de manera considerable, y poco a poco muchas fábricas de la industria ligera tienen que cerrar. La clase obrera no es la única alcanzada por el latigazo de la recesión, sino también los otros estratos sociales: funcionarios, miembros de profesiones liberales, pequeños comerciantes y artesanos. El pueblo vive en la mayor penuria, y existen familias que con precaria alimentación emigran hacia los suburbios, los cuales aumentan de manera notable.

En 1927, el dictador anuncia que permanecerá en el poder por más tiempo del previsto en la Constitución. Al saber la noticia, los estudiantes protestan y se organizan bajo la dirección de Julio Antonio Mella, cuyo objetivo resulta claro: la independencia nacional y el rechazo al imperialismo yanqui. Hay un elemento nuevo en su proyecto: la solidaridad de los pueblos latinoamericanos frente a un enemigo común, y la voluntad de vincular las instituciones culturales estudiantiles a las masas trabajadoras. Mella no vacila en denunciar al imperialismo como el gran responsable de las desgracias nacionales. Por su parte, los campesinos, pequeños y medios, se movilizan contra la dominación de las compañías azucareras yanquis.

Para frenar ese creciente movimiento popular, el terror machadista aumenta cada vez más contra la vanguardia política del movimiento obrero en general. El dictador comienza por poner fuera de la ley su centro organizador, después hace arrestar y ejecutar a sus principales dirigentes. Algunos parten hacia España; otros, como Julio Antonio Mella, son encarcelados y luego extraditados a México, bajo amenaza de muerte. Se prohíbe y aplasta sangrientamente todo movimiento de huelga. Los obreros responsables son deportados y sus líderes asesinados.

Desde su llegada a México, Mella empieza a organizar a los emigrados y a hacer contacto con la Isla, con el propósito de preparar una insurrección armada contra la tiranía machadista. Algunos meses más tarde, el 10 de enero de 1929, los consternados estudiantes cubanos conocen de que Mella acaba de ser salvajemente asesinado por un agente de Machado en una calle de México. Mas, antes de morir tendrá tiempo de decir estas palabras proféticas: "Muero por la Revolución".

Alberto, quien no ha vacilado un solo instante en comprometerse con el movimiento estudiantil, se convierte de inmediato en un miembro activo. Sabe que no

hay otra elección para luchar contra la tiranía, y asume a plenitud sus consecuencias.

Desde 1930, el proceso revolucionario se acelera, y la lucha de clases toma el giro de una guerra civil. En marzo, una huelga general es la primera gran acción de masas contra el poder machadista, a la cual seguirán muchas otras, las cuales agrupan a la pequeña burguesía y a los campesinos. A su vez, la Universidad se compromete y las luchas estudiantiles aumentan. El 30 de septiembre, en el patio de la Universidad de La Habana, los estudiantes lanzan un desafío al poder constituido y al imperialismo, con el grito: “La única solución del problema cubano consiste en el cese del actual régimen con la renuncia inmediata del presidente de la República”.¹³ Durante esta manifestación particularmente violenta es asesinado el estudiante Rafael Trejo. Alberto es arrestado y encarcelado. Tras numerosas huelgas de hambre, el gobierno lo extradita hacia México, con muchos de sus compatriotas. Para él, se inicia una nueva aventura. Un nuevo exilio.

Cuando desembarca ese año en México, ese país resulta, para numerosos refugiados políticos de estas regiones del mundo, ante todo y en primer lugar, centro de tránsito indispensable y un hogar abierto y acogedor. Alberto lo sabe.

Le sorprende primero el carácter abierto y cosmopolita de esta enorme ciudad, y luego la efervescencia y anarquía no sólo del urbanismo, sino también de la población. Una multitud abigarrada, compuesta por todas las capas de la sociedad —estudiantes, campesinos indígenas, políticos, hombres de negocios, extranjeros—, circula tanto por el jardín público —ese parque de la Alameda donde se pasean los enamorados, los niños y los vendedores de globos multicolores—, como por el Palacio de

¹³ *Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985, p. 586.

Bellas Artes —imponente fachada blanca de mármol de Carrara que representa la potencia y gloria del régimen y que, desde hace 20 años, está todavía en construcción, porque, según dicen los arquitectos, el edificio se hunde ligeramente en el suelo— y la Plaza del Zócalo, una de las más antiguas y gigantescas de América. El Palacio Nacional y la catedral ocupan casi todo su espacio, pero hay un ir y venir constantes de gentes que se confunden y desembocan en las calles laterales. Entre ellos, están los vendedores ambulantes, los indios que mendigan a las puertas de la catedral, las mujeres envueltas en un rebozo, arrodilladas o sentadas con sus niños pequeños acostados en el suelo; bailarines y músicos, tragafuegos, acróbatas, quienes se relevan de continuo y se despliegan como una larga cinta a través de todo el barrio. A su manera, es un verdadero Patio de Monipodio.

Alberto no ha visto nunca nada parecido, y esta miseria bulliciosa lo golpea. No lejos de allí está la Merced, el gran mercado de México con sus olores de aceite hirviendo, de frituras y de tortillas, y su efluvio de polvos y hierbas aromáticas. En las calles, los vendedores ambulantes se instalan donde pueden con sus mercancías. Todos acaban por hallar un lugar y venden, sentados en la tierra o en tarimas improvisadas, cualquier cosa, sin importar qué: algunas semillas de girasol, imágenes piadosas de Nuestra Señora de Guadalupe, limones, tres pimientos y un tomate, caucho, peines, palanganas de plástico, chicles, chiles rellenos, ensalada de nopalitos, tacos, enchiladas y todo tipo de ingredientes y de salsas picantes, las cuales a Alberto no le gustan mucho. En Cuba, la comida no se ha condimentado con tanto picante.

La situación económica le parece bastante catastrófica. Tras algunos paréntesis de guerra civil y el asesinato del presidente Obregón en 1928 por un joven estudiante de Bellas Artes, quien descarga sobre éste seis balas de revólver. La represión de las autoridades mexicanas es implacable: persecuciones, arrestos arbi-

trarios y ejecuciones sumarias, se suceden sin tregua para hacer respetar la ley

Luego, el país parece hallar cierta calma. Pero, en realidad, el pueblo sigue estando amargado y decepcionado, porque una vez más le han escamoteado su revolución. Todavía se siente sobre el país la presencia de Emiliano Zapata, el indio que se batió con su ejército de campesinos. Por desgracia, también él ha muerto en combate, hace casi 11 años, asesinado por las tropas del general Pablo González. Y cuentan que en la mañana de ese sábado 12 de abril de 1919, cuando hallaron su cuerpo, notaron sobre su pecho siete perforaciones correspondientes a las siete balas que causaron su muerte instantánea, pero, según los testigos, la mayoría de sus enemigos se sorprendió de que su rostro no estuviese desfigurado por ninguna herida. Por eso, si algunos hoy lo creen realmente muerto; otros, por el contrario, sostienen que su espíritu está todavía bien vivo.

Por otra parte, el ambiente en la capital es muy revolucionario en esta época —sobre todo entre los artistas e intelectuales—, y Alberto se sorprende al comprobar que Julio Antonio Mella no sólo ha devenido un mártir de la revolución cubana, sino ejemplo de la juventud mexicana. En esa época no hay un solo estudiante que no esté envuelto en la vida política e intelectual de esta ciudad. Entre los grandes pintores que en México se comparten los honores del arte mural oficial, se destacan Siqueiros, Orozco, Guerrero y, sobre todo, el terrible Diego Rivera, sin dudas el más célebre y provocador del grupo, debido a su tormentosa vida privada y a sus escandalosas amistades, entre quienes se cuenta Henry Ford, el hombre más rico del mundo. También se le critican sus viajes a Francia, donde su presencia es habitual en la Rotonda del barrio Montparnasse.

Por supuesto, Alberto ya ha oído hablar de él y su nombre le resulta casi familiar. Recuerda que uno de sus jóvenes compatriotas, el gran escritor cubano Alejo Car-

pentier, aún desconocido en este verano de 1926, había ido a visitarlo a su taller, viejo edificio colonial de puertas claveteadas y anchas escaleras de madera, situado en una vetusta callejuela de México. Interrogado por un amigo, relataba sus impresiones acerca de Rivera en estos términos:

“Imagine un hombre del Renacimiento, con el espíritu abierto a todas las ideas avanzadas y generosas de nuestro siglo; un Gargantúa artista y exégeta de bellas cosas que ha sabido hechizar Montpamasse en compañía de Picasso y de Léger, sin entregar su talento al engranaje efímero de los ‘ismos’. Este gigante jovial no cree en ‘el arte por el arte’; trabaja como un obrero, desprecia las ‘capillas’ y con una seguridad asombrosa, emprende tareas formidables, pasando años en cubrir con sus pinturas kilómetros cuadrados de paredes”.¹⁴

Atraído, como gran número de sus amigos, por el movimiento comunista porque dice que no cree posible el desarrollo del arte en una sociedad capitalista, Rivera pone en escena la vida cotidiana del mundo campesino y exalta en sus cuadros su fe en la cultura popular, mostrando particularmente la dura realidad y el trabajo de los indios.

“El arte proletario creará la plasticidad de las multitudes, su dinámica y su estética, a la vez múltiples y profundamente coherentes (...) la mayor simplicidad y la mayor claridad en la expresión envolverán el fuego interno de una pasión más potente que la de un individuo cualquiera, porque resumirá la de las masas innumerables”.¹⁵

A fines de 1930, tan rico en acontecimientos, Alberto ingresa a la Escuela Nacional de Antropología e Historia, y prepara en la Universidad Autónoma de México su tesis de doctorado en Ciencias Arqueológicas. También en esta época, Diego Rivera, el gigante, y su joven esposa, tan frágil, de origen alemán, Frida Kahlo, pintora también, pero inválida de por vida como

¹⁴ Alejo Carpentier: *Chroniques*, Gallimard, París, 1983, p. 34.

¹⁵ *Ibid.*, p. 37.

resultado de un terrible accidente, se embarcan hacia San Francisco, invitados por un escultor norteamericano. El artista acaba de recibir el encargo de una serie de murales para esa ciudad y este proyecto lo entusiasma, pues California le parece un terreno experimental muy interesante para la pintura revolucionaria. Piensa aprovechar su estancia para entrar en contacto con el proletariado en ese país, y combatir abiertamente la sociedad norteamericana. Además, está sobre todo contento por abandonar México y escapar así por un tiempo a todos esos complots, intrigas y rumores que circulan sobre él, pues todo es pretexto para los celos: sus numerosos éxitos, sus viajes a Francia y sus encargos en Estados Unidos. También se juzga muy duramente su excesiva independencia y su indigenismo, pero, como todos los grandes artistas, se burla de todo esto. Para él, sólo cuenta su libertad de creación.

Los años siguientes serán difíciles para el pueblo mexicano. Hay crisis política, y una crisis económica que provoca una serie de huelgas en todo el país. Alberto sigue muy de cerca los acontecimientos en México, así como las repercusiones que podrían tener en Cuba.

En 1932, la lucha antimachadista continúa en su apogeo. El movimiento revolucionario comienza a dar sus frutos; son tiempos en que sectores de la prensa social, unida a la obrera y estudiantil, así como grupos culturales utilizan diversas tribunas para difundir el pensamiento de avanzada. La radicalización de las masas se hace más fuerte, gracias a la presencia de personalidades de izquierda en todo tipo de organizaciones: obreras, deportivas, estudiantiles, culturales. Desde el inicio de la lucha contra Machado, el objetivo primordial es, a la vez, la liberación nacional y la revolución social, al considerarlas como una unidad común. Mas, la fuerza de la oligarquía, siempre sostenida por el imperialismo yanqui, está todavía muy presente y la correlación de

fuerzas se inclina a su favor. El 12 de agosto, Machado es derrocado.

Tras el efímero gobierno de Carlos Manuel de Céspedes y de Quesada, que durará una veintena de días, se crea un nuevo gobierno llamado Grau-Guiteras y tres corrientes compartirán un nuevo gobierno; entre ellas, la encabezada por Antonio Guiteras Holmes, dirigente del movimiento Joven Cuba, quien intentara el desarrollo de la lucha armada contra Machado. Es un viejo amigo de Alberto, que más tarde será su cuñado, y Alberto está muy contento con la noticia. Lamentablemente, ese movimiento radical, nacionalista y decididamente antimperialista, que coexiste con el del profesor universitario Ramón Grau San Martín como presidente —representante de la segunda tendencia, reformista, fuertemente anticomunista y sin ninguna base social sólida—, debe enfrentar pronto una tercera corriente, reaccionaria y favorable al imperialismo, encarnada por un militar oportunista, Fulgencio Batista, primero sargento y, después, coronel que enseguida se rebelará contra ellos, gracias a que su ejército desempeña el papel de agrupación política.

En Cuba ocurren acontecimientos trágicos desde septiembre, y Alberto lee con ansiedad en los periódicos extranjeros el relato de estas últimas horas.

“El 2 de octubre, las tropas gubernamentales de Batista han tomado por asalto el Hotel Nacional, donde varios centenares de oficiales, alrededor de 500 —dice el despacho— se habían refugiado y armado en los pisos superiores, al día siguiente de su golpe de Estado, el pasado 4 de septiembre. Pero también habían hallado asilo en este hotel, uno de los más hermosos y grandes de La Habana, que servía entonces de residencia al embajador de Estados Unidos —precisa el periodista—, numerosos ciudadanos norteamericanos que temían por sus vidas, y que acuden a beneficiarse de la extraterritorialidad que los ampara. Por desgracia, aislados por cordones de tropas y privados de vituallas, los oficiales rebeldes se

encontraron enseguida en los límites de la resistencia. Se dice que el desacuerdo había penetrado en sus filas, y muchos de ellos quisieron incluso escapar antes de que fuera demasiado tarde. Pero en el amanecer de ese 2 de octubre se libró una verdadera batalla”.

Los periodistas se preguntaron quién había sido el primero en abrir fuego. Nunca se supo. Luego, por la radio, Alberto se entera de los hechos:

“Hoy mismo, los sitiadores ubicaron en batería una pieza de artillería de campaña, y el cañonero *Patria*, anclado a dos millas, está listo para apoyar su acción. Han caído muchos obuses sobre el hotel, cobrando algunas víctimas. Por el contrario —prosigue el locutor—, los oficiales, excelentes tiradores que disponen de ametralladoras, han causado pérdidas serias a sus adversarios. Hacia las 11, luego de una tregua acordada para permitir la evacuación de las mujeres, el fuego retomó su ímpetu. Alrededor de la 1, fue izada la bandera blanca sobre el hotel. Empezaron entonces escenas de saqueo y masacre. Se cuentan ya más de 100 muertos y 200 heridos. Sin embargo —confirma el reportero—, la concordia está lejos de reinar entre el presidente Grau San Martín y el sargento-coronel Batista, y diferentes partidos promueven en numerosas intrigas contra el gobierno, tanto por el general Menocal, antiguo adversario conservador del presidente Machado, por los partidarios siempre activos de M. Céspedes, como por la organización revolucionaria ABC. Pese a todo, debemos permanecer vigilantes —subraya el periodista—, pues la agitación comunista, estimulada por un número creciente de desempleados, sigue siendo una amenaza. En efecto, no hay que olvidar que miles de obreros se hallan sin trabajo; en particular, en las plantaciones cañeras y en las refinerías. Como si todos estos elementos de desorden no bastaran —añade el locutor con voz monótona— un ciclón ha azotado la Isla, desde ayer por la mañana, 4 de octubre, haciendo estragos considerables”.

Después, tras algunas notas musicales, la voz retoma el tema:

“Pese a todo, el presidente Grau San Martín no desespera en absoluto de llevar a cabo la difícil tarea de reorganización y pacificación que ha asumido y se preocupa de hacer reconocer su gobierno por las potencias extranjeras. Ya en la última reunión del gabinete celebrada el 11 de octubre, ha sido reconocido por el gobierno español”.

Alberto está inquieto. En efecto, cuatro meses más tarde, se entera de que el gobierno Grau-Guiteras ha caído y que el dictador Batista, aprovechando la división de las fuerzas de izquierda, ocupa el lugar vacante y elabora, poco a poco, un programa de reformas de corte nacionalista para los problemas económicos y sociales. En primer lugar, protege a los pequeños colonos con el fin de disminuir —según dice— la proletarización del campesinado, y diversifica la producción agrícola con la intención de reactivar el mercado cubano para servir mejor a los intereses del imperialismo yanqui.

¿Cómo habría podido Alberto olvidar sus antecedentes, sus orígenes y su educación familiar? Todo está ahí para recordárselo. Hasta en México ha vuelto a encontrar la mentalidad de esos blancos españoles que tratan de enmascarar la dura realidad de los indígenas. Además, no puede olvidar el capitalismo de esos norteamericanos, que han mancillado toda la historia de su país. El clan Rockefeller de la Standard Oil, así como otros grupos de Wall Street, ¿no buscan en ese mismo momento instalarse en Cuba y sustituir a otros grupos financieros existentes desde la crisis azucarera de 1925? Éstos son los nuevos intereses financieros que consolidan la dependencia cubana respecto de su poderoso vecino.

También es la época en que Diego Rivera, tras haber realizado una serie de murales en Estados Unidos —en especial, en San Francisco y Detroit para el

industrial Henry Ford—, acepta exponer una retrospectiva de su obra en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, y luego emprende el famoso mural que el multimillonario Rockefeller, hijo, le ha encargado para su centro cultural. La obra terminada resultará escandalosa, y sus amigos, asombrados, no comprenden cómo el artista pudo creer que ese hombre tan poderoso pudiese tolerar el rostro de Lenin, pintado sobre fondo rojo en el centro del cuadro. En efecto, al mecenas le parece que ese lienzo es un desafío lanzado a toda la sociedad norteamericana, y en breve el mural se borrará sin remisión. A la vez, Rivera ve anularse otro encargo para Chicago.

Desde joven, Alberto conoce muy bien los métodos imperialistas, y siempre le ha divertido mucho la ingenuidad de los norteamericanos, quienes quieren demostrar al mundo su liberalismo comprando todo con sus dólares. En general, los artistas no se dejan engañar. Por desgracia, todos tienen necesidad de un mecenas, y él mismo conoce, como arqueólogo, el poder del dinero. Además, ¿quién puede saber, cuando llegue la hora, si no estará también él, como Rivera y tantos otros, obligado a aceptar esta forma de chantaje?

Un día, un amigo indio invitó a Alberto a una sociedad de iniciación. Se encontró allí con un hombre de cierta edad, conocido bajo el nombre de *Chan Kirt*, quien habló de un mensaje adivinatorio y de la potencia de los mayas, cuya resurrección estaría, según él, muy próxima. Apasionado por la complejidad, la riqueza y el refinamiento de esas civilizaciones prehispánicas desde que emprendió sus estudios de Historia, Antropología y Arqueología en la Universidad de México, no le asombra saber que esos mitos subsisten todavía en las creencias actuales de ciertas poblaciones indígenas descendientes de los mayas. Decide que cuando le sea posible, viajará a Chiapas y Yucatán, para ir a los sitios arqueológicos de esa antigua civilización.

En Cuba, en mayo de 1935, tras el fracaso de una importante huelga, es asesinado su amigo, Antonio Guiteras, Tony para los íntimos, hermano de la bella Calixta a quien conoció en la Universidad de La Habana. También se entera que después de este atentado, que marca la decadencia de las luchas revolucionarias y el fin de la llamada Revolución del 30, Calixta es perseguida por los órganos represivos de esa dictadura militar y no ha tenido otra alternativa que exilarse en México, a donde llega acompañada de su madre. A los 30 años, con su título de doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de La Habana, se inscribe en la Escuela Nacional de Antropología e Historia, realizando como Alberto un viejo sueño que persigue desde siempre.

Al año siguiente, un 17 de mayo, a las 8 de la noche, el padre de Alberto muere en Francia en el pueblito de Saint-Antoine d'Auberoche, en Dordogne, donde había comprado una modesta propiedad en la vecina comuna del Cros. Cuando se entera de la noticia, su tristeza es inmensa. Su padre sólo tenía 73 años, y su salud aún era buena cuando lo dejó, hace ocho años. Incluso pensaba visitarlo en Francia, una vez terminados sus estudios. Después, con el correr de los días, se siente poco a poco liberado de un peso que lo oprimía desde hacía mucho tiempo: la elección de su carrera profesional. Ahora, su decisión está tomada. No será médico como sus antepasados, y por otra parte, los acontecimientos de su país presagian un exilio seguramente tan largo como el de su padre.

Así, aprovechando las vacaciones universitarias, visita los sitios arqueológicos de Monte Albán y Monte Negro, en el estado de Oaxaca; Tula, en el estado de Hidalgo; la ciudad de Campeche, Kabah y Uxmal, en el estado de Yucatán, y, sobre todo, Palenque, en Chiapas.

En Palenque, queda fascinado por la belleza del sitio y por la arquitectura de los numerosos edificios que parecen intactos, aun si algunos están ocultos todavía en la selva, como permiten suponer los numerosos montí-

culos y estructuras que sobresalen en varios kilómetros alrededor del centro ceremonial. Y si el trabajo de desbrozamiento parece gigantesco a los ojos del arqueólogo, en cambio se da cuenta de que estas ruinas no sólo testimonian el pasado esplendor de esta ciudad, sino también su significación. Piensa en John Lloyd Stephens, quien un siglo antes hizo con su compañero el dibujante Frederick Catherwood, el viaje a pie, viniendo de Copán, y se apresuró a escribir cuán maravillado quedó: “Por una abertura entre los árboles, vimos la fachada de un gran edificio, bello y elegante, ricamente ornado de figuras de estuco en las pilastras, con árboles que crecían junto a él y cuyas ramas entraban por las puertas: como objeto, como estilo era único, extraordinario y de una belleza melancólica”.¹⁶

No obstante, los años siguientes serán difíciles: México atraviesa una grave crisis económica que provoca huelgas en todo el país, y, a la vez, una crisis política opone a los comunistas y los camisas doradas, una organización de tendencia fascista más o menos sostenida por Estados Unidos. Mas, pese a sus propias dificultades, México no permanece indiferente ante las revueltas europeas, e intelectuales y artistas, como Diego Rivera y Frida Kahlo, se lanzan a la calle para apoyar a los republicanos españoles, pues acaba de estallar la guerra civil.

España está envuelta en fuego y sangre, y todos los revolucionarios latinoamericanos asisten impotentes a las masacres, denuncias y ajustes de cuentas. Por su parte, Alberto se regocija ante el ascenso del Frente Popular en Francia.

El 9 de enero de 1937 desembarcan en México, por el puerto de Tampico, León Trotski y su esposa, Natalia Sedova. Siguiendo los consejos de su marido, Frida espera la llegada del barco y los conduce a la casa familiar de Coyoacán. Tras haber sido desterrado de la URSS en abril de 1929, expulsado por segunda vez de

¹⁶ Frederick Catherwood: *Les Cités Mayas*, Bibliothèque de l'Image, Paris, 1993, p. 22.

Francia, prohibida su estancia en el territorio de Estados Unidos, Trotski, el indeseable universal, halla una nueva patria en México gracias a Rivera, quien obtiene del presidente en funciones, Lázaro Cárdenas, asilo para su amigo. Admira sin reservas a este hombre que encarna la internacional comunista y el ideal revolucionario, pero su amistad será breve, interrumpida por numerosas divergencias de orden ideológico.

Algún tiempo después, el medio universitario, que siempre se nutre de esos ídolos intelectuales, queda sumido en el duelo por un drama ocurrido el 20 de agosto de 1940. A tres años de su llegada a México, Trotski es salvajemente asesinado. Es la segunda tentativa de asesinato. Dadas las circunstancias, los intelectuales y artistas próximos a él se convierten en sospechosos y son interrogados por la policía. El hecho desconcierta de tal modo a Alberto, quien decide de ahora en adelante consagrarse por entero a sus estudios y a las visitas que piensa hacer a diferentes sitios arqueológicos.

La política lo inquieta desde hace bastante tiempo, pero también lo amarga. Le basta con mirar a su alrededor y observar lo que ocurre en su propio país, donde, tras una sucesión presidencial manipulada por Batista con el apoyo de Estados Unidos, acaba de entrar en vigor una nueva Constitución. Por demás, la situación le parece sin salida. Batista ocupa jurídicamente la Presidencia en 1940 y, para Alberto, no hay ninguna perspectiva posible de mejoramiento y, mucho menos, de un retomo próximo al país de sus antepasados.

En este estado de ánimo se entera que en Europa acaba de declararse la Segunda Guerra Mundial. Queda consternado. Tenía 8 años cuando se declaró la Primera, el 2 de agosto de 1914, y resulta que 25 años más tarde, los mismos acontecimientos inflaman de nuevo a toda Europa. Entre los contendientes, Alemania se halla como siempre en primera línea, y contra ella están Polonia, Inglaterra y Francia. En Estados Unidos, el presidente

Roosevelt decreta el embargo de las armas destinadas a los beligerantes, sin hacer ninguna distinción entre ellos, y se ve incluso obligado a promulgar la Neutrality Act, votada por el Congreso. América Latina ha hecho otro tanto y, en general, se proclama neutral. Las diversas declaraciones oficiales tienen el mismo corte, con términos de distintos matices: “La guerra es general —se anuncia por las ondas radiales—, se desarrolla en tierra, mar y aire, y ya se registran numerosas incursiones de la aviación alemana sobre ciudades extranjeras”.

A finales de 1940, conoce que los ocupantes han dividido el norte de Francia en cinco zonas. Felizmente, Dordogne, región que su padre había escogido para envejecer y donde había muerto un día. Esa Dordogne es, por el momento, territorio libre, y Alberto sonríe, pensando que la línea de demarcación de los territorios ocupados pasa, sin embargo, muy cerca de allí, por Saint-Jean-Pied-de-Port, Mont-de-Marsan, Angoûleme, Poitiers y Tours. Pero no será por mucho tiempo, pues dos años más tarde, el sur también será ocupado por los alemanes.

El joven escucha con atención todas las noticias que le llegan del Viejo Mundo, y sigue con mucha nostalgia las dificultades de los parisienses que se organizan como pueden, como lo hicieron durante la Primera Guerra Mundial.

No ha olvidado esa época, ese tiempo bendito de la infancia cuando todo parecía más bello al niño de entonces; los jardines transformados en huertos y los parques, en lugares de pastoreo; cuando todo era más loco, más anárquico, más libre, y cuando situaciones que a algunos podrían haber parecido trágicas se transformaban a veces en escenas cotidianas, como esas interminables colas ante las tiendas de alimentos casi vacías; esos apagones que llegaban siempre en el momento inoportuno; esa escasez de agua, combustible y alimentos, que se obtenían a cambio de tarjetas o cupones de racionamiento de todos los colores. Pues en

definitiva, más allá de esas complicaciones impuestas a los adultos, había sobre todo —cómo habría podido olvidarlo— una gran solidaridad entre los habitantes, una mirada atenta al vecino, algo que no se sentía habitualmente en épocas normales y daba calor al corazón.

Por ello, con la mente llena de recuerdos, Alberto cree que hoy en Francia la situación debe ser idéntica. Mas, el periodista de *La Voz de Europa* traza un cuadro mucho más sombrío:

“Amigos oyentes, ustedes que me escuchan, París ya no es más París. Es una ciudad muerta, ya no queda nada hoy y todo falta. Descorazonados, los ciudadanos intentan abandonar la capital para traer provisiones del campo. Pueden verse las carreteras surcadas de bicicletas que tiran de remolques y tienen en sus porta-equipajes niños o cargamentos increíbles: cestas, jaulas de mimbre, maletas, bolsos que sólo cierran con cordones, bolsas de malla de donde escapan las verduras.

”Todo el mundo compra, a un pariente, a un amigo, a un campesino, vituallas para una semana, y se trae a la ciudad un poco de todo y de cualquier cosa. A veces pueden obtenerse mercancías raras a cambio de artículos recuperados: envoltorios, cajas metálicas, linternas, bombillos y vidrios rotos, frascos farmacéuticos que se llenan de vino, de aceite o de vinagre. Recuperemos, ésa es la consigna que puede leerse en todos los muros de la capital y, en efecto, todo resulta recuperable, colillas que los más hábiles recogen bajo las tablas de las terrazas de los cafés o pescan entre los raíles del metro, o largos mechones de cabello cortado, que los peluqueros barren amorosamente del piso de su establecimiento para transformarlos —dice el rumor— en un tejido muy espeso.

”Por otra parte —continúa el locutor—, acaba de salir un decreto que prohíbe arrojar, quemar, destruir, salvo en caso de necesidad, por razones de salubridad e interés público, desechos y materiales viejos como

trapos, chatarra, papeles, plumas, vidrio, caucho, huesos, piel y cuero, crines, pelos y seda animal”.

Estas informaciones dejan a Alberto pensativo. Ahora que su padre ha muerto, ya no tiene tanta prisa por regresar a Francia. Espera, como dice, que los muros del océano y del Mediterráneo estallen por la valentía de los asaltantes, y que las tropas francesas desfilen de nuevo bajo el Arco del Triunfo para poner, a su vez, los pies en el suelo natal.

El Intruso

Más o menos en esta época, en un campamento militar norteamericano situado en algún lugar de la frontera de Nuevo México, los oficiales yanquis contratan nuevos reclutas. Entre ellos, se presenta un joven muy guapo, muy fuerte, con la piel tostada y un innegable encanto. Llega de México y lo llamaremos: el Intruso. Pasa la inspección médica y teme ser rechazado, pero su determinación triunfará ante las pruebas eliminatorias.

En el dormitorio, enseguida se relaciona con un indio chol llamado *Kin 'Xoc*, quien vive en la región de las selvas y los ríos, en la ruta que va de San Cristóbal de Las Casas a Palenque. El joven, enrolado como él, le cuenta que nació en el pueblito de *Misol-Há*, cerca de los saltos de agua, muy conocido como Agua Azul. Se trata de un paraíso visitado por los enamorados por su belleza y frescor natural. El verdor del paisaje lo embellece una serie de cascadas, que en saltos sucesivos se vierten en un hervidero de espuma, en la cual niños desnudos se zambullen gozosos. A través de esas aguas transparentes y turquesas, sus cuerpos brillan como pepitas de oro.

Durante el entrenamiento, pronto se establece una gran afinidad entre los dos hombres, ambos de origen indígena. Si uno y otro eligieron entraren el ejército, es que en principio no han tenido otra opción. *Kin 'Xoc* de familia campesina es muy pobre y no puede ya con su

única parcela de tierra alimentar a los suyos y proveer sus necesidades.

El Intruso, más ambicioso y oportunista, se siente atraído por el lado aventurero de una carrera militar, que le parece más rápida y fácil de hacer en estos duros tiempos de guerra.

Por suerte, el entrenamiento físico y moral, así como la formación en ese cuerpo de aviadores militares resultarán más largos de lo que ambos habían imaginado. Su amistad se hará con ello más fuerte; sobre todo, porque son los únicos extranjeros en ese equipo de pilotos norteamericanos de bombardeo, cuya misión consiste en realizar vuelos de reconocimiento sobre Japón.

El Intruso busca ganarse la confianza de su compatriota oyéndolo hablar, y luego, poco a poco, se pone a hacerle preguntas muy precisas. En breve, lo sabe todo acerca de sus costumbres, sus hábitos de vida en el campo y sus creencias religiosas, al parecer muy hondas.

El pequeño campesino chol no desconfía, y habla libremente del chamanismo aún existente en los pueblos. Es un sistema de pensamiento muy particular, especie de magia negra que se apoya en el conocimiento de plantas, venenos y alucinógenos, tabaco, alcohol y ese incienso del cual se servían los grandes sacerdotes de ayer —que se decían a la vez adivinos, astrólogos y brujos— para aliviar los sufrimientos de las víctimas de los sacrificios humanos.

—Recuerda —le dice— que la adivinación era una de las funciones importantes de estos sacerdotes, y su función consistía en consultar el almanaque de los 260, así como otros períodos de tiempo para calcular las influencias beneficiosas o malignas sobre los individuos.

El Intruso escucha atentamente todo lo que ignora sobre el origen de esos *chilan* o sacerdotes brujos, que decían tener dones proféticos merced al carácter adivinatorio del calendario, y que transcribían su saber copiándolo en manuscritos de fibra vegetal. También se entera que esta costumbre se remonta a la conquista,

cuando uno de sus profetas, llamado Balam, se hizo célebre al anunciar la llegada de extranjeros blancos y barbudos, portadores de una nueva religión.

Enseguida, El Intruso se da cuenta de que su amigo esconde algo respecto de los lazos íntimos que desde su infancia lo unieron a un anciano de su pueblo, quien posee, según le habían dicho, un importante secreto.

A fuerza de habilidad, llega a conocer el nombre de ese viejo maestro: Chan Kin y se entera de que es portador de extraños poderes y de un secreto transmitido a él por sus antepasados. A su vez, debería comunicar ese mensaje al pueblo maya antes de morir, pues esta tradición oral se remonta, según se dice, a tiempos inmemoriales.

Después de algunos años, el rumor se había propagado, y en toda la región, e incluso en la frontera con Honduras y Guatemala, se hablaba mucho de ese ermitaño sexagenario a quien venían a ver de todas partes, hasta de la capital. El mismo Alberto recuerda haberlo encontrado en algún momento, pero ha olvidado su nombre y el lugar exacto donde vivía. Sólo guardaba en su memoria las palabras de ese profeta, quien según los indios, vivía como un sabio y según los extranjeros, como un brujo.

De hecho, la verdadera aventura del Intruso de inicia cuando el bombardero que tripulaba fue alcanzado por las balas, y Kin'Xoc quedó mortalmente herido. El joven indio murió en los brazos de su amigo, sin haber tenido tiempo de revelar el contenido de su mensaje.

Pero el Intruso, quien no había olvidado el nombre del viejo sabio, maduraba lentamente su proyecto.

Por eso, cuando termina la guerra, recién desmovilizado, parte a visitarlo en ese pequeño pueblo del estado de Chiapas, situado en el extremo sur de Yucatán, cerca de la frontera de Guatemala; en esa región cubierta de selvas espesas y poblada de tapires, iguanas y cocodrilos, también conocida debido a su abundante hidrografía como las ricas Tierras Bajas del Sur.

Cuando llega ante Chan Kin, el Intruso se arrodilla humildemente ante él. De inmediato se da cuenta que el hombre ha perdido la vista, y sin dejar pasar un segundo simula ser su amigo Kin'Xoc.

—Entra y siéntate —le dice enseguida el viejo, indicándole un lugar a su derecha. ¡Hace tanto tiempo que no tenía noticias tuyas!

Después, volviéndose hacia una joven cuyo perfil y ojos negros, profundamente hundidos, denotan su sangre maya, le dice:

—¡Niña, danos de beber!

El Intruso lo observa con atención. El viejo lleva una chamarra negra, una camisa blanca y sandalias de tiras de cuero en los pies. En ese momento, entra en la única pieza de la casa un vecino que pide le tome el pulso, porque está enfermo.

—Déjanos, paisano, mañana iré a curarte. No olvides preparar las velas de sebo, un litro de aguardiente, un gallo y flores.

Y dirigiéndose a su interlocutor, le recuerda sí, por casualidad, los años lo habían hecho olvidar que las tradiciones no se han perdido nunca en el pueblo.

—Como sabes, todos tenemos un animal que vive en la montaña y se nos asemeja en todo. Viene al mundo al mismo tiempo que nosotros y permanece indisolublemente ligado a nuestro destino. De algún modo, es nuestro *nahual* durante toda nuestra vida. Así, a medida que subimos en la escala social, nuestro compañero también adquiere poder. Todos los días busca qué comer, y cuando ha hallado su alimento, significa que su dueño también goza de buena salud. Pero si por desgracia cae en un barranco, entonces su dueño se enferma. Estos seres son invisibles y sólo se manifiestan por la noche, momento propicio para comunicarse con el mundo de los espíritus. Además, ellos informan a los jefes sobre la actividad de los miembros de la comunidad, su vida privada y su participación en los actos colectivos. De

hecho, su poder resulta inmenso, y sigue siendo un factor de control determinante para mantener el orden social y el respeto a las tradiciones.

Terriblemente impresionado por esas palabras, el Intruso intenta no dejar traslucir su emoción. Por lo oído, no hay duda alguna de que este hombre cree en la reencarnación. Para él, aunque las almas buenas se dirijan hacia la gloria y las malas hacia el *Metnal*, donde serán torturadas; todas, un día u otro, regresan a la tierra, encarnándose preferentemente en los recién nacidos. También ocurre que gran número regresa en los animales, en los torbellinos de viento o en una bola de fuego.

Este fenómeno, conocido bajo el nombre de nahualismo, tiene raíces muy hondas que se remontan a la noche de los tiempos, y el Intruso no lo ignora, todo lo contrario. También sabe que esta creencia varía ligeramente según las regiones. Así, en estas tierras bajas donde viven los chol, no sólo se atribuyen a los nahuales las enfermedades, sino todas las desgracias cuyo origen no puede explicarse.

Algunos detalles que no había tenido en cuenta al inicio de su encuentro, le parecen de golpe muy importantes. Chan Kin lleva con él una cerbatana, esa especie de instrumento mágico que simboliza la luz solar, con el cual puede lanzar el rayo y matar pájaros, sólo con soplar dentro. Todo en él es magia, y este poder que detenta está descrito en el *Popol Vuh*, desde la creación del mundo, los astros, los animales, los vegetales y el hombre. Está presente en todas esas luchas entre héroes mitológicos y fuerzas del mal que suceden antes de su metamorfosis en sol y luna. Es también la historia de su pueblo, el pueblo quiché, al cual se siente orgulloso de pertenecer.

—No hay que olvidar —añade el anciano— que todas las fuerzas nos vienen de nuestras divinidades, del dios de la selva *Kananka* y de otros dioses de la tierra que se enojan, según dicen algunos, por lo que han tenido que soportar en la superficie de la tierra. También los malos espíritus están presentes entre

nosotros, los *Cats*, que si bien son muy pequeños, te pueden atrapar por detrás y te dan dolores de cabeza. Para aplacarlos, hijo mío, ¿qué crees que hago? Les dirijo oraciones y ofrendas de copal y les pido, sobre todo, que sean pacientes conmigo.

Tras un instante de recogimiento, Chan Kín pregunta a su joven amigo:

—¿Estás listo ahora para recibir el mensaje que quería confiarte hace ya mucho tiempo? Los años me pesan, y me parece que al fin ha llegado la hora de revelártelo.

Y después de haberle reprochado su ausencia y su silencio, lo interroga respecto del calendario sagrado.

—Dime, ¿qué has hecho de tu tiempo?

—La guerra —responde el Intruso con voz turbada—. La guerra... pero, hermano, ¿sabes qué es la guerra? ¿Has oído hablar de ella?

Ya hacía algunos minutos que el sol se había puesto, cuando Chan Kin comienza a hablar.

—Soy el Noveno Señor, el último de los nueve dioses de la Noche. El último antes del fin del ciclo que debe llegar en el 2012, el domingo 23 de diciembre, exactamente. Pero antes habrá un gran período de inquietud y perturbaciones, en el cual los mitos recuperarán fuerza y vigor, mientras los dioses, con sus fuerzas creadoras o destructoras, se enfrentarán de nuevo en el mundo de los mortales. Y sólo después, dice la leyenda, llegará un renacimiento de la era maya.

”En verdad, te digo, con ese próximo ciclo se iniciará una nueva apoteosis, tan deslumbrante como la que conoció este pueblo entre los siglos VI y X. Sin dudas, ese proceso natural de vida y muerte de una civilización que sube al firmamento de la gloria para caer luego en el olvido más total, puede parecerte, en más de un aspecto, bastante desconcertante. Pero siempre ha sido así entre los mayas, quienes no han dejado de mezclar magia y ciencia”.

Chan Kin continúa:

—Somos los alquimistas del tiempo. Y como sabes, las huellas de ese tiempo se han guardado preciosamente en las estelas de nuestros monumentos, pues, para los mayas, lo que ya ha existido está destinado a repetirse.

"Nuestros antepasados imaginaron que el tiempo era llevado sobre la espalda de dioses. Cada dios lleva su fardo, el cual representa un período de tiempo. Cada período se simboliza por un animal divino. El pájaro es el fardo del dios 15, como el sapo, llevado por un niño, representa un mes, y un mono, un día.

"Así, se hallan inscritas en las estelas más de 1 450 000 jornadas, llevadas por esos dioses. Es posible imaginar que nuestros antepasados se sucedían en la eternidad y se relevaban pasándose sus fardos, pero como ciertas cifras eran benéficas, mientras otras malélicas, marcaban con su influencia todo el período que tenían a su cargo. De hecho, el destino de los mayas está ordenado como un naipe gigante. Te corresponde, hermano, saberlo descifrar".

El Intruso, quien ha escuchado con intranquilidad al anciano, se da cuenta que por el momento no sabrá más, pero ya ha tomado una decisión. Ha comprendido la importancia de esta escritura, que alcanzó su auge durante el período llamado clásico y fue llevada luego a su más alto nivel de complejidad. También sabe que hay mucho aún que aprender para poder descifrar los glifos mayas.

Algunos meses después de esta entrevista, se casa con una norteamericana y desaparece de México durante algún tiempo.

Su huella se pierde por un breve lapso, después se le encuentra en Estados Unidos, donde, cosa curiosa, sigue asiduamente cursos de epigrafía en la Universidad de Texas. Más tarde, él ofrecerá esos cursos. Después, la pareja se separa y el Intruso puede al fin dedicarse a cumplir lo que cree su destino.

Durante ese tiempo, Alberto se ha convertido en el primer arqueólogo graduado de la prestigiosa Escuela Nacional de Antropología e Historia de México.

Una vez terminada la guerra, solicita y obtiene del gobierno francés una beca para proseguir sus estudios en París, en la Escuela de Lenguas Orientales y en el Museo del Hombre.

VI París liberado

Desde su llegada a París, Alberto matricula para continuar sus estudios. Ha obtenido del gobierno francés una beca para perfeccionar sus conocimientos en Historia y Arqueología. Ahora trabaja en el Museo del Hombre, en el Palacio de Chaillot, Plaza del Trocadero, pero ya no reconoce ese barrio parisino, donde 15 años atrás podía todavía uno creerse en el campo. En el mismo lugar donde hoy se alzan lujosos edificios, ayer pastaban las vacas en las praderas. En París hay nuevas construcciones y calles en todas partes. Constata con nostalgia que incluso el barrio de Montparnasse, donde iba con frecuencia a pasear con su madre antes de partir hacia Cuba, se ha transformado por completo.

Tras haber sido durante mucho tiempo uno de los barrios más célebres de artistas e intelectuales de Europa, Montparnasse moría alrededor de 1918. Desde el fin de la Primera Guerra Mundial, los artistas, pintores, escritores y músicos se separaron en camarillas, cenáculos y falansterios. Montparnasse perdió al mismo tiempo su atmósfera y su razón de ser, y el barrio se llenó poco a poco de establecimientos más o menos lujosos y de grandes cafés modernos. Incluso La Coupole, el Dome y La Rotonda, en su época lugares reputados por la calidad de sus clientes, no conservan ya nada de su pasada

grandeza. Llegaron los burgueses, los estudiantes de dibujo y los artistas frustrados. Con ellos se mezclaron todos los bohemios que aún vivían en las esquinas. Y a partir de 1930, ese barrio de reputación mundial empezó a decaer rápidamente.

Para Alberto, París ya no es lo que era. Tras la liberación lo decepciona enormemente. La guerra ha arrasado con todo, los cuerpos y los espíritus. La capital ha sido arruinada espiritualmente por la contienda bélica; es una realidad que no escapa a nadie, y el ambiente de esta ciudad, que tanto ha amado, ya no resulta el mismo. Sin embargo, aún flota un hálito sobre el Barrio Latino, un viento de ligereza y surrealismo que él sabe apreciar. Sigue los cursos en la Escuela de Lenguas Orientales y en el Instituto de Arqueología. Pero las nuevas mentalidades no le gustan, y cuando lo dice, sabe de qué está hablando.

Todos los extranjeros que han ido a París conocen cuán exigente es esta ciudad, y han aprendido por sí mismos que, si por desgracia la abandonan un día, por algún tiempo, ya no la volverán a encontrar como antes. Como una bella mujer, la ciudad no soporta la idea de ser abandonada, aunque fuese por un instante. Traición o capricho, o incluso olvido pasajero, en verdad esta metrópoli artística no soporta ninguna infidelidad. Alberto no ha tenido apenas tiempo de pensar en ello, su trabajo lo absorbe por completo.

Aun así, México es como una novia ausente, en la cual piensa a menudo. Su sensualidad, sus colores, sus olores, su música, su folclor, la belleza de sus escenas cotidianas, la riqueza de sus tradiciones que se fija en los menores gestos y costumbres; en fin, su clima, su vegetación grandiosa tan diferente en el Norte y en el Sur, su atmósfera doliente y anárquica: todo le falta con nostalgia.

Por ello se sumerge fascinado en la obra de los exploradores, como Désiré Charnay, el conde Jean-Frederic Maximilien de Waldeck, Guillermo Dupaix y el abate Brasseur de Beaubourg, quienes cobran para él una

dimensión muy distinta. Sobre todo, el pintoresco relato de John Stephens a través de Yucatán y otras regiones mayas fascina al joven Alberto. Las descripciones de la vida en América Central, incluso un siglo después, siguen llenas de encanto. Y la personalidad exaltada de Stephens, aventurero idealista y científico de un rigor notable, tiene todo lo necesario para seducirlo. No cesa de releer sus *Incidentes del viaje por América Central, Chiapas y Yucatán*, obra plena de verdades y observaciones agudas: “Vivimos una época en la cual el espíritu quiere echar a un lado los fantasmas y llegar a la verdad”. Y añade: “No hay razón para ir a buscar en una antigua nación del Viejo Mundo a los constructores de estas ciudades, que no son obra de pueblos desaparecidos y cuya historia se ha perdido, sino que hay fuertes razones para creer que han sido creadas por las mismas razas que habitaban el país en la época de la conquista española, o por antepasados muy cercanos: [por eso] no puedo dejar de creer que las tablillas jeroglíficas se descifrarán un día”.¹⁷

Mucho tiempo después de haberse escrito, esas pertinentes reflexiones tendrán gran influencia en su vocación de arqueólogo.

Resulta que de todas las minas visitadas, Palenque sigue siendo para los viajeros del siglo XIX un lugar excepcional, y Alberto comprende de inmediato que esta ciudad no es ajena a la fascinación que la selva virgen ha ejercido sobre todos esos aventureros. Pronto valora su relevancia, considerándola como la mayor escuela humana. Es el único lugar en el mundo donde el hombre, con cada uno de sus gestos y actos, afirma su condición humana. Pues allí todo resulta esencial y nada, fortuito.

Pero cuando abandona con pesar sus lecturas y echa una mirada a la sociedad que le rodea, se siente atrozmente amargado. Nada le recuerda ese país de donde

¹⁷ John L. Stephens: *Incidents de voyage en Amérique Centrale, Chiapas, Yucatán*. Traducción francesa en Jácques Soustelle: *Les Mayas*, Flammarion, París, 1982, pp. 228-229.

viene, y mucho menos, sus raíces cubanas. Así, halla a los parisienses arrogantes, excitables, y en general no comprenden en absoluto a los habitantes del Nuevo Mundo. No entienden su lenguaje, su humor, su lentitud, sus hábitos despreocupados, su manera de moverse, de trabajar, de disfrutar de lo cotidiano. Todo a su alrededor le sorprende, y le irrita no poder recuperar al niño y adolescente que una vez fue. ¡Hasta el perfume y la elegancia de las mujeres de la capital han desaparecido! Hasta ese descuido de los parisienses que creaba cierta alegría de vivir en los bellos barrios de la capital, y la presencia familiar de las calesas en las calles: en verdad, todo ha desaparecido, y ello lo conmueve hondamente.

Inquieto al comprobar el vacío que se hace a su alrededor, se interroga de golpe para saber si es él o la época quien de tal modo ha cambiado. ¡Ah, su abuelo y su padre ya no están para testimoniar sobre lo que han conocido y amado, ellos eran más franceses que cualquier francés de cuna! Su abuelo, sobre todo, era con mucho el más integrado de los miembros de la familia.

Él escogió con plena libertad su país de exilio, lo que no había sido en modo alguno su caso. Claro que había nacido de madre francesa y en suelo francés, pero, a su juicio, el azar del nacimiento no bastaba para crear lazos suficientes. El hecho de no haber podido decidir por sí mismo, cuando era joven, vivir en el país de su padre o de su madre, lo dejaba lleno de dudas y ambigüedades infinitas. Nadie podía cambiar eso

Por ello, con el corazón lleno de una inmensa nostalgia y como para hacerse perdonar el camino que decidió seguir desde casi 17 años, parte tras las huellas de su padre, muerto súbitamente en Dordogne a la caída de una cálida tarde de mediados de mayo de 1936, en su propiedad de Cros, en la comuna de Saint-Antoine d'Auberoche. El pueblo, en el fondo de un valle, parece haberse puesto a tono con su pena, y se hace muy pequeño, como para enmascararla mejor. Allí todo está en

calma, y en la pequeña plaza central, tras un murito, la alcaldía y un cafetín colindan con la iglesia. Sólo al bajar la pendiente puede verse, tras una cortina de árboles cuyo follaje rojo desdibuja el pórtico, el campanario de la iglesia, que se yergue altivo por encima de la fronda.

Alberto no se demora mucho en esas callejuelas desiertas a la hora de la siesta. Un perro sale corriendo junto a un muro, mientras un gato ronronea cerca de una maceta de geranios en el borde de una ventana, y las cortinas blancas tras las ventanas sucias se separan cuando él pasa. Pregunta por el cementerio.

“A la derecha, a la salida del pueblo”, le responden lacónicamente. Estamos en el campo, y el camino es fangoso, el cementerio horrible, con sus escasas tumbas apenas más numerosas que las casas del pueblo y sus manchadas flores artificiales aquí y allá, en floreros que parecen orinales sobre el terreno desnudo. Por suerte, su padre no ha sido enterrado aquí, solo, en esta Francia del interior, en algún lugar en medio de campos labrados, teniendo por horizonte un cielo bajo sobre el cual se recorta una hilera de pinos sombríos y demasiado juntos. Pues, ¿quién de sus amigos o de sus seres queridos habría hecho todo ese camino para meditar piadosamente ante su tumba? Por eso, al día siguiente de su muerte, un 18 de mayo, lo llevaron a París, a la sepultura familiar del cementerio de Saint-Ouen, donde están reunidos muchos miembros de su familia, junto a su abuelo y su abuela. Sólo esperan a su madre para cerrar el panteón.

Cuando regresa de Dordogne, va al cementerio parisiense de Saint-Ouen, a visitar la tumba número 23, situada en la sexta división, en la quinta hilera. Para un paseante cualquiera —sobre todo, si es extranjero—, resultaría más difícil hallar en una de esas necrópolis a un muerto que a un vivo, dada la cantidad impresionante de sepulturas idénticas alineadas unas junto a otras.

De pronto, Alberto piensa que nunca habría podido encontrar a los suyos, si, por desgracia, hubieran

omitido grabar en la piedra esa inscripción, la única que nos diferencia de nuestros semejantes, o sí el tiempo la hubiera borrado. Nunca el anonimato le ha parecido tan evidente, y tras haber buscado durante largo rato contando hileras y avenidas, de golpe se detiene al leer sus apellidos: Familia Ruz-Dauvin. Pero no se siente tranquilo. ¿Qué pérdida de identidad sufrimos? Este sentimiento le parece a la vez ridículo e irrisorio; mas, no vacila en arrodillarse ante la losa funeraria. Algunos segundos más tarde, retrocede en el tiempo.

Tiene 12 o 13 años cuando su padre lo lleva de vacaciones a esa región de Francia tan bella y verde, henchida de ríos subterráneos y de impresionantes cuevas. Sobre todo, la cueva de Lascaux, que cuatro jóvenes acaban de descubrir por casualidad, mientras estaban buscando a su perro que había desaparecido en un agujero. Además, hay muchos abismos por explorar; el de Padirac, por ejemplo, hallado por el espeleólogo Martel a fines del siglo XIX, que se abre en la masa calcárea de las mesetas de Quercy hasta una profundidad de 75 metros. Descendieron hasta el fondo, y Alberto recuerda que desde abajo la vista era impresionante: entre las paredes cubiertas de estalagmitas y vegetación se recortaba un pedazo de cielo.

Su padre le cuenta que todas estas cuevas servían antaño de refugio natural a hienas y osos para protegerse del frío. Le dice que los hombres las habitaron, alrededor de 10 000 años atrás. Y Alberto se pregunta si no fue simplemente allí, durante esos paseos por esos laberintos subterráneos, en medio de esas selvas de estalactitas y de piedras que semejan tubos de órgano, donde nació su vocación de arqueólogo. Además, para los investigadores del mundo entero, las cuevas no representan en general los infiernos, sino el regazo de la tierra madre, generadora de toda vida.

Antes de partir de México, había visitado numerosas grutas en Yucatán, especialmente las de Balancanche, a algunos kilómetros de Chichón Itzá, un antiguo

santuario de la época tolteca. En las galerías se habían descubierto numerosos lugares de sacrificio, ofrendas e, incluso, vasos rituales en que antaño quemaban incienso.

Pero cada vez que había ido bajo tierra, había tenido la misma aprehensión, temiendo que sus terrores de niño lo asaltaran de nuevo. Estaba poseído por la idea de que las bandadas de murciélagos se descolgarían bruscamente de las paredes y, saliendo de los rincones más sombríos, volarían con un ruido infernal, aferrándose de manera desesperada a sus cabellos. En vano intenta razonar. Nada ha cambiado con los años; esos pequeños mamíferos eran demasiado horribles con sus alas membranosas y su cuerpo atrofiado que recordaba el de un ratón, otro pequeño animal que desencadenara sus temores juveniles. Además, dicen ser portadores de histoplasmosis, enfermedad pulmonar muy grave y con frecuencia mortal, cuyo germen contagioso se deposita y desarrolla en sus excrementos. Según el *Popol Vuh*, todo un clima de misterio los rodeaba.

“Entonces lo empujaron hacia la Morada de los Murciélagos. Estaba infestada de enormes bestias, vampiros con nariz de obsidiana, nariz fatal, y todos chillaban alrededor de *Hunahpu Chbalanké*. Y allí, dormía con su cerbatana, y no pudieron morderlo. Entonces se abandonó a un extraño vampiro, caído del cielo. Ese vampiro es una revelación, un misterio”.¹⁸

Resulta curioso que la región que había escogido su padre para morir estuviera llena de orificios. Para Alberto, no constituía una casualidad, sino un presentimiento. Desde que vivía en México, había aprendido muchas cosas, y, sobre todo, que en la cultura maya las aberturas naturales de nuestro mundo, las cavernas, los barrancos y las grietas, eran los oídos de la tierra.

Lanzando una última mirada nostálgica a ese Pueblito encerrado en el valle, se pregunta de nuevo si el

¹⁸ Adrián Chaves: ob. cit., pp. 109-110.

cielo —como le decía a menudo su padre— era allí más luminoso que en otros lugares, y si las aguas de los ríos, más rápidas y cantarinas. En su lugar, él no habría podido responder. De hecho, esas pequeñeces le bastaron a su padre para detenerse ahí por un tiempo. La elección de un sitio o de un lugar para depositar en él su alma es todo el misterio de una vida. Siempre hay uno, en algún rincón del mundo.

Más tarde comparte con su madre los preciosos instantes que le quedan. Serán cortos: el fin del año universitario se aproxima. Una vez terminados sus estudios, se embarca de nuevo hacia México.

VII

La fascinación de Palenque

Desde su regreso, la primera visita será para Palenque. Esta ciudad colgada de los primeros contrafuertes de la Sierra de Chiapas le fascina, no sólo por ser un sitio arqueológico excepcional, sino por el relieve natural de esos lugares que sus habitantes han sabido utilizar para que templos, palacios y pirámides se ordenen armoniosamente en terrazas escalonadas. Lo que más le sorprende, al volver a ver estas minas, es la asombrosa similitud de esos monumentos con los encajes en piedra de Angkor Vat; en especial, en los delicados ornamentos de estuco de esos templos cuya reconstrucción viera en la famosa Exposición Colonial de Marsella en 1922. Todo le recuerda las construcciones del sudeste asiático: las pirámides escalonadas, las escaleras monumentales, esos templos de altos pórticos y esos muros ornados de balaustres. Aunque no ha ido a Ankor —un viaje muy largo y costoso— no se explica cómo esas dos ciudades kmery maya han podido nacer y desarrollarse en un entorno idéntico, en pleno corazón de la selva virgen, en medio de una jungla hostil e impenetrable para los hombres.

Durante su estancia en Francia, Alberto estudió la *Historia de Yucatán*, escrita por el obispo Diego de Landa alrededor de 1560, verdadera mina de informaciones acerca de los indígenas, sus costumbres, sus creencias re-

ligiosas y que incluye, además, una descripción detallada del calendario maya, ilustrado con dibujos de glifos, precioso trabajo que permitiría su desciframiento a otros arqueólogos más eruditos. También lee todas las obras, más o menos históricas, de esos grandes aventureros y brillantes exploradores, quienes difundieron alrededor de 1784 teorías inverosímiles y poco realistas en tomo a los orígenes de las grandes civilizaciones precolombinas, y los informes ilustrados sobre la gran ciudad de Palenque, cuyas minas acababan de descubrirse por el capitán español de artillería Antonio del Río. Para estar seguro de que esas notas no serían olvidadas y relegadas en los polvorientos archivos de México, ese militar de carrera hace saber de viva voz a su soberano Carlos III las razones de su orgullo: “A fuerza de perseverancia, hice todo lo necesario, de modo que no queda una sola ventana o puerta bloqueada, un muro que no haya atravesado, una pieza, un corredor, un patio, una torre o un pasaje subterráneo en los cuales no se haya practicado una excavación profunda de dos o tres varas”.¹⁹

Tras haber descifrado con gran interés el *Popol Vuh*, salvado de la destrucción por el abate Bresseur de Beaubourg, se sumerge con pasión juvenil en una *Descripción de Palenque*, de 1807, redactada por el capitán Guillermo Dupaix.

Recuerda que como Del Río, este último hablaba de grandes losas cubiertas de jeroglíficos, que había tomado por Tablas de la Ley. Lamentaba no poderlas copiar, porque —según decía—, el agua se había filtrado por las juntas y las había cubierto de un barro espeso que hubiera sido necesario limpiar.

Si este explorador resultaba uno de los pioneros más serios de la arqueología maya clásica, era sin discusión gracias a los dibujos de su acompañante mexicano, Lucia-

¹⁹ J. E. Thompson: *Grandeur et décadence de la civilisation maya*, Éditions Payot & Rivages, Paris, 1993, p. 41.

no Castañeda, sobre los cuales el propio Chateaubriand se extasiaba escribiendo: “Caí en reflexiones melancólicas, nacidas por el aspecto de esos monumentos pomposos que antes de su caída, dominaban los bosques, y que ahora tienen selvas sobre sus techos derrumbados”.

El brillante hombre de letras proseguía: “Que se envíe una cohorte de sabios a México para estudiar las minas de Palenque y de Mitla (...) De la exploración de tales hombres, habría razón para esperar muchas luces”.²⁰

Pero entre todos los relatos de viajeros acerca del Nuevo Mundo, sobre todo *Incidentes del viaje a América Central, Chiapas y Yucatán* de John Stephens, fascinó al joven Alberto. El autor era un joven diplomático norteamericano, natural de Nueva Jersey y graduado de la Universidad de Columbia, quien había soñado con partir un día a visitar a lomo de muía las minas mayas, cuya descripción ya había leído en el *Viaje pintoresco* de Waldeck. Al saber que el puesto de representante diplomático de Estados Unidos en América Central estaba vacante, solicitó su nombramiento, pese a la sangrienta guerra civil que desgarraba el país. Así, este aficionado, enamorado del arte, de los viajes y de los descubrimientos, se embarcó a bordo del *brick Mary Ann* con un amigo inglés, Frederick Catherwood, arquitecto y dibujante de gran talento. Apenas llegado a Palenque, describía sus impresiones de este modo:

“Desde el Palacio ningún otro edificio es visible. Pasando por lo que llamamos los subterráneos, se desciende a la esquina suroeste de la terraza y al pie inmediatamente se eleva una pirámide en minas, que parece haber tenido escaleras en todos sus lados. Estas escaleras fueron destruidas por los árboles y es necesario trepar sobre las piedras agarrándose de las ramas para ayudar a los pies (...)

”Las ruinas y la selva nos causan una honda e inolvidable impresión, pero nuestro objeto es presentar

²⁰ Alphonse de Chateaubriand: *Oeuvres Romanesques el Voyage en Amérique*, Gallimard, París, 1969, t. 1.

el edificio reconstruido como tema para especulación y comparación con la arquitectura de otras tierras y de otros tiempos”.²¹

También existió la misión de Désiré Charnay, joven investigador francés que durante su primera visita a Palenque en 1857, intentó descifrar la clave de esa escritura y el origen de esos pueblos. He aquí lo que escribió cuando regresó en 1887: “Dichoso quien pueda encontrar la clave de esta escritura, muda ahora, y que nos dirá quiénes fueron esos pueblos de los que el origen da lugar a las hipótesis de lo más contrarias. Los pilares de este templo conservan aún los estucos en bajorrelieve que los cubrían de arriba abajo”.²²

Veinticinco años más tarde, de nuevo en Palenque, volviendo a ver el monumento que tal impresión le había causado, dirá:

“He aquí el Templo de las Inscripciones, el más interesante de los templos conocidos de Palenque. Está situado en el ángulo suroeste del Palacio, sobre una pirámide de alrededor de 15 m de alto. Tiene 23,40 m de frente sobre una profundidad de 7,80 m (...)

"Llaman a este edificio templo, aunque no posee santuario, y Templo de las Inscripciones porque contiene, tanto en la galería como en la pieza interior, grandes lápidas cubiertas de inscripciones”.²³

En su diario de viaje, al referirse sin dudas a otro templo, Charnay hablará de un extraño subterráneo que, en su opinión, pasaría bajo el altar del Templo de la Cruz: “Aparte de la cámara que contiene el altar, el templo comprende otras dos, a derecha e izquierda del santuario.

²¹ John L. Stephens: *Incidents de voyage en Amérique Centrale, Chiapas, Yucatán*. Traducción de A. Ruz Lhullier, París, 1949, pp. 285-291.

²² Désiré Charnay et Viollet-Le-Duc E. E.: *Cités et Ruines Américaines*, París, 1863, p. 345.

²³ Désiré Charnay: *Les Anciens villes du Nouveau Monde, Voyages d'exploration au Mexique et dans l'Amérique Centrale*, París, 1885, p. 209.

El cuarto de la izquierda penetra por una escalera en un subterráneo que se extiende precisamente debajo del altar descrito. Probablemente, el sacerdote, oculto en esa cripta ignorada por los fieles, dijera en alta voz sus oráculos que el consultante creía ser la voz de los dioses”.²⁴

Alberto fue el primero en asombrarse, aunque para él ya no había vacilación alguna. Muy impresionado por el Templo de las Inscripciones, este explorador de seguro había confundido, en el momento de redactar su informe, el Templo de las Inscripciones con el de la Cruz. Cuando algunos años más tarde, Ruz busque en ese pequeño templo el secreto escondido, no encontrará nada. Pero sus detractores le reprocharán con frecuencia haber avizorado un misterio que nunca quiso revelar, el cual lo conducirá, 70 años después del viaje de Chamay, al famoso descubrimiento de la tumba.

A fines de siglo, Alfred Maudslay, caballero británico, hizo el levantamiento de los principales edificios escondidos bajo los montículos, y describió poco a poco, a medida que avanzaban los trabajos, los muros de las terrazas, hechos con piedras talladas. Sus investigaciones, efectuadas de 1881 a 1894, se realizaron con el mayor rigor científico; trátase de los mapas, los planos y los cortes que trazó, o las numerosas fotografías de estelas, o los dibujos de jeroglíficos que ejecutó con gran precisión. Siempre haciendo referencia al Templo de las Inscripciones, se preguntaba: “Los agujeros cuadrados de los muros que se ven en el plano no atraviesan completamente dichos muros (...) Hay agujeros perforados en la superficie inferior de las piedras de cierre del techo, tal vez con el propósito de colgar lámparas. En el exterior del edificio, la orilla del arquitrabe fue horadada con agujeros, siendo los del lado norte más grandes que los otros”.²⁵

²⁴ Désiré Chamay et Viollet-Le-Duc, E. E.: ob. cit., pp. 419-420.

²⁵ Alfred P. Maudslay: *Biología Central-Americana*, vol. IV, 1887; *Arqueology*, Londres, 1902, pp. 26-27.

Luego le llegó el turno a William Holmes de visitar Palenque en 1895, y de extasiarse ante ese templo: “Ésta es la más grande y más importante inscripción mural encontrada en América y está en el estilo usual de caracteres y bajorrelieve”.²⁶

No fue hasta 1922 que el gobierno mexicano se interesó de manera oficial en Palenque, y nombró al arqueólogo danés Franz Blom director de antropología de ese sitio. Este último, al referirse a su vez al Templo de las Inscripciones tantas veces descrito, se dedicó más en particular a la losa perforada, situada en el piso del santuario, que cerraba la escalera interior, y de la cual nadie adivinaba su función. Intrigado, anota: “En el cuarto posterior de este templo, el piso está hecho de grandes lápidas de las cuales una tiene dos filas de agujeros perforados, que solían cerrar con tapones de piedra. No puedo imaginarme para qué servirían estos agujeros”.²⁷

Con la mente llena de sueños e informaciones, Alberto sabe ya que en Palenque, ese lugar mítico descubierta antes que los demás, entre la llanura pantanosa de la bahía de Campeche y las primeras estribaciones de Chiapas, va quedar trazado su destino. Más allá de los relatos de viajeros que se remontan al siglo XVIII y que han hechizado sus noches parisienses, guarda en su memoria sobre todo las imágenes, las pinturas y los dibujos, como los de Waldeck, alumno de David.

Este singular personaje, quien participó con Bonaparte en la expedición a Egipto, llegó a Palenque en 1832. Allí vivió más de un año, pero como ya tenía

²⁶ William H. Holmes: *Archeological Studies among the Ancient City of México*, Publicación 16, Anthropological Series, vol. I, no. 1, Chicago, 1897, pp. 186-188.

²⁷ Franz Blom: *Les Ruines de Palenque, Xupá y Finca*, Archivo del Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1923, pp. 177-178.

66 años, las condiciones le resultaron muy duras. Al principio, acampó en la pobre aldea india; después en medio de las minas, al pie del Templo de la Cruz. Todo el tiempo que duró su estancia, pese al calor agobiante y a todo tipo de picadas de insectos y mosquitos, se apasionó por esos monumentos, bajorrelieves y jeroglíficos. Cada día, se le veía pasearse solo por la ciudad, limpiando los muros esculpidos, levantando piedras caídas, dibujando sin cesar las fachadas decoradas de estuco, totalmente eufórico por la mañana y deprimido por la tarde.

Sin embargo, la conclusión de sus observaciones resultó fantasmagórica, pues su imaginación veía, por todas partes y en todos los monumentos, cabezas de elefantes, estatuas y vestigios egipcios. En cuanto a sus personajes, se asemejaban más a los de la leyenda griega o egipcia que a divinidades mayas. Y cuando se trataba de representar los edificios de Palenque, el dibujante daba rienda suelta a su imaginación. Tenía la impresión de descubrir por todas partes vestigios egipcios, y hasta llegaba a ver extrañas cabezas de elefantes en los muros cubiertos de glifos. Todo lo divertía, todo le encantaba. Añadía alegremente volúmenes imaginarios encima de una puerta del Palacio para aligerar, decía, la masa del techo. Animaba sus cuadros con personajes bíblicos desnudos o a medio vestir. Y como para forzar lo imaginario y crear un clima de evasión, ponía en el mismo medio de las ruinas combates míticos de animales simbólicos, como una serpiente y una iguana.

Alberto recordaba aún mejor las ilustraciones de Frederick Catherwood, quien había acompañado a Stephens como dibujante, pues al niño de entonces le habían parecido mil veces más poéticas y románticas que las de Waldeck. La evasión era total en la selva virgen, omnipresente, misteriosa y envolvente. Había cuadros idílicos de escenas campestres, con indios de piel bronceada, cubiertos con un sombrero, que preparaban la tierra, cortaban madera o encendían fuego bajo la

mirada benévola de europeos vestidos de blanco y con sombrero de Panamá. También había escenas de caza, como la pintada al pie de las minas de *Izamal*, donde un cazador blanco, armado con un fusil y acompañado por un indio de torso desnudo, perseguía un jaguar que huía hacia la selva.

En fin, recuerda haber soñado acerca de esas primeras fotografías de exploradores, tomadas después de la aparición del daguerrotipo. Fotos de minas, de hombres y de mujeres mayas; aquí un campamento en la selva, allá un mercado en la pequeña ciudad de Mérida, o un joven indio sentado, con un fusil en la mano, sobre la bóveda del Templo de las Inscripciones en Palenque.

Con el paso del tiempo, Palenque se había convertido en su lugar predilecto. Una espesa selva virgen de tipo tropical recubría ese sitio magnífico con su espeso manto, con sus árboles de 30 a 40 m de alto y sus variados olores: ceibas, cedros rojos, zapotes, árboles del caucho y palmeras, a cuya sombra crecía y proliferaba un universo de lianas, helechos y arbustos en ese otro bosque húmedo, donde reinaba una profunda penumbra. En cuanto a la fauna, era tan rica que resultaba difícil imaginar todas las especies que habitaban la selva maya: el jaguar, el tapir, el ciervo, el pécari, el jabalí y los monos que rivalizaban con multitudes de pájaros; tucanes, loros, innumerables reptiles e insectos.

Como un relámpago, Alberto tiene el curioso presentimiento de que ahí, en ese escenario mágico con la montaña de fondo, siempre coronada de nubes, pasará los más bellos años de su vida. Y si la magnitud de la tarea le parece a primera vista abrumadora, no le importa. El sector de las excavaciones sólo tiene unas 15 ha: todo el resto está aún oculto por la jungla.

Antes de dedicarse a la restauración de la pirámide del Templo de las Inscripciones, lo cual le exige una preparación minuciosa, una asiduidad y una libertad total,

observa que la crestería, elemento puramente decorativo que debía descansar en el muro mediano del edificio, se ha hundido. Alberto no sabe todavía muy bien las verdaderas razones de esta mutilación: sea resultado del tiempo o de las lluvias, o de revueltas contra los dirigentes en el poder. En cuanto al significado de ese motivo decorativo, alta armadura de albañilería recubierta de estuco modelado y aquí calado, cree que sirve para ofrecer menos resistencia al viento y también para aligerar de manera notable el templo y hacerlo más elegante, al reducir la desproporción entre el basamento inferior y la superestructura.

Después sigue excavando alrededor del palacio y del templo, liberando la explanada del juego de pelota y las estructuras de los tres templos del grupo norte, que están al pie de la zona de las colinas. Piensa que las ruinas se extienden por un área considerable que puede tener de 6 a 8 km de Este a Oeste, y que numerosos vestigios de tumbas y monumentos están aún hundidos en la selva por muchos kilómetros alrededor del centro ceremonial. A veces, no sabe bien si los enormes árboles de unos 30 m sostienen los muros de las construcciones o al revés. Sus raíces infiltradas desde siglos atrás en los paramentos de las pirámides, han hecho estallar con frecuencia los monumentos y, ante su presión, lienzos enteros de estructuras de albañilería se han derrumbado, mientras las lianas, cada vez más activas, trepan por todas partes, entran en las galerías, salen por las ventanas y escalan los techos.

Sobre las minas flota un ambiente extraño, como si la memoria no quisiera olvidar lo que ha ocurrido allí. Cómo explicar que un buen día todo se haya detenido bruscamente y esta maravillosa ciudad se haya descompuesto poco a poco por la humedad tropical, en medio de los cantos de los pájaros, los cotorreos de los papagayos y los chillidos de los monos.

Según Alberto, nada parece vincular lo que fue ayer con lo que sucede hoy. Resulta bien curioso que un pueblo haya desaparecido con toda su élite, y que

una civilización sea aniquilada de un solo golpe con toda su cultura: escritura, matemáticas y astronomía. Por primera vez, en América Central se constata una especie de cesura profunda entre el pasado y el presente; ruptura que perduraría hasta nuestros días, misteriosa y turbadora a los ojos del arqueólogo. Testimonio de ello es la lacerante soledad que encierran estos grandes edificios de piedra frente a la oculta agresión de la exuberante selva virgen.

Aunque fascinado por ese escenario surrealista, Alberto no está menos consciente de la gravedad de los problemas que se le van a presentar. Para evitar dar pretextos a sus enemigos potenciales, decide participar en otras excavaciones. Primero en Monte Albán y en Monte Negro, en el estado de Oaxaca; luego en Tula, en el estado de Hidalgo. Pero, enseguida, su inclinación por la civilización maya le hace regresar a Yucatán, donde están los principales edificios de estilo *Puuc* que marcan el apogeo de la arquitectura maya. En un área que no sobrepasa los 200 km de longitud se agrupan sus realizaciones fundamentales, como *Uxmal, Kabah y Labná*. Le esperan trabajos de excavaciones y reconstrucción iniciados en 1943; en especial, en Uxmal, situado en el Noroeste de Yucatán, uno de los sitios arqueológicos más espectaculares de la península.

Alberto se deja hechizar por la contemplación de ese conjunto urbano maya y por la gigantesca dimensión del sitio, donde vastas zonas no cercadas por la selva virgen han podido rescatarse con bastante facilidad. Por supuesto, no halla ni el encanto ni el exotismo frondoso de la gran selva tropical que constituye la belleza de Palenque. Pero el paisaje llano le permite abarcar de un solo golpe esas complejas edificaciones de piedra calcárea blanca, que se destacan sobre el verde de las praderas. Diseminados por la llanura, esas largas barras horizontales de gran sobriedad están construidas sobre plataformas y dotadas de grandes tramos de escaleras monumentales.

Trabaja en lo esencial en el Palacio del Gobernador y busca, ante todo, saber cómo pudo edificarse la explanada que lo soporta. Se trata de un terraplén que mide 180 m de largo por 154 m de ancho y unos 12 m de altura. Se da cuenta de que ese montículo no es totalmente artificial, pues en el centro de la explanada descubre roca natural. De inmediato imagina todas las dificultades enfrentadas durante la construcción de este basamento colosal, y las idas y venidas de los obreros cargados de más de 50 kg de materiales, que debían ir a buscar a una distancia de 1 o 2 km a la redonda.

Las investigaciones efectuadas por los arqueólogos le revelan que hacían dos viajes por hora y trabajaban hasta diez horas por día. También aprende que debían ser, al menos, 2 000 los dedicados a este tipo de tareas, en que el factor tiempo desempeñaba un papel primordial, ya que la estación de las lluvias impedía un rendimiento continuo, y había que evitar todo hundimiento del terreno, lo cual hubiera provocado fisuras en los muros y en las bóvedas.

Tras muchos meses de excavación, Alberto sólo tiene un deseo: regresar lo más rápido posible a Palenque. Pero su entusiasmo es sometido entonces a una dura prueba. El agudo canto de un pájaro nocturno que escuchó la víspera de su partida le parece de mal augurio. Y sin que pueda explicarse la razón ni una sola vez, su regreso se verá bruscamente jalonado por emboscadas y acontecimientos que más tarde se revelarán dramáticos.

Aunque nunca quiso creer en el mal de ojo, resulta realmente curiosa la sucesión de obstáculos con que tropieza. Al inicio mismo, está ese accidente ocurrido en la ruta de Uxmal a Palenque, ocasionado por falsos testimonios que lo acusan erróneamente de haber atropellado a un peatón. Se abre un proceso, que gana con bastante trabajo. Luego ocurrirá otra cosa. Cada vez se crean nuevas pruebas, se inventan nuevas historias y los rumores corren rápido a través de Yucatán.

Así, su viaje a Palenque, especie de travesía por el limbo, se transforma pronto en búsqueda inicial. Una fuerza sobrehumana lo empuja hacia adelante, como ese dios de la muerte que ve grabado en los glifos de todas esas minas, que camina, ciego, acompañado por su perro blanco con manchas negras, encargado en la mitología maya de guiar a su dueño al más allá y de ayudar al difunto en su viaje al otro mundo. Todos estos hechos constituyen para él presagios que fortifican su determinación y su voluntad de llegar hasta el final de lo que cree cada vez más que constituye su destino. Si es necesario, descenderá hasta las mismas entrañas de la tierra, hasta el nivel más bajo, el Metnal, lugar sombrío a donde sólo se llega tras haber recorrido un largo y penoso camino sembrado de peligros.

Ya de vuelta al sitio de su predilección, sin dar importancia a los rumores que rodean su regreso a Palenque, se pone de inmediato a trabajar. Nunca dirá una palabra en tomo a lo que calificará de incidentes en el camino, e indiferente por completo a lo que se trama a su alrededor, prepara amorosamente sus diez temporadas de excavaciones, que se desarrollarán durante diez años en meses bien precisos, cuando el clima sea más fresco y menos lluvioso.

Desde finales de marzo de 1949, comienza su primera temporada, que durará hasta finales de junio. Hay que empezar por cortar todos los árboles y arbustos que, durante siglos, han crecido de modo desordenado alrededor del Templo de las Inscripciones, y desbroza con minuciosidad los flancos de esta pirámide recubierta por una espesa vegetación, a través de la cual aún no se percibe ningún elemento arquitectónico. Pacientemente, día tras día, desbroza el montículo escondido bajo la vegetación. Después de una jomada de excavación, cuando se siente especialmente cansado, Alberto vuelve a pensar con cierta nostalgia en esos relatos de los primeros viajeros que no hallaron mejor solución que quemar la selva, para que

revelara los tesoros que aún escondía. Los daños fueron numerosos y en ocasiones, catastróficos.

Una vez terminado ese primer trabajo, se dedica a consolidar y restaurar el basamento y la parte superior del Templo. Sabe que muchos edificios precolombinos ocultan estructuras más antiguas, por eso busca enseguida indicios de construcciones superpuestas. Hallará tres: tres cuerpos de pirámide, que sólo son en realidad las modificaciones sucesivas al edificio original, o más bien, las fases de realización de un único y mismo proyecto.

De pronto, algo atrae su atención en el piso superior del Templo: la rara existencia de una lápida, perforada con agujeros cónicos cerrados con taponés de piedra. Este descubrimiento lo lleva de inmediato 23 años atrás, cuando Franz Blom, intrigado por esos agujeros, había meditado sobre el asunto sin llegar a elucidar su misterio. Lo primero consiste en liberar esa piedra plana de los cascotes que la cubren, lo que le permite constatar además que la lápida no marca el final inferior de los muros del templo, sino que se hunden en el cuerpo de la pirámide. Pide entonces a los obreros que vacíen el hueco lleno de piedras y albañilería, y al momento constata la presencia de una escalera interna bajo el emplazamiento de la lápida. Esa escalera abovedada se hunde en la pirámide hasta las entrañas de la tierra. Hasta los infiernos.

Durante sus temporadas de excavaciones, Alberto desciende cada vez un poco más. Antes que él, nadie ha tenido el coraje de retirar esos escombros y perseverar en la misma vía. Por eso se siente feliz cuando, a menos de un metro de profundidad desde el nivel del suelo, descubre una piedra horizontalmente alargada, perpendicular a los muros y sellada por sus extremidades a los paramentos. Dos meses más tarde, y 2 m más abajo, aparece bajo el piso una escalera, y luego otra más. Con el correr de los meses, de las estaciones, de los días y de las horas que van a seguir, ya son objetos los que recoge del suelo, a todo lo largo de la escalera; un

botón o adorno de hueso y cajas de ofrendas hechas de mampostería adosadas a la pared. Por último aparecen, un poco más abajo, otros objetos, pequeños descubrimientos que le encantan y no desdeñables.

Al terminar la primera temporada, ya están a 8 m de profundidad bajo el piso superior. Y mientras se logra liberar la escalera exterior de la parte central de ese Templo, compuesta en total de 60 peldaños, repartidos en cuatro tramos separadas por rellanos, y constituidos respectivamente —comenzando desde abajo— por nueve, dos veces 19 y 13 peldaños, prueba de que la escalera era, de hecho, mucho más ancha en su parte inferior que en la superior, Alberto se dedica en persona y con mucha asiduidad a la escalera interior.

Aún 23 escalones y el arqueólogo se halla ahora a una profundidad de 17,74 m por debajo del nivel del Templo. Precisamente en ese nivel, la escalera se detiene en ángulo recto al Norte, y algunos metros más lejos, forma otro ángulo igualmente recto que se dirige hacia el Este; es decir, hacia el centro de la pirámide. Su asombro es grande al descubrir en el piso del templo numerosas figuras humanas grabadas sobre las losas. Mas, otro detalle tan significativo como este atrae su atención: la existencia de dos galerías que, al parecer, se dirigen hacia un templo vecino. De inmediato, Alberto supone que la función esencial de esta escalera habría sido proveer al Templo de una vía secreta de acceso.

Con el paso de los meses, continúan limpiando la base del Templo, retirando de él los escombros que recubren la plataforma en los lados este y oeste, y luego se consolida el basamento y se reconstruyen las secciones donde el revestimiento se ha destruido. También se prosigue pacientemente la exploración de la escalera interior, de la cual poco a poco se extraen los escombros. Pero lo que más intriga a Alberto es la existencia de esas galerías que, según él, comunicarían con el Templo XIII, situado al Oeste. Como la excavación iniciada no ha

dado ningún resultado positivo, busca en el paramento oeste de la pirámide huellas que le indicarían las salidas de esas galerías. Y busca en vano.

Cuando termina la tercera temporada, ya ha llegado a una profundidad aproximada de 18 m bajo el piso del Templo, y se da cuenta de que estas últimas exploraciones le permitirán comprender mejor el modo en que se construyó el Templo de las Inscripciones. Pero sigue escéptico respecto de esas supuestas galerías, las cuales, según él, no habrían servido de vía de comunicación, sino de ventilación, para que el aire y un poco de luz llegaran hasta la escalera interior. No obstante, sigue afirmando que esas famosas galerías se llenaron de piedras y tierra cuando ya no se utilizó más la escalera. Por ello cerraron las aberturas que daban al patio.

Alberto descubre de inmediato que el edificio está adosado a una colina que lo limita del lado sur. Según él, las superposiciones observadas en la construcción de la pirámide, como el reforzamiento de sus pisos escalonados, corresponden más a razones técnicas que a hechos históricos, o a un desarrollo cualquiera de la ciudad.

Tras cada temporada de búsquedas en Palenque, Alberto toma algunos meses de descanso, pues el trabajo es agotador. Pese a todo, a veces se queda un año, antes de ir a trabajar a otros sitios; en especial, a Uxmal, donde ya ha comenzado investigaciones y sus experiencias precedentes le servirán en breve.

Sin embargo, donde quiera que esté en Yucatán, sin importar en qué sitio arqueológico o en qué camino, sigue obsesionado por el rostro de Pacal, el más grande soberano de Palenque. Lo ve por todas partes: en los paneles del Templo de las Inscripciones, en el Templo del Sol, o en el santuario de la Cruz; lo ve solo, teniendo en sus brazos al dios K cuya cabeza tiene la frente atravesada por un hacha humeante, o con su hijo, Chan Bahlum, durante su ascensión al

trono, o con su madre, Zak Kuk, quien le presenta la corona real.

Por eso desea saberlo todo en tomo a la vida de ese personaje misterioso, que hechiza sus días y sus noches. Además, para Alberto hay como un lazo mágico entre ese rostro y el sueño que tuvo cuando niño; sueño determinante en la elección de su carrera, mientras su padre lo destinaba *a priori* a convertirse en cirujano dental o médico. Sabía que esa profesión familiar se transmitía de padre a hijo. El destino iba a decidir de otro modo.

Por eso, la muerte de su padre, mientras él estudiaba en México, resultó de pronto como una liberación. Todas sus dudas respecto de la elección de su carrera se disiparon de golpe. Solo seguiría su camino hasta el final, aunque tuviera que hacer sacrificios, como el exilio y, claro está, la separación de su madre. No sabía entonces que tras la muerte de su padre natural, iba a hallar otro, más desnaturalizado y exigente que el precedente. Un padre de algún modo adoptivo, que no lo dejaría dormir mientras viviera. Y se dice, pero ya eso queda en el secreto de los dioses, que tiempo después, mucho tiempo después de su muerte, ese singular personaje iría todavía a turbar su sueño eterno.

Regresa al lugar que lo fascinara: a Palenque. Excava, excava con entusiasmo, y sabe que pase lo que pase, deberá seguir buscando el secreto que se esconde en esas minas hasta el agotamiento de sus fuerzas físicas y morales.

Recuerda de pronto las primeras búsquedas realizadas en Egipto por el arqueólogo inglés Cárter y los rumores que corrían sobre lo inútil de sus investigaciones acerca de un reyezuelo, sin poder y sin sepultura, llamado Tutankamen. Pues era el único rey de quien nadie había encontrado huellas. No obstante, pese a todas las burlas, el joven Cárter había seguido sus excavaciones y extraído centenares de miles de metros cúbicos de arena y de cascotes para asegurarse de que ninguna entrada a una tumba en ese valle desértico se le escaparía. Aún no había

explorado toda la región y lo hacía metódicamente, sector por sector, con el apoyo y el dinero de su amigo mecenas, lord Carnarvon. Pero no resultaba suficiente excavar. También hacía falta limpiar el suelo lleno de escorias y guijarros que los obreros transportarían a otro lugar. Finalmente, poco a poco, la perseverancia y la tenacidad de Cáster demostraron que tenía razón, pues descubrió esa famosa escalera que también a él lo llevaba a una tumba, y descendió los diez primeros peldaños con las piernas temblorosas. Pero, ¿quién habría podido hablar de la emoción que debió experimentar al descubrir, en la parte posterior de una puerta, la marca de numerosos sellos? Simplemente se sabe que ese día creyó, de buena fe, que le bastaría descifrarlos para conocer al famoso propietario de la tumba. Sus decepciones sólo comenzaban.

Ruz sonrío; al menos, no tiene que enfrentar críticas del mismo tipo. Su rey Pacal tuvo existencia histórica, y concentró en sus manos todo el poder, temporal y espiritual. Aquí, en esta ciudad sagrada, reinó sobre sus súbditos y aquí, en este Templo, está enterrado, pues la tumba-sepultura se había construido durante su vida.

A veces, en el terreno, durante su sueño interrumpido por el zumbido de esos enormes mosquitos, o por el ruido de las lluvias torrenciales, que golpean cadenciosamente las hojas de los árboles y martillean en los techos de zinc de los edificios provisionales donde está alojado, Alberto creía escuchar el eco de voces. Hay una, en todo caso, familiar, y se remonta casi 15 años atrás, cuando siendo un joven estudiante de Arqueología y de Historia en la Universidad de México, fue con un amigo a una conferencia acerca del chamanismo y los mitos y creencias actuales de los mayas.

Ante un auditorio de iniciados, un indio, ya casi sexagenario, había tomado la palabra para elogiar el poder de los dioses y recordar a todos los vivientes tentados de violar su sueño eterno, la cólera divina que podrían atraer sobre sí. Esa voz repetía: “Desgracia al extranjero que

cargara con esa responsabilidad fatal. ¡Desgracia a ese perturbador!” Alberto recuerda que todo el mundo tenía a flor de labios una pregunta a la cual nadie pudo responder. Pues a todos los asistentes les hubiera gustado saber dónde se hallaba el reino de los muertos, y si realmente coman peligro los vivos al acercarse a él.

Cosa extraña, el tiempo ha transcurrido sin que Alberto vuelva a pensar una sola vez en la maldición que antaño golpeara a los arqueólogos ingleses en Egipto. “Los profanadores serán castigados —dijeron los nativos— y se desencadenarán fuerzas diabólicas que ni siquiera un chamán podrá detener. ¡Maldita sea esa tumba y malditos quienes penetren en ella!”

Así dijeron, y así ocurrió. El 5 de abril de 1923, a las 1:45 de la mañana, en el hotel Continental de El Cairo, lord Carnarvon murió de manera súbita de una picadura de mosquito en la mejilla. Por extraña coincidencia, al año siguiente se halló en la momia de Tutankamen, exactamente en el mismo lugar, una herida idéntica a la del caballero británico, y de inmediato se supuso que ese insecto había sido el mensajero de la venganza del faraón. En un instante, Alberto rememoró los acontecimientos: la muerte fulminante del mecenas, las luces de la ciudad que se extinguieron de golpe esa noche, y los rumores que poco después alimentaron tanto la prensa inglesa como la egipcia.

Y si hoy está más afectado de lo que estuvo en aquella época, no quiere dejarse impresionar por todas esas maldiciones sórdidas, ni tomar en cuenta la palabra de todos esos hechiceros. Su camino es más científico; siente el deber de descubrir ciertos secretos que numerosos arqueólogos se complacen en ocultar por la mistificación de esos dioses mayas y de sus representantes sobre la tierra. Mediante sus conocimientos, y especialmente gracias a sus excavaciones, quiere aportar un mensaje concreto a todos los descendientes actuales de ese pueblo. Mas, presente que le hará falta mucha tenacidad en la adversidad.

El 10 de marzo de 1952, mientras está en ruta hacia Palenque, se entera por la radio que acaba de ocurrir un golpe de Estado en Cuba, que instaura la segunda dictadura de Batista. Este hecho trágico señala una nueva época de duelo para su país. Alberto ya está acostumbrado a los gobiernos antipopulares que se repiten en su isla desde hace casi un siglo. Descorazonado, intenta en vano no pensar en la política, y, un mes más tarde, emprende en Palenque su cuarta temporada de excavaciones, a efectuarse en dos estaciones. La primera ha de prolongarse hasta el 5 de junio, y la segunda, si todo sale bien, del 15 de noviembre al 21 de diciembre.

Desde el 18 de abril, Alberto consagra todo su tiempo a proseguir la exploración de esa inmensa escalera interior abovedada, que desciende hasta el corazón de la pirámide a partir de la plataforma superior, y desea ardientemente terminar sus investigaciones durante este corto período. Trabajo monótono, fatigante y en extremo penoso, debido a la falta de aire y la humedad del subterránea. Tras un tramo de 45 escalones, Ruz llega a un descanso en forma de U, el cual continúa con un nuevo tramo de 20 escalones. Prosigue su descenso a los infiernos y a unos 18 m de profundidad, casi ya en el fondo, en el peldaño 19 del segundo tramo, de pronto es detenido por una acumulación de piedras y fango, y después ve al mismo tiempo un muro hecho de piedra y arcilla, y a 2 m de allí, otro muro construido con piedra y cal. Tras haber retirado la mayor parte del muro, aparecen adosadas a la pared grandes losas horizontales, que resultan en realidad la cubierta de otra caja de ofrendas hecha de la misma mezcla. La abre. En su interior, todos los objetos están parcialmente cubiertos de pintura roja; o sea, del polvo de cinabrio. El fondo del cofre también está revestido así. Alberto no cree a sus ojos. Sabe que se aproxima a la verdad y que está a punto de hacer el mayor descubrimiento de su vida.

Sigue retirando los escombros de la escalera hasta el peldaño 21, y en ese momento se da cuenta de que la escalera no continúa más abajo, sino que se prolonga por un corredor, también obstruido por los escombros, los cuales debe retirar progresivamente. En el suelo, dos escalones conducen a un pequeño descanso, apenas un poco más alto, y en este reducido espacio el arqueólogo descubre, con estupor, los restos óseos de numerosos cuerpos humanos, en posición horizontal, que yacen ahí y recubiertos de cal viva. Pero debido a lo exiguo del lugar han adoptado posiciones forzadas, con el cuerpo aplastado y vuelto hacia la derecha o la izquierda. Algunos conservan aún la forma del cráneo, y sus huesos tienen huellas de pintura roja. Cuenta cinco o seis, entre ellos los de una mujer y un niño. Todas estas víctimas parecen ser jóvenes y de noble origen, si se toma en cuenta la deformación artificial de la frente y las huellas de incrustación dental, pero sobre todo la presencia de esos cuerpos ante la entrada de ese local sellado anuncia un acontecimiento de la mayor importancia. Alberto pide al médico de Palenque que lo ayude a identificar esos huesos, pues le parece que se hallan en muy mal estado, lo que atribuye a la humedad y a la cal viva con la cual fueron cubiertos.

En ese momento, se da cuenta de que, en el fondo del corredor, el paramento norte de la bóveda está sellado con una losa triangular. Al acercarse a la pesada puerta triangular, colocada verticalmente como para cerrar una entrada, ve, en su ángulo inferior izquierdo, un pequeño espacio lleno de piedras y escombros. Intenta agrandarlo más y con paciencia retira todas las piedras y la mezcla de cal que llenaban los intersticios entre la losa triangular y los paramentos. Emocionado, relata:

“Se retiraron las piedras y la mezcla y por el claro así abierto pude mirar, con la ayuda de una linterna eléctrica, lo que había detrás de la gran losa triangular. Se trataba de una espaciosa cámara con relieves de estuco

en los muros y un enorme monumento esculpido que la llenaba casi totalmente”.²⁸

En ese preciso instante, Alberto no puede evitar evocar el recuerdo del infatigable Cáster, recompensado por sus esfuerzos, apenas algunos meses antes del fin de su última temporada de excavaciones en el Valle de los Reyes. El 16 de febrero de 1923, en la antecámara de la cámara funeraria de Tutankamen, la cual debió vaciar antes de todas las joyas de oro incrustadas de piedras preciosas, el arqueólogo sitúa un andamio ante el muro que le queda por derribar, y una vez hecho un agujero en la puerta tapiada y mirando al interior, grita de golpe: “¡Veo cosas maravillosas! ¡Veo un muro de oro!” El muro es en realidad un sarcófago de madera dorada que imita un pequeño templo. El catafalco, gigantesco, cubre casi toda la cámara funeraria.

Y si en Palenque no se trata de oro, de ese oro que corre a raudales en las minas de Nubia, sino de jade, materia muy preciosa para los mayas y símbolo de riqueza social y religiosa, el descubrimiento de este misterioso recinto lo estima tan importante como el de Tutankamen.

Dos días después de este descubrimiento —es decir, el domingo 5 de junio de 1952—, es mediodía cuando Alberto franquea el umbral de la cámara funeraria. Nueve descansos sucesivos le han permitido acceder a lo que él llama el inframundo. Está a 26 m bajo el piso del santuario superior. Se inicia para él el tiempo de la revelación y del secreto de los dioses. Su emoción resulta tan indescriptible que nada puede expresarla mejor que sus propias palabras:

“Me encontraba en una espaciosa cripta que parecía tallada en el hielo, porque sus muros estaban cubiertos de una brillante capa calcárea y numerosas estalactitas colgaban de la bóveda como cortinas, mientras que gruesas estalagmitas evocaban enormes cirios. Estas

²⁸ Alberto Ruz Lhuillier: *El Templo de las Inscripciones, Palenque*, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, 1973, pp. 56-57.

formaciones calcáreas se debían a la filtración del agua de las lluvias a través de la pirámide durante más de mil años. La cripta mide cerca de nueve metros de largo por cuatro de ancho, y su bóveda se alza hasta cerca de siete metros de altura, reforzada por enormes vigas de piedra pulida negra con vetas amarillas, que parecen de madera. La cámara se construyó en forma tan perfecta que los siglos no afectaron en lo más mínimo su estabilidad, a pesar de que también sostiene el peso de la pirámide y del templo. Las piedras de los muros y de la bóveda fueron talladas y ajustadas con el mayor cuidado, por lo que ninguna se ha movido de su sitio original (...)

”Sobre los muros, grandes figuras de personajes modelados en estuco parecen montar guardia. Son nueve sacerdotes. Todos llevan más o menos el mismo atavío (...) Nueve señores de las tinieblas, guardianes de los nueve mundos inferiores en la mitología maya.”²⁹

”Al entrar en la cripta encontramos en el suelo —continúa el arqueólogo—, debajo de un colosal monumento, varias vasijas de barro depositadas como ofrenda y dos hermosas cabezas de estuco que proceden probablemente de esculturas completas que adornaban algún templo. El haber sido arrancadas de los cuerpos y dejadas como ofrenda en la cripta significa quizá la simulación de un sacrificio humano por decapitación que parece haber existido entre los mayas en asociación con el culto del maíz”.³⁰

Para él, lo más sorprendente en esta cripta resulta, sin dudas, el enorme monumento que ocupa la mayor parte del espacio. Primero ve una losa horizontal que

²⁹ Alberto Ruz Lhuillier: *La civilización de los antiguos mayas*, Fondo de Cultura Económica, 3ra. ed., México, 1991, pp. 86-87. (En Cuba existe una edición de 1957, Universidad de Oriente, Santiago de Cuba; en 1974 se realizó otra por la Editorial de Ciencias Sociales, La Habana. El Instituto Nacional de Antropología e Historia de México ha hecho ediciones, en 1963 en español, 1964 y 1970 en francés y en 1970, también en inglés. [N. de los E.]

³⁰ *Ibid.*, p. 87.

mide 3,80 m por 2,20 m, esculpida en sus costados y en su cara superior. La losa reposa sobre un bloque monolítico de 1,10 m de espesor, y mide 3 m de largo por 2,10 m de ancho. Este monumento está sostenido por seis soportes de un solo bloque, de los cuales cuatro están esculpidos, y su peso es de unas 20 t, aproximadamente. Visto el tamaño del monumento, Alberto piensa de inmediato que se trata de un altar ceremonial, conservado en un lugar secreto y aislado de las miradas públicas por razones propias del culto. Esta cripta debía ser entonces el santuario más sagrado de los habitantes de Palenque.

Pero queda una duda en el investigador. ¿Y si sólo hubiera un agujero bajo esta losa? Levantar la losa, que pesa por lo menos 5 t, deviene un desafío para el equipo de arqueólogos conducidos por Alberto. Las dificultades son inmensas y peligrosas. El problema radica en que no hay espacio para emplear una máquina, y, además, resulta imposible trasladarla hasta el lugar. Se corre el riesgo de hundir la piedra al intentar levantarla, pero no hay otro medio de saber si el bloque es macizo o no. Se hacen incisiones en lugares no esculpidos, horizontalmente y en dirección al centro de la piedra. El primer sondeo resulta negativo. Sin embargo, horas más tarde, sobre la herramienta se notan huellas de pintura roja, y eso es suficiente para imaginar el resto; es decir, la existencia de una extraña cavidad.

Este color rojo está asociado con el Este en la cosmología maya y azteca, y aparece casi siempre en las tumbas, en los muros, en los objetos y ofrendas funerarias, y en los restos humanos, como medio mágico de garantizar la resurrección de los difuntos. El Este es la región donde cada día nace el sol tras su muerte cotidiana en el Oeste. El Este es el lugar de la resurrección y el color rojo que lo simboliza está incorporado en las tumbas como presagio de inmortalidad. El descubrimiento se anuncia tan gigantesco que se hace imperativo levantar la losa, y para ello hallar suficiente

ayuda financiera para poder continuar la exploración lo más rápido posible.

Tras algunos meses de reposo, empleados en buscar el financiamiento y los medios necesarios, el 15 de noviembre de 1952 se inicia la segunda temporada de esa cuarta temporada de búsquedas. Días después se decide introducir troncos de árboles en la cripta, pero su ubicación y la delicada maniobra para levantar la piedra van a durar 24 horas seguidas. Y sólo tras colocar las manivelas hidráulicas de camiones bajo los troncos, situados en los cuatro ángulos de la losa que sobrepasan ligeramente el bloque monolítico, puede comenzar la operación.

El 27 de noviembre de 1952, Alberto permanece desde las 7 de la mañana hasta las 8 del siguiente día en el interior de la cripta. Milímetro a milímetro, la losa se levanta. Alberto se enjuga la frente, el calor y la humedad pegan la ropa al cuerpo. Sus extremidades tiemblan; tiene fiebre. El tiempo no acaba de pasar. Más tarde, dirá:

“En cuanto la lápida empezó a ascender, pudo apreciarse que existía debajo, tallada en el enorme bloque que la sostenía, una extraña cavidad. Esta era de forma oblonga y curvilínea, con salientes circulares laterales en uno de sus extremos, recordando la letra ‘omega’ mayúscula, pero cerrada en la base. Una losa muy pulida la sellaba, exactamente adaptada a su forma; dicha losa tiene cuatro perforaciones que cierran tapones de piedra. Desde que hubo suficiente espacio me deslicé debajo de la lápida, levanté uno de los tapones, proyectando por otro la luz de una linterna eléctrica. A pocos centímetros de mí brotó a mi vista una calavera humana cubierta de piezas de jade”.³¹

Bruscamente, Alberto se encuentra lanzado 13 siglos atrás. El acontecimiento es notable. Por primera vez, se

³¹ *Ibid.*, p. 88.

descubría la tumba de un hombre en una pirámide de América Central, cuando hasta ahora la leyenda decía que las pirámides del antiguo Egipto eran las únicas en tener una función funeraria.

Alberto explicará más tarde que, al pasar las cuerdas por los agujeros, retiraron la losa con la misma delicadeza con que se colocara antaño. Entonces aparecerá un receptáculo mortuorio, con la forma de una matriz, como si el sarcófago fuera al mismo tiempo la envoltura maternal y la tierra de donde también nace la vida vegetal y humana. Los costados y el fondo de la cavidad que servía de ataúd estaban cubiertos de cinabrio. Ahí yacía un esqueleto, en forma normal, con las piernas y los brazos extendidos y los pies ligeramente abiertos. Si el estado de los huesos era detestable debido a la humedad, el lugar que ocupaban era, por el contrario, completamente normal.

Rápidamente, Alberto calcula que se trata de un hombre de unos 40 a 50 años. De alta estatura, el esqueleto medía alrededor de 1,73 m, lucía robusto y bien proporcionado, sin lesiones patológicas aparentes. Por el contrario, el estado de destrucción del cráneo no permitía al arqueólogo precisar si presentaba o no una deformación tabular oblicua, como se acostumbraba entre los nobles y religiosos. Por último, a primera vista no había mutilaciones dentales, como limar los dientes delanteros en diferentes formas, o la incrustación de pequeñas placas de jade en algunos de ellos, hábito muy extendido entre los mayas, con independencia del sexo, en ciertas clases de la sociedad.

Sobre el fondo rojo del ataúd en forma de pescado y cerca de los huesos que el cinabrio recubría, estaba el verde brillante del jade. El personaje había sido enterrado con todas sus joyas —costumbre, por otra parte, común a todos los pueblos mesoamericanos—, pues para los mayas, esa joya debía servir de moneda para adquirir alimentos en el otro mundo. Su frente estaba adornada con una diadema compuesta de pequeños discos, de

la cual caía una placa tallada en forma de dios de los murciélagos. A cada lado de su cabeza reposaban aretes compuestos de piezas variadas, collares, anillos, *nari-gueras* —especie de adorno que se ponía en cada fosa nasal— y un bezote, pequeño bloque de forma cúbica, que podía ser de jade, concha o piedra calcárea, que los nobles colocaban en sus labios. Cerca de sus pies, estaban dispersas pequeñas figuras de divinidades solares, así como un cinturón adornado con tres máscaras.

Y si no queda casi nada del difunto, Alberto sabe que ese color rojo tenía por fin darle una apariencia de eternidad más allá de la muerte, pues ese personaje debía asegurar su supervivencia y seguir prodigando el bienestar a su pueblo, intercediendo por él cerca de los dioses. Por eso, una máscara de cerca de 200 plaquillas de jade cubría el rostro del muerto. En cuanto a sus ojos de concha, con iris de obsidiana, estaban llenos de esperanza hacia el más allá.

Pronto crepitan los flashes de las cámaras; se apresuran a fotografiar todos los huesos y joyas que salen a la luz por primera vez. Mas, Alberto no sabe casi nada de la vida de ese personaje que acaba de exhumar, fuera de su nombre, Wöxöc Ahau en lengua chol; su fecha de nacimiento, de ascensión al trono y su deceso. Sólo sabe que fue el monarca de un Estado independiente y uno de los más grandes dignatarios religioso y civil, y ello le permite comprender que en su señorío todopoderoso, ese rey con la función de sacerdote no podía aceptar su propia desaparición y, mucho menos, su muerte definitiva.

Cuando abandona la cámara funeraria y sube a la superficie, el rostro de Ruz está como transfigurado. Ha pasado más de 24 horas consecutivas sin salir de la cripta; está agotado. Sus ropas están sucias y polvorientas, y la luz del día le golpea en pleno rostro, como un puñal. Llegado al final de su largo viaje al centro del mundo, se sienta en la cima de los peldaños de la pirámide para contemplar el paisaje que se extiende ante sus ojos. Ahí, se dice, en esa

hierba al pie del Templo de las Inscripciones, a la sombra de esos árboles magníficos, me gustaría reposar un día.

Sueña, ya está lejos. Cierra los ojos y se remonta en el tiempo y el espacio. De pronto, se siente viejo, con todo el peso del polvo de los siglos sobre él, pues su destino se ha cumplido a través de ese rey que hoy resucita. Para él, este descubrimiento resulta capital, pues demuestra que la pirámide americana no sólo era una fortaleza, ni exclusivamente un basamento sólido para sostener un templo, como se complacían en creer, oponiéndola a la pirámide egipcia. Inquietos al ver su palidez, los obreros indios se agitan a su alrededor y le preguntan:

—Don Alberto, don Alberto, ¿cómo se siente usted?

Y responde él sonriendo:

—Como un dios... como un rey... Ya, tengo la respuesta.

Su sueño de niño se ha hecho realidad. Cuarenta años más tarde, es casi el mismo esqueleto el que encuentra. Y su temor y emoción también son muy grandes. Piensa entonces en Cárter, cuando descubrió la momia de Tutankamen en el fondo de su ataúd de oro. Le hicieron falta siete días para liberarla de sus cintas de lino. Comparada a la momia de Pacal, su estado no era apenas más brillante, y flotaba en el aire un olor dulzón de resina, proveniente sin dudas de los aceites y ungüentos con que habían embalsamado el cuerpo. Sin embargo, el cuerpo estaba entero: tenía los ojos bien abiertos, las pestañas intactas, una nariz delgada y una pequeña herida en la mejilla izquierda.

Los trabajos fueron delicados. Hubo que desmontar el catafalco, compuesto de cuatro cajas metidas unas dentro de las otras, y maniobrar con poleas y cuerdas para abrir el enorme sarcófago de cuarzo con tapa de pórfido. El 12 de febrero de 1924, tras haber resistido y gruñido un poco, la tapa se entreabre unos 50 m, y Cárter ordena a los obreros que se detengan de inmediato para mirar al interior. Tras levantar un paño de lino blanco, apareció de golpe la imagen resplandeciente

de Tutankamen, cuyo rostro estaba cubierto de una máscara de oro batido. En la frente llevaba los símbolos del Alto y el Bajo Egipto, la cobra y el buitre. Sus ojos parecían mirar fijamente ante sí y sus brazos estaban cruzados sobre el pecho. En su mano derecha sostenía un látigo, y en la izquierda, el bastón de mando. Puede imaginarse la inmensa alegría de Cáster en ese preciso instante. Sin dudas, se sintió totalmente paralizado ante ese espectáculo grandioso, y se quedó postrado durante largo rato, lamentando que Carnarvon no estuviera ya junto a él para compartir su emoción.

Si el acceso a la tumba de Palenque estaba cerrado materialmente, por estar la escalera tapiada hasta el nivel del Templo, Alberto pudo constatar que espiritualmente había un lazo que unía el inframundo a la tierra. Desde el sarcófago hasta el umbral superior ondulaba una serpiente de cal que se transformaba en un conducto mágico, especie de moldura que seguía los peldaños de la escalera hasta la losa que cerraba el piso del templo. Así, el difunto seguía en contacto con el mundo de los vivos. Así lo había querido Pacal, a quien sólo importaba el contenido de su mensaje.

En los meses siguientes a este reputado descubrimiento, todos los objetos y osamentas fueron inventariados, numerados, reconstruidos y remitidos al Museo de Antropología. De inmediato se iniciaron las discusiones y enseguida se celebraron coloquios con científicos del mundo entero para determinar con precisión y rigor la edad de la momia. Era necesario establecer los fundamentos de la fecha propuesta. Pero esto no preocupaba tanto a Alberto como las causas que habían provocado de manera irreversible la decadencia del pueblo maya y de su cultura. Para él no había duda alguna: el planeta estallaría el día que se tocaran las fuerzas productivas de cualquier nación. Así, anticipándose a los acontecimientos, había previsto que el hambre y las tierras abandonadas anunciaban la desaparición de las civilizaciones.

El verano siguiente, a fines de julio, se inicia la quinta temporada, período durante el cual retiran de la cripta los contrafuertes de albañilería adosados a la tumba. Para que los visitantes se dieran cuenta de la significación que ese sacerdote-rey, casi divinizado, había querido dar a su última morada, se propone que se les permita reunirse ante la tumba y cerrar la entrada de la cripta con una reja. Tras bajar con mucha precaución los 25 m bajo tierra a la luz de una vela, pues la escalera no había sido liberada por completo de escombros, tuvieron la oportunidad de ver tras los barrotes los bajorrelieves que recubrían las cuatro caras laterales del sarcófago y, a menos de 1 m de altura, la cavidad todavía sellada con su tapa original.

El año siguiente, en la misma época, durante la sexta temporada de sus búsquedas, Alberto y su equipo deciden consolidar la fachada norte de la pirámide, debido al gran volumen de agua proveniente de la colina contra la cual está adosada la pirámide. Después restauran la crestería y vigilan atentamente la filtración de la lluvia hasta la cripta funeraria.

Cuando regresa a México a finales de agosto de 1954, se entera de que el 13 de julio, al alba, ha muerto Frida Kahlo, tras horribles sufrimientos. Alberto siente esa muerte tan profundamente que, al mirar una de sus últimas fotografías con Diego, medita sobre sus últimas palabras: “Hay que sacrificar lo individual a la grandeza de causas más universales. Dudar sería un crimen hacia la humanidad. Yo lo creo”.³² Tenía 47 años y había vivido demasiado, pues en su diario se encuentran estas palabras: “Espero que la salida sea feliz, y espero no regresar nunca”.³³

Pronto el descubrimiento hecho en el Templo de las Inscripciones resulta el más famoso de toda la arqueología americana. Nunca antes, en ningún sitio arqueológico de este continente, se construyó una

³² Rauda Jamis: *Frida Kahlo*, Presses de la Renaissance, París, 1985, p. 318.

³³ *Ibid.*, p. 319.

estructura funeraria semejante, antes de la llegada del hombre blanco. Entonces, los buitres comienzan a aparecer en el cielo de Palenque. Son cada vez más numerosos, y pronto revolotean sobre el Templo de las Inscripciones y alrededor de las minas. Además, de los celos de sus colegas se unen problemas de dinero. ¡Sombria época, donde el materialismo es rey! Alberto sabe que una vez más debe volverse a Rockefeller, quien ya lo ha ayudado antes, pero le repugna pedir ayuda a ese millonario norteamericano. La pesadilla se reanuda con cada nueva temporada de excavaciones. Se acuerda entonces de Cáster, quien había experimentado el mismo problema respecto de Theodore Davis, cuando tuvo que hacer financiar su proyecto de excavaciones por Estados Unidos, y se dice que, decididamente, no hay milagro verdadero sin compromiso con el diablo.

En septiembre de ese año, regresa a Palenque para explorar en los muros de la escalera todos los lugares susceptibles de esconder cofres de ofrendas. Luego copia los 620 glifos de los tres paneles del Templo, para compararlos de inmediato con los dibujos realizados en el siglo pasado por Waldeck, Catherwood y Maudslay. Es un trabajo minucioso, que le gusta hacer.

En cuanto regresa a la capital, prepara la partida hacia Cuba, con la cual siempre sueña desde pequeño. Esta vez va para cambiar de aires y retomar a sus orígenes. Pero cuando desembarca en 1955, el ambiente está aún muy tenso. El joven abogado Fidel Castro, condenado a 15 años de prisión por el ataque al cuartel Moneada, acaba de salir en mayo del presidio de Isla de Pinos, y está actualmente en México. Alberto hace rápidas visitas a todos sus amigos, y después va a Santiago de Cuba, donde ha sido invitado por el Departamento de Extensión y Relaciones Culturales de la Universidad de Oriente para impartir una serie de conferencias. Tras haber hecho su elogio y esbozar brevemente su brillante

trayectoria, el doctor Felipe Martínez Arango cede la palabra a su amigo Ruz, cuyo renombre científico no está por hacer; dice con orgullo a sus compatriotas. Testimonio de ello resulta, por otra parte, esa condecoración de la Legión de Honor que lleva en el pecho.

Un año después de su regreso de Cuba y al final de su octava temporada de excavaciones, se entera por sus amigos que, el 25 de noviembre de ese 1956, el pequeño yate *Granma* salió de Tuxpan, en México, con 82 hombres armados a bordo. El 2 de diciembre, la noticia estalla en todas las ondas radiales. El *Granma* llegó a la costa oriental cubana y sus hombres han desembarcado, pero el tiempo es tan malo, comenta el locutor, que tuvieron que abandonar víveres, medicinas y material de todo tipo. Fidel decide ganar de inmediato las montañas, y, rápidamente, los revolucionarios se internan en la Sierra Maestra. Pero la aviación bombardea sin cesar el sector y las fuerzas de Batista diezman, poco a poco, a casi todos los expedicionarios. Poco tiempo después cuentan sólo 12. Doce como los apóstoles, como los iniciadores con Carlos Manuel de Céspedes la lucha independentista en el 68; ahora proseguirá la lucha a través de la montaña con el ideario de Libertad o Muerte.

Alberto sigue con pasión los acontecimientos de su país, y tres años más tarde, enero de 1959, el poder está en la calle. Fidel, tras la entrada del Che Guevara y de Camilo Cienfuegos a La Habana, se convierte en el líder máximo de Cuba, en el Primer Territorio Libre de América.

Lamentablemente, sus padres ya no estaban para saludar el acontecimiento. Hacía mucho tiempo su padre había muerto y, 20 años después, su madre partía a su vez, dulcemente, sin hacer ruido. Una tarde de invierno, a las 6:30, Julie Louise Lhuillier, viuda de Francisco Alberto Ruz, dejaba de existir en su domicilio, calle de Coulanges, en el pequeño pueblo de Sucy en Brie, departamento de Seine y Oise, donde había elegido finalmente residir. Cuando se entera de la noticia, loco de

dolor, Alberto no hace más que repetir esta frase como consuelo: “Que su alma descanse en paz”. Después al recordar la oración dicha durante el oficio de difuntos de su abuela, murmura: “Dale el descanso eterno, Señor, y que la luz sin fin brille con ella”. No, ya no es hora de reproches ni lamentos. Ciertamente, no logró convencerla de que lo acompañara en esa loca aventura, y grande fue su sabiduría al no querer seguirlo. Alberto sabe que ella nunca hubiera soportado el exilio, ese exilio que su esposo y su hijo, bien a su pesar, habían tenido que aceptar con el correr de los años.

Alberto no lamenta hoy nada: ha hecho el descubrimiento más grande del siglo en Mesoamérica. Hasta la fecha, no se ha encontrado ningún santuario-tumba comparable al de Palenque. Sin duda alguna, constituye la más suntuosa tumba real de la civilización maya, una de las más importantes y significativas, pues encierra los restos del soberano Pacal, príncipe constructor y protector de las artes.

Por demás, las dos últimas temporadas de excavaciones del arqueólogo confirman la hipótesis de que las tres fases de la construcción de esta pirámide se habían previsto como un único y mismo proyecto desde que comenzara la edificación. Sólo después del entierro del rey se levanta la segunda pirámide, cuyos tres cuerpos escalonados recubren los ocho cuerpos de la pirámide inicial. Desde el punto de vista arquitectónico, la construcción de la cripta y del sarcófago del Templo de las Inscripciones, revela ante todo el deseo del rey de concebir un monumento funerario indestructible, capaz de resistir la poderosa carga de la pirámide, los temblores de tierra, el paso del tiempo y de los siglos. Monumento que iba a ser, como había querido Pacal, su sepultura eterna.

Apenas terminadas las búsquedas en el Templo de las Inscripciones de Palenque, Alberto parte para la

grandiosa ciudad de Uxmal, en el Norte de Yucatán, para reunirse con el erudito investigador británico, epigrafista y arqueólogo, sir John Eric Thompson, quien decía que a esta tierra de México le había dado gran parte de su corazón, y que, cuando iba a arrodillarse en la catedral de Mérida, rogaba por ese país que le había dado tanta felicidad. Alberto Ruz colaboraba con él desde hacía algún tiempo para establecer las bases de las nuevas cronologías del sitio. Pero su espíritu no abandona un solo instante a Pacal, y nunca pasa mucho tiempo sin regresar a Palenque.

VIII

El extraño Intruso

Cinco años después del famoso descubrimiento de la sepultura real en el Templo de las Inscripciones, Palenque ha cambiado mucho. Ya libres de vegetación, los monumentos resucitan en todo su esplendor. Entre ellos se destaca en particular el Palacio con su torre, que corona el sector central de este impresionante conjunto arquitectónico, y sus largas galerías dispuestas alrededor del patio.

El 29 de abril de 1957, Ruz abre su penúltima temporada de excavaciones y hace cimentar los cinco cuerpos inferiores de la primera pirámide. Entonces en la mitad de la fachada norte del monumento se descubre un muro perpendicular al paramento de la pirámide correspondiente al cuerpo inferior de la primera época. Tras ese muro, en la negra tierra arcillosa, aparecen numerosos fragmentos de cerámica y algunas osamentas humanas. Una vez limpiados los bordes exteriores, Ruz se dedica a retirar los escombros que obstruyen la escalera que conduce a la tumba.

Mientras realiza sus investigaciones, aparece en la vida de Alberto un extraño personaje, aún joven y muy guapo, el Intruso. Tiene 30 años. Se dice piloto militar enrolado durante la Segunda Guerra Mundial en el ejército norteamericano, y explica su inesperada llegada a las excavaciones por estar, según dice, fascinado por

Palenque, que ha sobrevolado muchas veces. Le gusta contar a quien quiera oírlo que, al descubrir esas minas en medio de la selva virgen, fue víctima de una emoción tan intensa que toda su vida quedó trastornada. ¿Qué hay de cierto en todo esto? Nadie lo sabrá nunca. No obstante, el Intruso se instala junto a las minas, construye su casa en la selva y propone a Ruz, quien vive en México y trabaja mucho en otras excavaciones, su ayuda para vigilar el sitio. Resulta curioso que este hombre parezca muy informado de todo lo ocurrido en Palenque desde 1952, y, por supuesto, esto no deja de intrigar a Alberto.

Poco a poco, se establecen relaciones ambiguas entre el maestro y el discípulo, entre el científico y el autodidacta. Relaciones amistosas, a veces cariñosas, a menudo tormentosas, y que no dejan de recordar al arqueólogo los difíciles vínculos que siempre existieron, durante siglos, entre colegas que trabajan la misma disciplina. Pues Alberto sabe, por experiencia, que la celebridad recompensa más al oportunismo y al dinero que el talento. Nada semejante podría ocurrir con el Intruso, quien no sabe nada de arqueología y había llegado un buen día en Palenque. Pero con los años, su arribo al sitio arqueológico le parece a Alberto menos fortuito de lo que aquél afirmaba, pues enseguida decide saber más del lugar que su maestro.

Al principio, este aspecto de su carácter divierte a Alberto, y luego le recuerda los incidentes ocurridos durante los famosos *Viajes a la América equinoccial*, entre el explorador alemán Alejandro de Humboldt y su amigo francés, Aimé Bonpland. Según los comentaristas resultó un viaje difícil, perturbado por crisis de celos y agresividad latente entre los dos hombres. Sin embargo, Alberto había quedado antaño fascinado por el relato.

Por suerte, hay otras relaciones de trabajo más agradables, como el encuentro del explorador Désiré Chamay, quien tenía entonces 54 años, con el joven inglés Alfred Maudslay, 22 años menor que él. Ocurrió en Yaxchilán,

cerca de Piedras Negras, a la orilla del río Usumacinta en las ruinas de Menché. La historia cuenta que un día, “ese joven alto y rubio”, el arqueólogo británico, vio desembarcar en el sitio arqueológico donde ya trabajaba a un explorador francés, mucho más experimentado que él. Al adivinar los pensamientos del visitante, Maudslay lo tranquilizó de inmediato, diciéndole.

“No se inquiete por mi presencia; quizá un accidente me ha hecho llegar a estas minas antes que usted. No soy un rival, y usted, no tiene nada que temer. Sólo soy un simple aficionado que viaja por placer; usted es un científico, y la ciudad le pertenece”.³⁴

Incluso propone a Chamay irse y dejarle el lugar: “Guarde su conquista para usted solo”, le responde el explorador. Finalmente, los dos investigadores compartieron juntos la gloria de haber explorado esta nueva ciudad.

Pero, en Palenque, los hechos se desarrollaron de modo bien distinto entre el arqueólogo y el autodidacta. El primero nada debía en absoluto al segundo, y precisamente por ello, los celos de este último, alimentados de rumores y mentiras, no se detienen. Pronto la coexistencia se hizo tan difícil, que Alberto comparó sus vínculos a las hipócritas relaciones existentes entre lord Carnarvon y Cárter, entre el mecenas y su servidor, y las cuales estuvieron hasta el último día de la vida de ese caballero, no sólo basadas en cuestiones monetarias, sino en prejuicios de clase.

Por el momento, Alberto ha logrado evadir las preguntas de los periodistas que lo interrogan respecto de su trayectoria o los rumores que corren. Algunos, más persistentes que los otros, le preguntan:

—¿Es cierto, señor Ruz, que al inicio de su carrera usted tuvo problemas con la justicia y que usted tiene muchos enemigos?

—¿Conoce usted a un solo hombre honesto que no los haya tenido?

³⁴ Désiré Charnay: ob. cit.

—También se le reprocha ser más francés que mexicano, y, sobre todo, más cubano que cualquiera de sus compatriotas.

Alberto sonríe tímidamente:

—Qué puedo hacer, si el nombre de Cuba es como un exorcismo en el mundo. Estoy orgulloso de mis orígenes y los asumo plenamente.

—¿Quiere decir, entonces, que está orgulloso de la revolución que acaba de triunfar en su país?

—Por supuesto, pero quiero precisar, para cortar por lo sano todos esos chismes, que tan pronto terminé mi descubrimiento me hice ciudadano mexicano, lo cual me parecía por completo normal, para poder seguir libremente mis investigaciones.

Y añade, con un tono más amargo:

—Debe ser por eso, que muchas veces el mismo Intruso nunca menciona mi verdadero origen, cuando se habla de mis trabajos científicos.

Tras unos instantes de silencio, deja escapar esta confidencia:

—Mis relaciones con él siempre han sido muy difíciles. No podría ser de otro modo. Ese personaje se ha jactado siempre de saber del asunto más que yo, en especial en lo referente al descifrado de los glifos, que dice haber estudiado en una universidad de Estados Unidos...

Y después rectifica a los periodistas:

—No sólo estudiado, sino enseñado también. Entre otras discusiones, hemos tenido muchas respecto de la edad de la momia. La edad de Pacal fue impugnada. Según el Intruso y sus amigos, no tenía 50 años, como yo sostuve desde el principio, sino 80 años y 158 días exactamente.

Y el arqueólogo no quiere hablar más sobre este espinoso tema. Se complace en enunciar la hipótesis de que con el atraso de la medicina en esa época lejana, era muy poco probable que las personas vivieran más de 50 años. No obstante, está consciente de que hay divergencias entre la información epigráfica, la cual ha

progresado mucho en los últimos años, y la arqueología. De todos modos para Alberto, quien no había descifrado aún los glifos, la duda se mantenía.

—Además —replicaba—, ¿cómo hubiéramos podido determinar con exactitud su edad, si la máscara de jade había aplastado el hueso occipital? Asimismo, el Intruso argumentaba que la edad del difunto dependía, en gran medida, de la alimentación mantenida durante toda su vida. Pero este análisis era inaceptable para el arqueólogo, quien tenía sobre su rey una idea bien precisa. El Intruso también recuerda que Alberto no se sentía a gusto en los coloquios y conferencias internacionales.

—No vino a la primera reunión organizada en Palenque. En la segunda, tras haber explicado ante un vetusto auditorio de científicos los jeroglíficos descubiertos en el Templo de las Inscripciones, quiso leerlos. Pero confundió una cifra con otra, la gente se rió, y su mirada se cruzó con la mía. No hay dudas de que leyó la desaprobación en mis ojos y se calló.

Algunos instantes más tarde, el propio Alberto se excusaba ante su público:

—No soy capaz de engañarlos —les dijo—; el arte de descifrar los glifos es aún una ciencia frágil, que ha progresado de tal modo en el transcurso de los siglos, que no les diré nada más por el momento.

En otra ocasión, añade el Intruso, él contradijo fríamente a Soustelle, entonces de paso por Palenque y, de repente, se bloqueó.

—Discúlpennme —dijo, volviéndose hacia el auditorio—, pero permitan ustedes que él continúe la explicación.

Todas estas observaciones poco amables, citadas con gusto y un atisbo de ironía y que llegan a menudo a oídos de Alberto, hacen que el arqueólogo comprenda en breve las razones de esa antipatía que desde hace ya tiempo percibe en su compañero. Y aunque se siente muy afectado por ello, nada deja traslucir. Sabe que llegará la hora en que dirá su verdad. Y esa hora no ha llegado aún.

En 1970, el Intruso se encuentra con una joven epigrafista norteamericana, con quien simpatiza de inmediato. Vuelve a verla en 1974 durante el Congreso de Americanistas, en el cual presentó, junto con uno de sus compatriotas, su genealogía de Palenque y numerosos trabajos científicos. Pronto estallan las rivalidades de escuela, y Ruz percibe de inmediato a dónde quieren llegar sus colegas. Los nuevos arqueólogos son norteamericanos, tienen buena formación y, además, dinero. Esa palabra clave es el motor de todo y, ahora más que nunca, Alberto está consciente de ello. También sabe que desde hace mucho, esos arqueólogos yanquis reivindican este continente como si fuera suyo, pues, claro está, si no había fronteras en tiempos de los mayas y se crearon de manera artificial tras la conquista española, ¿dónde se situaría hoy el problema? ¡América les pertenecería tanto como a los indios!

De modo visible, las sempiternas contradicciones del Intruso afloran respecto de cualquier tema. Su agresividad contra los europeos y sus críticas absurdas al elitismo y racionalismo francés se dirigen a Alberto, en primer lugar. Luego se contradice, cuando evoca su admiración por Champollion, más científico —según él— que Ruz, y cuando ya no sabe qué más decir, le reprocha su fobia antinorteamericana, su inclinación por la izquierda, su orgullo, su arrogancia y su autosuficiencia.

—¡Nadie más que usted, Don Alberto, era capaz de rehusar a los norteamericanos el permiso de filmar una película en las minas!

—Pues mire, usted, me felicito por ello cada día. Y créame, mientras esté vivo, no permitiré nunca, y menos por un puñado de dólares, que esas gentes violen un sitio tan magnífico e histórico como Palenque. ¿Cómo han podido tener el mal gusto de escoger un ámbito tan prestigioso para filmar en él sus estúpidas aventuras de Tarzán?

Aunque sólo fuese una provocación deliberada de su parte, había que responderle con la misma violencia. Y Alberto grita todo su rencor.

—¿Ya han olvidado la forma en que los yanquis se apoderaron de todos los descubrimientos hechos fuera de sus fronteras, mientras siguen despreciando todas las culturas indígenas? Testimonio de ello son, por demás, todas esas críticas dirigidas en el pasado a sus mecenas, quienes ayudaron con más gusto a los artistas extranjeros que a los propios.

En verdad, nadie podía desconocer esta guerra entre el Viejo y el Nuevo Mundo. Guerra de escuelas y de corrientes de pensamiento entre las universidades norteamericanas y europeas, que no se sitúa solamente a nivel arqueológico, sino ideológico. Guerra que nunca han querido llamar por su nombre. Pues, si gran parte de científicos reconocía que la sociedad de los antiguos mayas estaba dividida en clases sociales y que el antagonismo entre ellas resultaba evidente, un pequeño grupo de etnólogos y arqueólogos de la Universidad de Harvard insistía en defender la tesis de que no había ninguna manifestación de hostilidad bajo las formas de lucha clásica, y que los religiosos y el pueblo ordinario habían compartido, más o menos, el mismo nivel económico y social. Incluso pretendían posible el acceso a la jerarquía de los cargos bajo forma rotativa y temporal, y que los señores no tenían ninguna dificultad para edificar esas suntuosas construcciones por los campesinos, quienes habían sido de alguna manera los constructores.

Para Alberto, tanta mala fe sólo era pura hipocresía, y denunciaba el hecho de no reconocer como factor definitivo en el proceso histórico de esas sociedades la existencia de clases y de luchas que conducirían de manera irremediable a transformaciones profundas, sin excluir la violencia. Querer negar esta verdad en el pasado constituía un modo de negarlo igualmente en el presente y en el futuro inmediato.

Curiosamente, el Intruso, quien no quería tomar en cuenta esos hechos históricos, afirmaba, no obstante, que el descubrimiento de la sepultura real con su momia

—la más extraordinaria estructura funeraria encontrada hasta hoy— provocó en el arqueólogo un traumatismo psíquico. Explicaba que, poco a poco, se le había ido a la cabeza la manía de grandeza e identificado por completo con Pacal, llegando al final de su vida a tomarse por él. Palenque le pertenecía; en verdad, era su pirámide, su tumba, su rey. Y añadía con ironía:

—Además, si sus reacciones ridículas no se atribuyeran a la senilidad, su caso casi sería de psiquiatría.

Con el correr de los días, los meses y los años, un duelo solapado e implacable se desarrollaba entre don Alberto Ruz y el Intruso, el mismo personaje que mucho antes de su llegada a Palenque, había visitado al misterioso Chan Kin para arrancarle el secreto del último de los mayas.

El extraño enfrentamiento tendría su epílogo durante un viaje oficial del presidente francés Giscard d'Estaing a Palenque, en febrero de 1979. Se organizó una visita histórica en compañía del presidente mexicano y del historiador francés, Jacques Soustelle, bajo los auspicios de Alberto Ruz. Este último, consciente de sus responsabilidades, se aprestaba a recibirlos en el umbral de las minas. ¿No era el último propietario simbólico de ese Templo y, por tanto, el guía ideal para bajar con el cortejo oficial hasta la cripta?

Ese día, tras haber subido con calma hasta la cima de la pirámide, Alberto, acompañado por sus importantes huéspedes, vuelve a bajar religiosamente hasta la tumba, teniendo mucho cuidado de no resbalar. Luego, ante la reja, cuenta a sus visitantes maravillados la emoción que sintió al entrar por primera vez a la cámara funeraria. De pronto, le falta el aire. Tiene 73 años y las fuerzas lo abandonan, por lo que decide volver a la superficie lo más rápido posible. Trabajosamente, franquea los 27 primeros peldaños y se detiene algunos instantes en el descanso de la escalera. Aún le quedan 45. Nunca la prueba le ha parecido tan dura, y cuando

está a punto de llegar al piso superior del Templo de las Inscripciones, al último escalón, se siente de súbito mareado.

—No se preocupen —dice a los periodistas el Intruso, quien se halla a su lado—; es el cansancio.

Y como si hubiese necesidad de justificar ese malestar, de explicar lo inexplicable, añade:

—Además, es diabético.

Como un relámpago, los ojos de Alberto tuvieron tiempo de cruzarse con los del Intruso, y la intensidad de su mirada fue tan fuerte, que este último no pudo soportarla.

De súbito, el anciano lo ha comprendido todo. Ese hombre lo detesta, pero lo sigue por doquier desde que descubrió ese tesoro. Su presencia lo irrita, pero no ha podido nunca desembarazarse de ella. Haga lo que haga, vaya a donde vaya, siempre está ahí y no lo deja. Si nadie se lo impide, presiente que llegará incluso a querer borrar sus huellas y, si puede, hasta la memoria de Pacal.

—De seguro es el mal de ojo —piensa él.

De pronto, sus ojos giran en sus órbitas. Cae inerte, como si un brujo le hubiera disparado con la cerbatana; el Intruso, siempre a su lado como la imagen de Judas, lo recoge en sus brazos.

En ese preciso momento, algunos piensan que han sido quizá testigos de un crimen perfecto. ¿Quién puede decirlo, o probarlo? Por supuesto, corren rumores acerca de estos dos hombres. Pues, si casi todo los diferenciaba: la niñez, la educación, los estudios, la ideología, una sola razón los unía, más fuerte que las rivalidades, más fuerte que el odio: el amor a Palenque y a ese sitio excepcional, el amor a la selva virgen y a sus misterios. Por encima de todo estaba esa pasión obsesiva por ese rey fuera de lo común que hacía más de 13 siglos había vivido aquí, donde reposa aún, o, al menos, así se creía.

Restablecido el silencio y el orden, se inclinan sobre Alberto, quien yace sobre el piso superior del santuario. Lo han tendido en el suelo, y han tenido el cuidado de abrir su camisa y desatar los lazos de sus zapatos, así como de insuflarle aire. Comienza a volver en sí. Una vez pasada la emoción, nadie se asombra ya de la indisposición del arqueólogo, la cual enseguida se atribuye al calor, a la fatiga, y, sobre todo, a su avanzada edad. Un helicóptero del ejército se posa sobre la hierba ante la pirámide, suben una litera hasta el santuario, y Alberto desaparece con rapidez en el cielo de Palenque.

El Intruso no lo volverá a ver jamás. Ahí se queda, con el rostro completamente deshecho, ausente, paralizado por las palabras que su maestro acaba de dirigirle. Pues, antes de abandonar ese lugar que tanto ha amado, Alberto reúne todas sus fuerzas y le dice en voz baja:

—No olvide nunca lo que voy a decirle, señor.

Tras un largo silencio y midiendo bien sus palabras continúa.

—Sabe usted, el único error de mi vida y sin lugar a dudas el mayor, es haberlo conocido. Usted es la única persona a quien nunca debí encontrar.

Así ocurrieron los hechos. Así se inscribieron en el tiempo. Casi 20 años más tarde, el Intruso aún se acuerda. Sabe que la muerte en el país maya no es resultado de la fatalidad, y que no hay muerte ni enfermedad natural que no sea provocada por sortilegios.

Nadie podrá añadir nada a lo ocurrido ese día, pues nadie supo en verdad por qué todo había estado tan extrañamente tranquilo antes de la llegada de este personaje y por qué todo se precipitó a continuación: los rumores, los complots, los falsos testimonios y los procesos. Está, además, esa historia de la sepultura, el robo al Museo de Antropología, el regreso de Pacal a Palenque y, por último, el complot para exhumar a Alberto de su tumba y hacerlo abandonar para siempre esa ciudad sagrada. Todos quieren descifrar el extraño

misterio que existe entre estos dos personajes y conocer el secreto que los vincula al rey.

Hoy queda un solo testigo viviente de esa historia trágica. Está instalado en Palenque, ahí donde empieza la Ruta de los Visitantes, en el mismo lugar donde un gran cartel anuncia que se entra en la zona arqueológica. En el lugar hay un puesto de guardia y un centinela, quien, desde que cae la noche, pregunta al caminante a dónde va. Sólo cuando se aclara su identidad se levanta una modesta barrera de paso a nivel.

Un perro ladra en la noche, una lechuza ulula, el viento se alza, el follaje susurra, gruesas nubes corren ante la luna. Luego regresa el silencio. Ha pasado usted al reino de los muertos; ha entrado en el reino de las sombras y los fantasmas.

Hoy se sabe que la Ruta de los Viajeros, seguida por los exploradores del siglo pasado, comenzaba en el mismo lugar donde el camino corta el río Otolum. Pero nadie puede decir dónde se detiene. Surcada de ríos, cascadas, de viejos puentes que datan de los siglos VI al IX, esta ruta atraviesa una selva donde los árboles miden, a veces, hasta 70 m de alto. Numerosos edificios permanecen aún devorados por una espesa vegetación. Incluso tras el descubrimiento por Franz Blom, 57 años atrás, del grupo C, imponente conjunto arquitectónico compuesto de edificios elevados sobre diferentes niveles, situado entre los ríos Murciélagos y Balunte. El propio Alberto trabajó en este conjunto arquitectónico, que databa del llamado período clásico.

Como los demás arroyos que atraviesan el sitio de esas ruinas, un misterioso curso de agua, similar a ese río fatal que los muertos recorren en su último viaje, atraviesa un jardín de hadas, donde viven en libertad monos, tucanes, loros y todo tipo de animales, pequeños y grandes, que pueblan la creación. Usted entra, atraviesa el río por el vado, se hunde en la noche, y se entera de

que en ese rincón del paraíso terrenal, lugar de magia y sabiduría, ese extraño Intruso, ese perturbador, ha escogido para vivir. Según dicen los rumores, la elección no resulta tan inocente como parece.

IX **Demasiado tarde**

Hay en Palenque una tumba aislada en una gran extensión de césped, al pie de la pirámide, a la derecha. Es una especie de réplica en miniatura del Templo de las Inscripciones, y en ella puede leerse:

ALBERTO RUZ
ARQUEÓLOGO
1906-1979

Sea por ignorancia o por voluntad deliberada de guardar silencio, muy pocos guías mencionan esta tumba, y por ello sólo muy pocos visitantes se detienen ante ella y la recorren. A pesar de ello, algunos, más curiosos y mejor informados sobre el asunto, quieren saber más acerca de ese hombre que tuvo el insigne honor de ser enterrado en este lugar.

Por desgracia, si Alberto escogió reposar aquí al lado del rey Pacal, no por ello duerme el sueño del justo. Al menos, eso dice la leyenda. Tras esa tarde de agosto especialmente cálida, en la cual decidió reunirse con sus hermanos, aún su espíritu no ha encontrado la paz. Muchas veces ha sido turbado por rumores que han circulado sobre él, y que penetran la densidad de su silencio sepulcral.

Se dice que esa tumba molesta en demasía a la gente, y que hay muchas probabilidades para que mañana ya no esté ahí. Así, el Intruso habla de un proceso en curso para trasladar a escondidas la tumba de don Alberto. El asunto está en la actualidad en manos de la justicia. Por otra parte, se dice que la esposa no se opondrá a ese traslado, porque en las condiciones actuales, le es imposible visitar con tranquilidad su tumba.

Cuando el caminante interroga al Intruso para saber si a algún otro arqueólogo se le ha rendido semejante honor en algún otro sitio, responde:

—Que yo sepa, es un caso único. Pero su esposa no lo ve así, y sigue insistiendo que es un deseo expresado por su esposo y que está en su testamento, el cual, lamentablemente, no he tenido oportunidad de leer. Puede ser cierto, puede ser falso; ¿quién sabe?

Y en tono conciliador añade:

—Pienso que don Alberto fue enterrado en Palenque, pero sin duda su esposa no comprendió el sentido de sus palabras. Seguramente, él hubiera querido que su espíritu se disolviera en esta tierra maya y no su cuerpo, como ella ha creído bien hacer.

Los rumores corren. Se cuenta que la construcción de la tumba de Alberto ha estado rodeada de escándalos y que un grupo de arqueólogos habría robado del templo número 20 piedras semejantes a las del Templo de las Inscripciones para construirla. También dicen que los trabajadores no estaban de acuerdo entre sí. Nunca se sabrá la verdad, pero, no hace mucho, fue necesario rodear de rejas la tumba para evitar depredaciones inútiles. Y para impedir que tales desgracias se reproduzcan, el Intruso no ve otra salida que hacerla desaparecer, con calma, sin hacer mucho ruido.

Cualquier cosa que le suceda a su sepultura, y sea cual fuere su nuevo lugar escogido, Alberto reposa y reposará siempre con su pueblo, en la tierra maya.

Durante los largos años de su vejez, nunca cesaron totalmente las numerosas discusiones que Alberto tuvo con el Intruso, fuese a propósito de la sepultura de Pacal o más tarde de la suya.

Recuerda, por ejemplo, el día en que Pacal fue exhumado por primera vez, para mostrarlo a la nación mexicana. Lo sacaron de la cripta funeraria donde reposaba tranquilamente desde hacía 13 siglos para exhibirlo en una caja de vidrio en México, en ese magnífico palacio moderno que es el Museo de Antropología. Dice la leyenda que al rey no le había gustado ese traslado, e iba a vengarse. Alberto fue atacado, y se defendió. No sólo él —dijo— había decidido el traslado y menos el viaje; importantes personalidades del mundo médico y científico habían querido llevar la momia a la capital para estudiar su esqueleto y determinar su edad exacta, sobre la cual aún no se habían puesto de acuerdo.

Pero no se sabía muy bien si Pacal había partido y luego regresado a Palenque, o si se había quedado todo el tiempo en México. ¿Estaría aún ahí durante esa famosa noche de Navidad, cuando se produjo el robo de los tesoros del Templo de las Inscripciones en ese mismo Museo de Antropología? Esos tesoros se recuperaron misteriosamente tres años más tarde. Mas, por razones de seguridad, el público tuvo que esperar para poder admirar de nuevo la momia y sus joyas, expuestas en el sótano del Museo, en una sala dedicada a los mayas.

Hoy —desde 1993— puede verse a Pacal en un sarcófago de cristal, con su esqueleto en la posición en la cual lo descubrió Alberto hace 45 años. Pero la impresión no es la misma que debió experimentar el arqueólogo la primera vez que entró en la cámara funeraria, pues los huesos se ven desde arriba, y el espectáculo resulta frío. Le falta emoción al encuentro. Alberto también falta.

El caminante y los visitantes tienen todo el tiempo del mundo para mirar la momia y preguntar a los dioses para saber si este esqueleto, o lo que queda, es en rea-

lidad el de ese señor todopoderoso. Pero nadie puede aclarar sus dudas y asegurar que Pacal está expuesto ciertamente. Pero, si no es él, ¿dónde se encuentra hoy?

El silencio se impone, el misterio se mantiene y los turistas siguen bajando a la cripta del Templo de las Inscripciones de Palenque, como si un curioso presentimiento les impulsara a saber más sobre ese rey y su momia. A unos 30 m bajo tierra, por debajo del piso del Templo, ¿qué ven? Tras un descenso vertiginoso a los infiernos, sin aliento, fatigados, impresionados por la cantidad de peldaños resbalosos, la profundidad de la tumba, la humedad de los muros, al principio sólo ven la imponente losa funeraria que recubría antaño a la momia. Atónitos, la miran un instante como para intentar develar el secreto de la vida y de la muerte de ese rey.

Después reinician su viaje en sentido inverso, siguiendo el mágico conducto. Yendo hacia la luz, ascendiendo hacia la vida, esperan hallar la respuesta a sus dudas. ¿El sarcófago está en realidad vacío, Pacal está verdaderamente en México, o todo sólo constituye una mistificación pura y simple? Como en el misterio de Tutan-kamen, ¿habría un secreto escondido en el Templo de las Inscripciones que no tendría nada que ver con el aspecto artístico?

Aquí comienza y termina el enigma, pues el Intruso se complace en contar al visitante curioso que Pacal sí ha regresado a su sitio, gracias a su intervención personal. Al parecer, él habría hecho las gestiones necesarias con el gobernador López Portillo para solicitar que el rey retomara a su ciudad real de Palenque. Muy voluble, como cada vez que habla de sí mismo, explica:

—Como no quería que esa momia se quedara en un museo de la capital, tan lejos de su tierra maya, alrededor de un año después de la muerte de don Alberto, le pedí que hiciera regresar al rey Pacal, o lo que quedaba de él, a su sepultura. No quedan más que algunos huesos

del esqueleto y de la cabeza, las mandíbulas. Y el gobernador aceptó mi solicitud.

“Pero, ¿qué pasó? El día del traslado del rey Pacal de México a Palenque, la policía me ordenó que no saliera en todo el día de mi casa. Si usted me pregunta hoy las razones de esta prohibición, no sería capaz de responderle, pues aún no las conozco”.

Tras un instante de silencio, añade:

—Dígame, en su opinión, ¿de qué tienen miedo las autoridades? Les he exigido que me expliquen el motivo de ese comportamiento, pero nadie, hasta hoy, lo ha hecho.

El caminante se calla, pero compone toda una novela para sí mismo. ¿Se habría apropiado el Intruso de los restos del esqueleto y dispersado en su jardín para que nadie los encontrara? ¿Y con qué fin habría hecho semejante cosa? Los rumores tienen larga vida. Si algunos piensan que para él constituía quizás un medio para hacer desaparecer toda huella de Pacal y borrar a la vez la memoria de Alberto, otros prefieren imaginar que ese robo de la momia y su sustitución por otro esqueleto en muy mal estado, podrían haberse realizado en beneficio de otro país, por ejemplo. Son hipótesis gratuitas que aún no se han verificado, pero tal vez puedan serlo en el futuro.

—Dicho esto —concluye el Intruso—, debo añadir que los días precedentes y siguientes a ese gran viaje, no vi nada, no oí nada ni fui testigo de ningún hecho extraño.

¿Quiso él darme la clave de algo al contarme esta anécdota, o simplemente confiarme su impotencia e invitarme a buscar otra pista?

¿Quién se preocupa en verdad hoy por conocer el origen de quien ahora reposa en la cripta? ¿Quién es ese personaje misterioso, cuya única ambición habría sido sustituir a Alberto? Dice ser el único guardián del sitio, y el poseedor de un mensaje oculto que le habría sido revelado un día por ese viejo indio ciego que se llamaba Chan Kin. A veces habla de él como de un viejo amigo. Recuerda las acusaciones que lanzaba contra los hom-

bres modernos, según él, responsables de los estragos en la selva. Todavía puede citarlos de memoria:

—Mira, hermano, lo que han hecho de nosotros. Hoy ya no hay árboles y hay muchos extranjeros que se multiplican y son todopoderosos. Poco a poco, han hecho desaparecer la selva y lo han destruido todo.

Y el Intruso le pregunta:

—¿Y por qué crees que han hecho eso?

—No han reflexionado, o, simplemente, han olvidado que la materia se convierte en tierra, que la tierra se convierte en árbol, que el árbol es un pájaro y que el pájaro será más tarde un hombre.

—Pero, ¿cómo han podido ignorar, aunque sea por un instante, que nuestro universo es la selva, de donde sacamos todas nuestras creencias, todas nuestras riquezas? ¿Cómo han podido ignorar que los árboles tienen un alma y que retienen el agua? ¿O que los árboles tienen sus raíces en el cielo y lloran por su destino cuando se les corta el cuello?

—Sin embargo —replica Chan Kin—, sabían muy bien que había que temer a todos esos dioses que veneramos. Itzam, la serpiente que ata el cielo, la tierra y el agua; Balam, el jaguar, emblema del sol en su recorrido nocturno; Chaac, el dios del viento, el trueno y la lluvia, con su larga nariz de tapir. Sabían bien que había que respetar las fuerzas de la naturaleza y dedicarles ofrendas de sangre para no enojar a los espíritus de la selva.

"Conocían muy bien que los curanderos son los únicos que saben hablarles".

—Yo también lo sé —asiente el Intruso.

Y pide a su maestro que le revele el castigo que los dioses, contrariados por el saqueo de la selva, le han reservado a su pueblo.

—Nadie lo sabe —le responde el anciano—. Pero lo que decían nuestros antepasados, hace ya largo tiempo, nosotros lo creemos todavía, y sus voces resuenan extrañamente en nuestros oídos.

—¿Vamos a arder con el abrazo del sol? ¿Va a caer una estrella? ¿Se va a consumir la selva?

Así hablaba Chan Kin, bajo el imperio de los espíritus, y todo el mundo lo escuchaba. Luego hacía una pausa y, tras haber establecido cierta distancia entre él y sus interlocutores, agregaba con una voz que parecía venir de muy lejos:

—Sé que la destrucción del mundo está próxima y que no la veré, pero será una desgracia para quienes la verán.

El Intruso no responde al oír estas palabras, pues sabe que si todas estas ciudades habían sido abandonadas bruscamente alrededor del 900, como lo afirmaban los primeros conquistadores, es porque desde hacía ya largo tiempo los mayas no vivían en simbiosis con la selva y los dioses que la ocupaban. Lo que deba suceder, sucederá. Pronto dejaron de construir estelas y monumentos, y se vio cómo, poco a poco, las ciudades regresaban al silencio de la selva. Después, las poblaciones emigraron, las élites desaparecieron.

De hecho, este hombre conocía desde hacía largo tiempo las causas de la decadencia, pero no quería indisponerse con el venerado Chan Kin. A diferencia de lo que solían repetir ciertos extranjeros, él no pensaba que en esa época hubiera ocurrido un terremoto, ni que llegaran invasores de otros lugares, o que los mayas hubieran sido diezmados por epidemias de fiebre amarilla, enfermedad introducida por los españoles y los negros en los siglos XVI y XVII. Más bien opinaba que llegó un momento en que la tierra, empobrecida tras numerosas cosechas anuales de maíz, no pudo ya alimentar a la población, y llegó el hambre. Para él, de seguro un azote ecológico provocó el desequilibrio entre la capacidad de producir alimentos y el número de bocas por alimentar. Pero nadie quiso hablar nunca de las luchas, las sublevaciones y los conflictos internos hasta que llegó ese extranjero, Alberto Ruz, quien no vaciló en despertar las conciencias, a quien el Intruso

detestó justamente por tales ideas subversivas, No teme admitirlo. También se adelantó la tesis de gigantescos incendios que condujeron al éxodo de la población, pues teniendo en cuenta las tierras ya quemadas, resultó prácticamente imposible detener el fuego, que se propagó a una velocidad vertiginosa.

¡Y el Intruso se lamenta de que esa gente no haya dado importancia a la ecología! Al decirlo, piensa que no fueron los únicos en haber actuado así, y en su fuero interno, asocia hoy esa catástrofe a los habitantes del Viejo Mundo, con la casi totalidad de sus tierras en barbecho. Para él, no hay ninguna duda: el fin del mundo campesino y de la clase productiva, si por desgracia llega, anunciaría el fin de nuestra civilización de despilfarro y superproducción.

Convencido de ser el mensajero y la garantía del pueblo maya y de su inmortalidad, el Intruso no deja hoy de repetir a quienes quieren escucharlo que él llegó demasiado tarde al lugar de la excavación. Demasiado tarde, es decir, cinco años después del descubrimiento de la momia de Pacal.

En realidad, nadie se engaña respecto de sus intenciones, cuando habla de una misteriosa serpiente o de un jaguar, que encaman el espíritu de los dioses, que están hoy a punto de descubrir en uno de los tres templos construidos por los hijos de Pacal; en especial, por Chan Bahlum. De hecho, esos templos, donde sólo podían entrar los iniciados, simbolizan la gran serpiente que, en los rituales de iniciación, devora al novicio para devolverlo de inmediato, convertido en chamán, adivino o sacerdote. El maestro de la iniciación siempre es una serpiente, único animal que muere y renace de sí mismo. En un país donde este animal abunda, nada resulta más normal, dice el Intruso, que divinizarlo para exorcizarlo.

—Sea como fuere —concluye él—, ese tesoro será más importante que el esqueleto atrofiado de ese rey.

Pero el caminante no cree que este misterioso personaje haya llegado demasiado tarde, como él se

complace en repetir. Tuvo tiempo de recoger las revelaciones del viejo Chan Kin, mucho antes de que muriera. Y es un milagro que a los 103 años hablara todavía, y no terminara nunca de contar su relato.

“Un día, el árbol cayó. Se cayó solo. El árbol cayó y la estrella también cayó. Se fundió. Se transformó en agua. Cuando regresamos a verla, se había formado un lago. Por suerte, no vivíamos allí. Nos dijimos: la estrella habría podido ser nuestra paz. Qué lástima...”

Algún tiempo después, el Intruso se encontró con un cineasta de paso por Palenque, y le propuso visitar a ese viejo sabio indio, quien había permanecido en comunicación permanente con los espíritus y decía haber recibido en herencia la tradición oral de los mayas.

—Podrías filmarlo y grabarlo a tu gusto —le dice.

La proposición era seductora, pero cuando se terminó la película y la exhibieron ante indios sioux de América del Norte, éstos le dieron una acogida bastante fría. Hubo que rehacerla muchas veces. El Intruso estima que esa película, rodada por gentes sin fama, no tenía ninguna oportunidad de salir al mercado. Y suspira:

—Sin embargo, he visto a mucha gente pasar por aquí, les he hablado de mis relaciones con el viejo Chan Kin, un hombre tan importante como Pacal, en mi opinión, y mucho más que Alberto, quien se jacta ha de haberlo descubierto. Pero qué quiere usted; como no me conocen en Europa, sé de antemano que este personaje no le interesará a nadie.

Continúa, con aire despechado:

—Así pasa con la mayoría de la gente por aquí. Todos somos vulgares desconocidos para quienes se consideran célebres y a veces saben mucho menos que nosotros. Ésa es la suerte reservada a los autodidactas.

"Sabes, para mí, el verdadero conocimiento es innato, está en cada uno de nosotros y se olvida después de la escuela. Tú, yo y ellos, formamos sin duda parte de esos recogedores de estrellas, como

dicen en África, desconocidos y totalmente ignorados por la sociedad”.

Tras un silencio cargado de amargura, prosigue:

—Yo fui a la Universidad del Hambre y a la Escuela de la Calle. Debe ser por eso que no tengo derecho a hablar.

Las agresivas declaraciones del Intruso no tenían razón de ser, pues algunos meses más tarde, las palabras de Chan Kin se difundieron en varias ocasiones en estaciones europeas durante programas televisados sobre los mayas.

Pero en ese hombre de sensibilidad a flor de piel todo se transformaba en drama; en realidad, más bien su pasado parecía contradecir su presente, pues nadie podría olvidar que se había enrolado en el ejército norteamericano durante la Segunda Guerra Mundial, ni comprender cómo esa pasión por la guerra se había transformado algunos años más tarde, en fascinación por la arqueología. Fascinación rara, experimentada un día, cuando sobrevolaba Palenque en un avión militar. Éste se defendía de ese severo reproche que le hacía el caminante, diciendo que el hábito no hace al monje, y que puede haber un artista escondido en cada uno de nosotros.

Todavía hoy, ciertas personas que conocen bien al Intruso piensan que él esconde contradicciones inmensas bajo la máscara de un honesto ciudadano mexicano. ¿No se jacta de representar a los campesinos mayas, mientras se muestra más bien como el brillante defensor de ese mundo blanco colonizador?

Su inclinación por Estados Unidos no engaña a nadie y las explicaciones sobre su actitud varían. ¿Tiene un motivo puramente personal, o le habrían confiado una misión a cumplir? Lo cierto, en todo caso, es que la fobia antinorteamericana de Alberto, como él la llama, lo ha obsesionado durante largo tiempo y no la ha comprendido nunca. El Intruso recuerda cuando Ruz trabajaba en Yucatán, cuando el propio Rockefeller, ya entonces interesado en sus investigaciones, tomó la defensa del

joven arqueólogo, acusado de haber provocado un accidente en las carreteras mexicanas.

Los años pasaron, y la influencia de Estados Unidos pareció disminuir. Pero ahí está, no ha cambiado. El Intruso tampoco. Repetía a quienes iban a verlo que, para él, el continente americano no era más que un solo y mismo país, y que todas las fronteras eran artificiales. Nadie podía contradecirlo, pues se crearon en efecto, tras la desaparición de los mayas y la invasión española.

Quiérase o no, el propio Alberto, durante sus numerosos estudios en tomo a las relaciones sociopolíticas de esos pueblos desaparecidos, demostró las causas y consecuencias de la desaparición de la civilización maya. Y si esta decadencia había sido el resultado de la explotación de una clase por otra —la de los sacerdotes parasitarios sobre los campesinos—, es porque el equilibrio existente en la sociedad maya en este período culminante de su historia se había roto, provocando al mismo tiempo las causas de su propia ruptura.

Por su educación y formación, ese eminente arqueólogo sabía desde hacía mucho que en el plano social ya todo estaba escrito y que la historia siempre se repite, a la vez, semejante y diferente. Ahora resulta más fácil comprender por qué sus enemigos se encarnizaron de tal modo contra él, primero vivo y mucho más, después de muerto.

Como resultado de la aparición en 1974 del libro *La Arqueología como ciencia social*, del profesor Luis G. Lumbreras, director del Museo Nacional de Antropología y Arqueología de Perú, y tras una primera reunión de trabajo, celebrada en el campamento que tenía la INAH en Teotihuacán, se efectuó en Cuba, Holguín, la Tercera Jornada Nacional de la Cultura Aborigen, durante la cual los arqueólogos de América Latina precisaron sus métodos de trabajo y sus conclusiones sobre una arqueología social.

Durante toda su vida, Ruz no dejó de exponer el problema —que preocupaba a numerosos intelectuales— de la inexplicable contradicción entre el bajo nivel tecnológico de la sociedad maya, por un lado, y sus éxitos científicos y estéticos, por el otro. Si algunos investigadores, llenos de prejuicios, creían todavía que esta contradicción se explicaba por la relevancia que los mayas daban a los valores espirituales respecto del progreso material, estaban totalmente equivocados. Él demostró que esta espiritualidad ciega del pueblo maya, la cual había servido de cimiento a toda la sociedad, constituía un instrumento de dominación en manos de la clase superior, apoyada en los esfuerzos y sacrificios de campesinos, obligados a crear los bienes necesarios para que esa minoría aristocrática que los dirigía y explotaba pudiera alcanzar un alto nivel de vida y disponer así del tiempo necesario para disfrutar de esas creaciones culturales. Y no resulta, en absoluto casual, que sus teorías sociales, denunciadas por sus más encarnizados adversarios, alcanzaran con el correr de los años una ardiente actualidad. Así, como había anunciado Chan Kin, ese viejo sabio indio, las profecías de Ruz se iban a realizar.

Entonces para el caminante todo se aclara. Ahora comprende mejor por qué nadie menciona el verdadero origen de Alberto Ruz, salvo Henri Stierlin, quien escribe en *El arte maya* que era hijo de padre cubano y madre francesa, e hizo sus estudios primero en La Habana y luego en México. También comprende mejor la agresividad del Intruso, cuando fue a visitarlo ese verano para que le hablara de su maestro.

—No te intereses es ese personaje —me dijo, cuando lo interrogué sobre Alberto— vas a perder el tiempo, porque nadie quiere saber nada sobre él.

Pero al día siguiente parecía lamentar sus palabras de la víspera, y como si temiera haber dicho demasiado, quiso disculparse.

Ésos fueron los hechos.

“¿Debo ser acusado de disidencia social y tachado de comunista, denominación que se aplica de modo indiscriminado a todas las víctimas, que denuncian las injusticias, los atropellos, la falta de libertades reconocidas por las leyes, y la eterna opresión de una clase dirigente, religiosos o caciques, sobre el pueblo maya?”³⁵

Este pueblo espera su hora, y esa hora llegará, —repetía Alberto con frecuencia—, pues, ¿cuáles son las verdaderas causas de la decadencia maya si no es la explotación extrema de la clase campesina? Y cada vez que la cólera crecía en los campos, le gustaba recordar que empujados por la desesperación, grupos de guerrilleros actuaban ya, desde hacía casi 15 años, en las tierras altas guatemaltecas y en Chiapas, con la firme intención de poner fin a una explotación secular. En Yucatán, hace mucho tiempo oye decirse que “la enfermedad del Estado es el hambre” y que “la miseria se agudiza en el campo”.³⁶

Añadía que sus detractores no se equivocaran del sentido de sus palabras; no puede haber causas ideológicas —apuntaba— que no estén subordinadas a una raíz económica. Dicho de otra manera, las aspiraciones de las masas no pueden engendrar ninguna transformación social, sino hay condiciones materiales favorables creadas.

En el 2012 comenzará un nuevo ciclo. Confiado, el pueblo maya espera su hora, y el cumplimiento de la profecía.

³⁵ Alberto Ruz Lhuillier: *El pueblo maya*, 2da. Ed. Salvat, México, 1992, p. 294.

³⁶ *Ibid.*, p. 299.

Bibliografía y otras fuentes

ACTES DU COLLOQUE DE BORDEAUX: *Cuba et la France*, Presses Universitaires de Bordeaux, Bordeaux, 1983.

Actes du Colloque International, organisé par le Centre Interuniversitaire d'Études Cubaines et l'Université de Paris III, Éditions L'Harmattan, Paris, 1982

BAUDEZ, CLAUDE: *Les Mayas*, L'Univers des Formes, Galimard, Paris, 1984.

—————: *Les Cites perdues des Mayas*, Découvertes Gallimard, Paris, 1987.

BLOM, FRANZ: *Les Ruines de Palenque, Xupá y Finca*, Archivos del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México, México, 1923.

CARPENTIER, ALEJO: *Chroniques*, Gallimard, Paris, 1983.

Catherwood, Frederick: *Les Cités Mayas*, Bibliothèque de l'Image, Paris, 1983.

CHARNAY, DÉSIRÉ: *Les Anciennes Villes du Nouveau Monde, Voyage d'exploration au Mexique et dans l'Amérique centrale*, Paris, 1885.

- CHARNAY, DÉsirÉ ET VIOLLET-LE-DUC E. E.: *Cités et Ruines américaines*, Paris, 1863.
- CHATEAUBRIAND, ALPHONSE DE: *Oeuvres Romanesques et Voyage en Amérique*, t. I, Gallimard, Paris, 1969.
- CHAVES, ADRIÁN: *Popol Wuh, Le Livre des événements*. Traducción francesa, Gallimard, Paris, 1990.
- CHIMAY, MARCOS DE: “Superticiones y leyendas mayas”, en *La Revista de Mérida*. Mérida, Yucatán, 1905.
- COE, MICHAEL: *Les Maya, Mille ans de splendeur d'un peuple*, Armand Colin, Paris, 1987.
- ESTRADE, PAUL: *La colonia cubana de París 1895-1898*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1984.
- FAR: *Historia de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1985.
- GENDROP, PAUL: *Les Mayas*, Presses Universitaires de France, Coll. Ques Sais-je?, 1978.
- GUTERAS HOLMES, CALIXTA: *Sayula*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1990.
- HACEN, VÍCTOR VON: *Aztecas, mayas e incas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971.
- HOLMES, WILLIAM H.: *Archeological Studies among the Ancient City of México*, Field Columbian Museum, Publication 16, Chicago, 1897.
- HUGO, VÍCTOR: *Oeuvres complètes, Actes et Paroles*, t. 2, “Pendant l'exil”, Éd. J. Hetzel et A. Quantin, Paris, 1884.

- IVANOFF, PIERRE: *Maya*, Fernand Nathan, Paris, 1975.
- JAMIS, RAUDA: *Frida Kahlo*, Presses de la Renaissance, Paris, 1985.
- LLOYDS STEPHENS, JOHN L.: *Incidents de Voyage en Amérique Centrale, Chiapas, Yucatán*, Paris, 1949.
- MAUDSLAY, ALFRED: *Biología Central-Americana*, Archeology, Londres, vol. IV, 1902
- PÉREZ JOLOTE, JUAN: *Tzotzil*, Coll. Voix, Éd. François Maspero, Paris, 1973.
- PERREUX, GABRIEL: *La Vie quotidienne des Civils en France pendant la Grande Guerre*, Hachette, Paris, 1964.
- RUZ LHUILUER, ALBERTO: *La civilización de los antiguos mayas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991 (Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974).
- : *El Templo de las Inscripciones, Palenque*, Fondo de Cultura Económica, México, 1992.
- : *El pueblo maya*, Salvat, México, 1992.
- SOUSTELLE, JACQUES: *Les Mayas*, Coll. L'Odyssee, Flammarion, Paris, 1982.
- STIERUN, HENRI: *Maya*, Architecture Universalle, Office du livre, Fribourg, 1964.
- : *L'Art Maya*, Éditions du Seil, Paris, 1981.
- TAUBE, KARL: *Mythes aztèques et mayas*, Éditions du Seil, Paris, 1995.

THOMPSON, ERIC: *Grandeur et décadence de la civilisation maya*, Éditions Payot & Rivages, Paris, 1993.

WALDECK, FREDERIC: *Monuments Anciens du Mexique, Palenque et Autres Ruines de l'Ancienne Civilisation du Mexique*, Paris, 1886.

FUENTES PERIÓDICAS

Revistas:

ACOSTA, LEONARDO: “Arqueología e ideología en América Latina”, en *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 56, abril de 1977.

—————: “Hacia una arqueología social”, en *Revolución y Cultura*, La Habana, no. 57, mayo de 1977.

RUZ LHULLIER, ALBERTO: “Modo de producción, sociedad y logros de los antiguos mayas”, en *Revista Casa de las Américas*, La Habana.

—————: “Caracterización socioeconómica de la sociedad maya”, en *El Caimán Barbudo*, La Habana, 1968.

SEJOURNE ORTILLA, LAURETTE: “El mundo de los mayas contemporáneos”, en *Revista Casa de las Américas*, La Habana, 1964.

Archeologue (L): “Toutankhamon - L'Oeuvre de Cárter - La Malédiction”, *Hasselblad*, Paris, no. 2, enero de 1994.

Arqueología Mexicana: “Palenque”, INAH, México, vol. 1, no. 2, junio-julio de 1993.

Illustration (L')\Journal Universel, Segaf et Illustration,
Turin, 1984.

Moniteur Universel (Le): Paris, 12 de agosto de 1869.

Sciences et Avenir: “La fin mystérieuse des Mayas”,
Paris, no. 585, noviembre de 1995.

Periódicos:

Monde Diplomatique (Le): París, diciembre de 1979,
mayo de 1994, marzo de 1995.

Monde (Le): 7 de enero 1994, 19 de enero 1994, 19 de
enero 1995.

Impreso en el Poligráfico
“Evelio Rodríguez Curbelo”
1997